

ENRIQUE PLANAS

Kimokawaii



LITERATURA RANDOM HOUSE

Enrique Planas

KimoKawaii

Literatura Random House

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Perú



@megustaleerpe



@megustaleerpe

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Joaquín, mi bushi victorioso.
Para Montserrat, pequeña mahō shōjo.

«Pensé que, además de hacer reír, los mangas podrían transmitir otros sentimientos: odio, desesperación, afán de venganza. En suma, me planteé una narración como un viaje cuyo final no tenía por qué ser forzosamente feliz».

OSAMU TEZUKA

«Lo limpio se ensucia, lo sucio se purifica, lo bueno se vuelve malo, lo malo se vuelve bueno, todo lo que vive muere y lo que muere renace».

RUKIA, personaje de *Bleach*,
anime de NORIAKI KUBO.

Kimokawaii: expresión japonesa que describe lo que, siendo encantador, resulta también extraño o perturbador.

SHITA-GAKI

«Hubo una época en que lo consideraban el artífice de la sensualidad femenina».

Releyó la frase y reconoció la muletilla fácil al inicio, el *aggiornado* pero igualmente manido «había una vez» para redactar una efeméride. Sin embargo, el cierre de edición apremiaba y no dejaba tiempo para inventar. Iba a lo seguro, y por eso continuó: «prueba de ello es su espléndido *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*, realizado cuando el artista tenía 27 años. Uno de sus mejores cuadros, académica representación del refinamiento y la elegancia. Influenciado sin duda por el icónico *Retrato de Madame de Pompadour* de François Boucher, el pintor de la corte de Luis XV. Observe fijamente a la modelo. ¿Recuerda acaso mejor ejemplo de belleza deseable, a la vez que distante?».

Sabía que interrogar al lector al final del párrafo era un recurso fácil para generar una ilusión de cercanía y complicidad, pero eso tampoco lo detuvo. No calibró siquiera la exacta antonimia de las palabras distante y deseable. A nadie le importaría, pensó. También evitó los datos básicos, como reseñar el nacimiento del pintor Evaristo Fernández en Huancavelica el 1º de setiembre de 1842 y su muerte en Lima, el 20 de octubre de 1930. Aquello le parecía un planteamiento demasiado escolar. Observó nuevamente la reproducción que ilustraría al día siguiente la página cultural del diario: la perfección de porcelana de la piel, los ojos brillantes que evitan con coquetería al observador, el ramo de rosas descansando sobre su vientre. Hace solo unas horas había apreciado de cerca, por primera vez, aquella pintura. No era común que el municipio capitalino abriera su pinacoteca al público, pero al

cumplirse 150 años del nacimiento del artista la ocasión lo ameritaba.

No podía explicar racionalmente por qué se sintió tan atraído por aquel cuadro de entre todos los seleccionados para la muestra. En su artículo, describía con profusión de adjetivos el excelente oficio, su ejecución espontánea y preciosista, los colores frescos que realzaban la belleza de una dama pintada con admiración y galantería. Se trataba de un retrato aristocrático, voluptuoso y elegante, en el cual la modelo mira hacia un punto indeterminado fuera del cuadro. Al periodista cultural le fascinaba la frágil sensualidad de su carne húmeda y nacarada. A pesar de que siempre acostumbraba tener a su disposición las palabras exactas para interpretar cualquier imagen artística, tras minutos de contemplación del retrato las había olvidado todas, envuelto en sedas, arropado entre almohadones, acariciado por aquella mujer desconocida.

Volvió a teclear: «Bien podríamos considerar este retrato el símbolo de un artista en ascenso, potencialmente capaz de conquistarlo todo».

Olvidó esa frase pomposa tras el punto aparte para emprender el capítulo común en toda hagiografía, la fugaz temporada en la que un artista se siente poderoso e inmortal: la juventud. Escribió: «En 1883, Fernández tocó las puertas del taller del pintor Ignacio Merino, el único artista peruano que había sabido hacerse un lugar en los salones parisinos de la época. Tras obtener una beca oficial para estudiar pintura, buscó el consejo del maestro con la creencia de que en la capital francesa encontraría su destino. Por entonces, Merino pintaba *La mano de Carlos V*, y no malgastaba su tiempo en tertulias con aprendices. Sin embargo, con ese joven compartiría recomendaciones que, aunque escuetas, le abrirían los ojos. Le explicó que con tantos competidores en la ciudad, su ingreso a la Academia de Bellas Artes se le presentaría muy difícil, por lo que le sugirió viajar a Roma, donde existía un grupo bien establecido de pintores peruanos y sería más fácil tentar su ingreso a la escuela».

El periodista cultural revisó los apuntes de su entrevista. El director de la galería municipal, un historiador de arte especializado en pintura decimonónica, le había contado que, en Roma, Fernández había trabado relación con un cónsul peruano apellidado Salcedo. El funcionario era esposo de una guapísima dama de sociedad italiana, y en las conversaciones entre ambos surgió la idea de pintar un retrato para ella. El experto, la única fuente consultada para su artículo, le comentó discretamente una picardía que había permanecido en secreto por más de un siglo:

–Resulta que, después de tantas sesiones, doña Luisa y el pintor llegaron a conocerse más íntimamente –susurró.

Con esa revelación redactaba entonces. No sería la crónica más original, pero tenía suficiente melodrama como para sostener 700 palabras. Sería cuestión de estilo conseguir que los lectores pasaran por alto su pobreza de fuentes y los vacíos cronológicos. Volvió a mirar la reproducción al lado de su pantalla y la cómplice sonrisa de doña Luisa parecía sumarse gustosa a la travesura.

Continuó escribiendo: «Le tomó meses al embajador entender que el lienzo significaba para Fernández algo más profundo que un simple trabajo por encargo. La familia, al enterarse de aquella vulgar historia de cuernos, descolgó el cuadro y lo mantuvo escondido por años. El observador que valore los detalles descubrirá en la obra una marca en la parte inferior, como si un listón retirado después hubiera ocultado por mucho tiempo la firma del artista».

El periodista cultural pasó por alto otros datos del pintor, estos sí confirmados: sus diez años en Italia donde asimiló la estética clasicista más depurada, o su aún más larga estancia francesa, donde practicó una pintura suelta y colorista. Pensó que podía resultar aburrido para el lector abundar en detalles sobre los reconocimientos que el pintor peruano gozó al abrazar una escuela académica en decadencia, como fueron la Segunda Medalla en el

Salón de París de 1900 o la Legión de Honor, un año después. Decidió saltar hasta 1920, cuando Fernández, invitado por el gobierno del presidente Leguía, regresó al Perú con el encargo de dirigir la Academia de Las Artes.

«Ya en su aldea, no tardó en cosechar todos los aplausos: era el creador de mayor prestigio, el retratista más solicitado. La aristocracia limeña lo buscaba por su estilo severo y amable, rico en juegos de luz y sombra. El mismo presidente de la República sería su cliente más poderoso: el pintor disimuló su baja estatura en retratos que luego colgarían en toda dependencia pública. Asimismo, vistió cada palacio oficial con imágenes épicas de conquistadores, próceres de la Independencia y héroes de guerras perdidas en grandes dimensiones, técnica apastelada y encuadre convencional. Sin embargo, el exceso de elogios y la escasez de estímulos empezaban a reflejarse en la calidad de sus encargos. Los años pasaron, sin que Fernández olvidara su *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*».

Releyó el último párrafo. No estaba satisfecho del todo, pero su editor volvió a recordarle su *deadline*. A veces creía que el único trabajo de un editor periodístico era apurar el paso de sus redactores, como lo hacía el responsable de llevar con el tambor el ritmo de los remeros en la galera romana de *Ben Hur*. Aceleró así ese último párrafo: «Fue a inicios de la década del veinte que pudo volver a Roma, cuando el gobierno de Lima le encomendó catalogar y enriquecer la pinacoteca municipal. Su primer objetivo fue comprar, a través de terceros, su querido cuadro a los herederos del ya fallecido cónsul. Obtenido por una suma irrisoria, el lienzo arribó al Perú para que un envejecido maestro recordara sus sueños de juventud. Fernández se había salido con la suya».

El periodista cultural sonrió con esa última frase. Pensó que estaba escribiendo cada vez mejor.

Volvió a casa, separada del mundo por la tercera puerta sobre la derecha de una estrecha quinta. Al abrirla se enfrentó a los mismos cuatro ambientes, recibidor, sala, dormitorio y cocina, que su novia hasta hace pocos días acababa de abandonar.

El vacío le reseca la garganta.

El periodista cultural quiso buscar una gaseosa en el refrigerador pero ya no quedaban botellas. De hecho, tampoco el refrigerador. Pensó servirse un vaso de agua, pero encontró vacía la gaveta sobre el grifo. Podría haber llamado por teléfono a la bodega para llenar la despensa, pero del aparato solo quedaba el cable conector, con los extremos pelados, conservando la forma de dos pequeños signos de interrogación.

A ella no le había tomado mucho tiempo llevárselo casi todo. Solo las pocas horas después de decirle que ya no lo quería, que estar juntos le hacía daño, que simplemente algo se había roto entre ambos, entre otras frases hechas para ese tipo de ocasiones. Entonces él repasó mentalmente los objetos perdidos. Ella se había llevado la mayoría de sus libros e incluso los cachivaches que adornaban su biblioteca: réplicas de bicicletas antiguas, pequeñas figuras de cerámica, la pistola con la que su bisabuelo peleó en la guerra, incluso su colección de figuras de acción. Del pillaje se había salvado solo un Ultra Siete traído para él desde el Japón por un colega que había cubierto la reciente gira oficial del presidente, que el periodista cultural conservaba en su caja original sobre su escritorio de trabajo. De no ser por las imágenes del superhéroe impresas, y por su propia estampa protegida por una plancha de mica plástica, podría confundirse con un empaque de sopa ramen, saturado de caracteres nipones. La pieza replicaba exactamente su traje rojo de aplicaciones metálicas, el antifaz luminoso de su máscara, su afilada y letal *Urutora Ai*, guillotina que lanzada desde su cabeza degollaba a cualquier *Kaiju* o monstruo espacial. Cuando niño, no se daba cuenta de su violencia ni de su crueldad. Solo admiraba cómo Dan Moroboshi se convertía en Ultra

Siete para salvar a Tokio de toda criatura que coleteara entre los rascacielos. Dicen que la admiración por los héroes constituye el medio por el que se desarrolla la personalidad adolescente. Por el contrario, creía que un treintón como él podía seguir siendo joven mientras tuviera héroes a los que venerar. La imagen del héroe le animaba a elevar los pies del suelo.

¡Qué haces, Ultra Siete!, solían decirle los amigos de la universidad que aún frecuentaba. Un viejo chiste que remataba con una explicación: *«porque se revuelca con cada monstruo...»*.

Sin embargo, su vieja fama de conquistador sin preferencias no fue la causa para que ella lo dejara. Pocos días antes habían sostenido la última discusión. Tenía que ver con las conexiones de agua potable que los obreros de una construcción al lado habían hecho estallar. Al parecer, cerrar la válvula de la matriz subterránea disparó la presión del reservorio de la quinta y las filtraciones empezaron a formar un enorme mapa de humedad en el techo. Desde que empezó a dibujarse, ella le exigía que se responsabilizara por las reparaciones. Él, por su parte, esperaba que el problema se resolviera solo. Con actitud de espectador, solía apartarse de cualquier situación que lo obligara a tomar decisiones. Como Ultra Siete, tenía el poder de levantar entre él y los conflictos domésticos un infranqueable campo de fuerza. Mientras tanto, la mancha crecía y no había agua en la ducha que regara el cuerpo de su novia cada mañana. Por eso, temprano, antes de salir al diario, ella le recriminó por no preocuparse, por no comprometerse. Hablaba utilizando frases precisas, contundentes. Él no calculó que serían las últimas.

De vez en cuando, con el trabajo hecho, su editor ponía en orden la superficie de su escritorio, guardaba la agenda de teléfonos en el cajón, sacaba sus llaves y las hacía tintinear antes de preguntarle al periodista cultural si quería acompañarlo a cenar. Se lo decía en voz baja, cuidando que los demás

redactores no escucharan. Él no entendía por qué tanto secretismo, pero se acostumbró al privilegio de entrar al departamento del jefe, distante solo unas pocas calles del periódico. Esa tarde, después de comentarle favorablemente su artículo del pintor Fernández y la modelo, lo invitó a repetir el mismo camino.

En la puerta del edificio, su editor dedicó un tiempo a separar su correspondencia del buzón general. Subieron luego las escaleras y saludaron a la vecina del segundo piso. Aureolada por una melena blanca, de piel muy pálida y ojos de un castaño desvaído, parecía esperar una respuesta de todo aquel que la encontrara apoyada en la baranda.

–¿Sabrás dónde pude haber estacionado mi auto? –se lamentaba.

–¿No recuerda dónde lo dejó?

Ella solo bajaba la cabeza y entrecerraba los ojos como si quisiera mirar más lejos.

–Suerte la tuya que puedes recordar todo. Yo siento que nací ayer. Como si no hubiera vivido –añadió.

El editor se disculpó por no poder ayudarla, despidiéndose con cortesía antes de continuar el ascenso hasta el tercer piso.

–Está cada vez peor –le confió al periodista cultural luego de haber interpuesto considerable distancia de la mujer–. Temo el día en que se olvide cerrar la llave del gas.

Mientras el editor cocinaba, iba señalando las virtudes de cada ingrediente con una obsesión por los vegetales propia de un converso, alguien que condenaba su pasado rollizo y que entonces mostraba orgulloso un cuerpo modelado en el gimnasio.

Con igual energía, lo adoctrinaba mientras rociaba la ensalada de aliño.

–Estás demasiado joven para tener esa barriga –le decía.

Sobre la mesa, el editor colocó frente a él un gran bol de ensalada de arúgula y espinaca.

–¡Sírvelte más! La preparo con aceite de oliva, del extra virgen –le animó.

La carne que acompañaba las verduras no conocía la fritura, y no había negociación posible si al periodista cultural se le ocurría pedir algo de sal.

–Mejor apúntate directo al corazón –le reprochó su editor.

En lugar de insistir por un salero, prefirió poner su atención en los libros apilados al otro extremo de la mesa, nuevas adquisiciones que aún no encontraban un lugar en la bien poblada biblioteca. Volúmenes de fotografía, la mayor parte desnudos masculinos de autores como Robert Mapplethorpe, Crawford Barton o Pierre et Gilles. Su editor decía que algún día los organizaría de acuerdo a los últimos lineamientos de la Unesco. Pensaba que, gracias a ese orden, podrían aparecer varios que daba por perdidos. A veces, cuando buscaba en las gavetas, descubría otros que había olvidado tener. En ese caos, se sumergían lecturas recientes mientras que libros devorados años atrás salían a flote.

–Así, todo estaría en la computadora –le dijo con entusiasmo, tipeando el aire con los dedos.

Podría haberle preguntado sobre su interés en la fotografía, pero no se atrevió. Tampoco inquiría en su soledad militante o en las razones por las que había renunciado a su cátedra en la universidad. Solo respondía a los temas propuestos por su editor. Como en ese momento, cuando terminada la carne insípida compartió una revelación.

–Mi entrenador me ha invitado a participar del campeonato –le dijo.

–¿Campeonato?

–De fisicoculturismo. Dice que con un entrenamiento focalizado, podría participar en la categoría novel de 90 kilos.

No era común que el editor de una página cultural pensara debutar en un evento dedicado al desarrollo de músculos brillantes. Su anfitrión dudaba, y quería contar con su opinión.

–No lo sé. Si te hace ilusión, tus amigos estaremos orgullosos.

–Ya.

Comieron en silencio. Para el postre, el editor había trozado piñas, manzanas y plátanos, añadiendo luego un baño de yogur natural salpicado de germen de trigo y granola.

–Pagan bien a los ganadores, ¿sabes? –retomó.

–Y tendrás un trofeo para lucir en tu librero –respondió él.

No sería el periodista cultural quien le dijera que había algo excesivo en ese entusiasmo y que le sorprendía ese cambio tan radical en sus intereses. Pero hablar de ello sería como volver al tema de la sal. No quería minar la seguridad en esa nueva vida que su editor había elegido como complemento de su oficio periodístico. Quién era él para criticarlo, pensó.

–¿Tienes azúcar para la ensalada de frutas? –preguntó.

–Ni hablar –respondió su editor–. El azúcar produce diabetes. ¿Acaso quieres volverte ciego?

La recordaba con más fuerza cuando salía con retraso de casa. Ya no estaba ella para despertarlo a la hora justa, al abrir la ducha, al poner la tetera al fuego y luego dejar silbando su presión de vapor. Intentaba entender por qué no la necesitaba para algo más profundo, por qué no la extrañaba más allá de su rol protagónico en tareas de planificación del hogar. Le resultaba extraño no desear que volviese a su vida y que más bien fueran los objetos que ella se había llevado los que le producían el familiar sabor de la ausencia. La de ambos era una relación que entristecía a lo largo de los años y no se habían dado cuenta hasta el final. O tal vez sucede que, un día, una pareja despierta para descubrirse distinta a la que se había acostado horas antes, dos individuos sin necesidad siquiera de tomar juntos un café.

Al llegar tarde al diario, el periodista cultural pensó que comprar un reloj despertador sería el primer paso para superar ese vacío y esas preguntas.

Recogió su periódico de la recepción. Pudo leer en los titulares de la portada que la popularidad del presidente registraba los índices más bajos desde su llegada al poder. Por primera vez eran más los que estaban en contra del gobierno que los que lo apoyaban, y aún más quienes se oponían a un posible tercer mandato. Otro titular daba cuenta del último informe anual del Fondo Monetario que elogiaba la marcha del programa económico e instaba a las autoridades a elevar la presión tributaria. Una jornada de vacunación contra el sarampión se había realizado con éxito en los distritos de mayor población de la ciudad y, finalmente, a pie de página, una fotoleyenda informaba de un extraño atentado: en breves líneas, se contaba que un aparato explosivo oculto al interior de un paquete postal había detonado en las oficinas del Congreso. Un funcionario fue intervenido de urgencia en un intento por salvarle la mano derecha.

Cerró el periódico y lo dejó sobre su escritorio. Mientras esperaba que llegara su editor, se colocó los audífonos y los conectó a la grabadora para pasar en limpio su entrevista con uno de los mayores pintores de la llamada Generación del Cincuenta, que presentaba una nueva individual. Al rebobinar la conversación, repetía la misma sensación de fracaso, su incapacidad para conseguir del entrevistado una idea digna de publicar.

El hijo del pintor lo acompañaba en su taller. Conociendo su disgusto por las entrevistas, intentaba facilitar el diálogo.

–¿Cómo elige los cuadros que van a una exposición?

–No los elijo. Viene la galerista y se los lleva.

–¿Imagina el criterio de la galerista para llevárselos?

–No me importa un carajo.

Lo vio sonreír y empezó a sentirse estúpido. Pero continuó. Preguntar era su trabajo. A propósito de la combinación entre la técnica y el color en sus cuadros recientes, quiso saber si dejaba espacio para el azar en sus piezas abstractas. Pero el pintor respondió parco:

–Nunca me siento a pensar.

La entrevista recién empezaba y ya se sentía decaer. Optó entonces por rebuscar en las anécdotas.

–Usted fue amigo de Joan Miró. ¿Hay en su obra actual algún recuerdo de esa amistad?

–Yo era amigo suyo. Y él quería que yo me case con su hija para tener nietos altos.

El pintor reía para sí. Su hijo intervino para ayudar, quizás sintiendo lástima por el periodista cultural.

–Papá, tú siempre dices que hablas con tus cuadros –le recordó.

–¿Y está de acuerdo con eso? –intervino el periodista cultural.

–¡Claro! –respondió, como si fuera algo obvio.

–Y cuando conversa con el cuadro, ¿qué persigue?

–¡No sé, el cuadro no me contesta nunca!

–¿El cuadro es un espejo de sí mismo?

–Hablo con el cuadro porque estoy solo. Y me encanta hablar.

Al pintor solo le interesaba burlarse de él. El calor planchaba contra su espalda los pliegues de la camisa. El hijo volvió a ayudar:

–Papá dice que el cuadro le dice qué hacer. Él siempre le guía, es una forma de sentir el abstracto– le explicó.

Pero el pintor no respondía. Solo le observaba. El periodista cultural ensayó otra estrategia: preguntar si el ideario surrealista sobrevive hasta hoy.

–No tengo idea. A mí no me preocupa nada de eso.

–¿Le preocupó alguna vez?

–No.

–Cuando hacía sus celebradas instalaciones, ¿había tras ellas un ideario surrealista o solo eran ganas de joder?

–No, no eran ganas de joder.

–¿Entonces?

–No sé.

Eligió una pregunta grave:

–¿La soledad le hizo tomar muchas decisiones en su vida?

Por primera vez, el pintor pensó antes de responder.

–Sí, seguro –dijo.

–¿Como cuáles?

–No sé. Haces preguntas bien jodidas tú.

–Y usted no quiere contestarlas –respondió.

El pintor rió. Al otro lado de la mesa, el periodista creyó poderle sacar algo sobre el final del diálogo.

–Frente a un cuadro terminado, ¿experimenta una sensación de triunfo o de fracaso?

–Triunfo, fracaso, ¿quién decide qué cosa es una u otra? Muchas veces el público trata pésimo a los grandes pintores. ¡No saben ni un carajo!

La grabación terminaba allí. En el momento que el propio pintor aprieta el botón de *stop* de la máquina. Cuando levanta la palma y el periodista cultural la ve caer contra su cuello, con la intención de partirle la clavícula. Fue extraño, una lucha frustrada, pues aunque intentó esquivar el golpe, sintió como una lijadura en la nuca. Fue su hijo quien saltó de su asiento para tranquilizar al pintor, sin tener tiempo de pedir disculpas al ver al periodista cultural bajar las escaleras del estudio y ganar la calle. Al día siguiente, frente a la pantalla de su computadora, tenía claro que nada de lo registrado le serviría para un artículo legible. Había sido un combate inútil, como el de Ultra Siete con un monstruo refractario a sus rayos. Y era curioso: caer derrotado era algo que solía pasarle con los artistas que más admiraba.

La vibración del mensaje enviado al *beeper* lo sacudió sobre su silla. Leyó: «Director de la Pinacoteca Municipal requiere de su presencia urgente».

Cuando el periodista cultural llegó a la galería, desde el taxi pudo apreciar que el director lo estaba esperando en la puerta.

–No debiste publicar esa historia –reclamó al verlo–. No sabes el problema en que nos has metido.

Sus aspavientos parecían ensayados de antemano.

Entraron en la galería, siguiendo el circuito de la muestra. Mientras caminaban él podía apreciar los cuadros del gran retratista que fue Fernández, además de fundamental cronista de su tiempo. Allí se sucedían paisajes de lugares queridos de visión realista, escenas de la vida cotidiana, procesiones, corridas de toros y grandes acontecimientos a modo de instantáneas fotográficas. A medio camino, el director le informó que un prestigioso bufete de abogados que representaba a un descendiente del pintor amenazaba con enjuiciar a la galería por difamación.

–¿Difamación?

–Tu historia de la supuesta infidelidad de doña Luisa con Fernández podría cerrar la exposición –afirmó.

–¡Pero si fue usted el que me la confió! –replicó el periodista cultural.

–Yo te la había comentado *off the record* –le respondió.

–¡No puede tomarlo en serio! ¿Qué podría hacer contra la galería?

El director le extendió la notificación sellada. El estudio le advertía sobre la decisión de iniciar una querrela legal si ellos no hacían de forma inmediata los correctivos sugeridos por el agraviado.

–Necesitamos que te desdigas –le dijo.

–Es una locura –murmuró.

Luego de recorrer toda una serie de retratos femeninos, llegaron hasta el de la Señora Luisa de Salcedo. Cuando días antes había entrevistado al director para su artículo, el montaje de la exposición aún no estaba terminado. Recién entonces podía apreciar el diálogo que mantenían entre sí las obras de Fernández. Su obra maestra reinaba al centro de la muestra, cargando la

atmósfera de una voluptuosidad excitante.

–Puede enviar al diario una carta rectificatoria si quiere –dijo–. Yo no puedo hacer nada más.

–¿Entiendes que esto no va a terminar aquí, verdad? –respondió el director.

–¿Está amenazándome?

–Amenazados estamos los dos. Piensa en lo que te he dicho.

El director estrechó su mano al despedirse, apretando fuerte. Quizás tenía que ver con el ánimo del momento, pero al volver a apreciar el retrato, el periodista cultural estaba seguro de que la Señora Luisa de Salcedo le dirigía entonces una mirada sarcástica. Así funcionaba la culpa: la verdad del cuadro lo enfrentaba a su propia mentira, como quien se mira al espejo y advierte la propia deformidad.

–Perdona, me estás tapando.

Escuchó a sus espaldas una voz cálida, dulce, como de dibujo animado. No había reparado en esa muchacha disfrazada de niña que había presenciado su discusión con el director de la galería. Flequillo perfecto, ojos redondos, mirada tierna y brillo desmesurado. Le sorprendió su parecido con el personaje pintado por Fernández, como si la italiana se hubiera proyectado a un mundo de tres dimensiones. Lazos en el pelo, mirada gigante expandida por el maquillaje, falda de encajes que al llegar a la altura de la rodilla dejaba ver una anacrónica enagua. Una mujer que opta por un disfraz lo hace porque está de regreso de todo, pensó él, convertido entonces en un obstáculo, una interferencia entre el *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo* y el cuaderno de dibujo que ella sostenía.

Se disculpó y salió de su campo visual colocándose tras la muchacha. Apreció mirando sobre su hombro su boceto en progreso. No eran los apuntes para un calco cualquiera. Ella reinventaba el retrato de Fernández a través de líneas simples, al estilo de las historietas japonesas. Por lo menos, ese era el parecido que podía advertir alguien que sabía muy poco de muñecas de ojos

grandes.

–Es bonito eso que haces –dijo él.

Ella le concedió una pausa. Detuvo su lápiz y le enseñó su trabajo. El periodista cultural apreció el detallado estudio del vestido. Le gustó cómo dibujaba sus delgados tobillos, los empeines de bailarina que no aparecían en el cuadro original.

–No podía dejar de dibujarle los pies. Una mujer como ella tenía que estar completa –le dijo.

El periodista cultural le dio la razón, mientras la muchacha comentaba lo difícil que le resultaba dibujarlos.

–Los pies son tu actitud. Aseguran la estabilidad de tu cuerpo –explicaba ella.

–No lo sabía.

–¿Sabías que hay personas tan reprimidas que son incapaces de dibujar gente por debajo de la cintura? Es raro.

–La verdad, no lo había pensado –confesó el periodista cultural.

–Pues deberías. En lugar de inventar historias sobre amoríos cursis –dijo ella, sonriendo al advertir su sorpresa–. No pude evitar escuchar tu discusión. No sé si es verdad lo que escribiste en el diario, pero fue lo que me impulsó a venir.

El periodista cultural no sabía qué responderle. Y ella, divertida al descubrir su confusión, acercó su cara a la suya.

–Canta conmigo.

–¿Qué?

–Es un juego, mírame a los ojos y no parpadees.

El periodista cultural dudaba de las intenciones del juego. Lo primero que experimentó fue timidez cuando la muchacha empezó a cantar, poniendo nariz contra nariz: *Daruma– san, daruma–san /Juguemos a mirarnos fijo/ Si tú te ríes, perderás / Juguemos, ¡ahí va!* Poco después, la tensión inicial se

desvaneció y él aceptó la competencia de la mirada fija. Ella perseveraba, y segundos después, el periodista cultural fue el primero en parpadear.

–No lo haces mal –comentó–. Si te hubieras resistido más, me habrías obligado a hacerte muecas para hacerte reír.

–¿Y cómo se llama el juego?

–Es muy antiguo –respondió ella–. Dicen que está desapareciendo.

Entonces ella arrancó el boceto terminado y se lo puso frente a sus ojos.

–Te regalo el *shita-gaki* –le dijo levantándose de la banca.

–¿El qué?

–¡Realmente no sabes nada! Es un boceto, tengo muchos.

Y tras entregarle el papel se deslizó hacia la salida con la elegancia de una princesa, mientras él siguió sus pasos hasta la puerta. Caminaba con la cabeza erguida, la espalda recta, un pie por delante del otro y las manos pegadas al cuerpo. Él se quedó viendo cómo la muchacha detenía el autobús sacudiendo delicadamente los dedos de la mano derecha.

–Me gustaría verte otra vez –gritó él desde la entrada de la galería.

No alcanzó a escuchar lo que ella respondió antes de subir al bus. Al alejarse, el periodista cultural se quedó mirando cómo los colores de la unidad se confundían con los del tráfico. Luego volvió los ojos al dibujo que convertía a la señora Luisa de Salcedo en un personaje de manga. Llevaba una firma: Michiko.

Aunque ella no tenía rasgos japoneses, tuvo fe en ese nombre.

En el taxi de regreso al diario, ya acomodado en su caluroso vaivén, el periodista cultural pensaba en Michiko. Ella transmitía inocencia, elegancia y empalagosa dulzura, y él se preguntaba si la turbación de la que intentaba sacudirse tenía que ver con la fantasía que desprendía Michiko o era una reacción típica de alguien a quien su mujer acababa de abandonar. Justo

entonces, un hombre lo sorprendió metiendo la cabeza por la ventanilla. Era el movimiento de un pez que buscaba alimento en las aberturas de un arrecife. Su primera reacción, saltar al extremo opuesto del asiento obedeciendo al temor de que le arrebatara su mochila. Pero pronto se dio cuenta de su error: el hombre no tenía brazos. Tampoco voz. Su cabeza parecía mal instalada sobre un tronco sin más proyecciones que las piernas que lo sostenían. Las mangas cortas de su camisa raída se movían como dos aletas muertas. Para hacerse entender llevaba un cartel de cartón colgado al cuello, con un largo mensaje apuntado por alguien con crayola negra. Una oración que el periodista cultural no intentó leer, pero que remataba con un pedido de auxilio en mayúsculas. En su repliegue, él no tenía el valor de mirarlo a los ojos. Más bien esperaba que el hombre se aburriera y buscara ayuda en otra ventanilla. El semáforo se puso en verde y el taxista arrancó sin esperar a que el invasor tomara distancia. Por suerte, este llegó a sacar la cabeza repitiendo su agilidad de pez. Al mirar hacia atrás, el periodista cultural pudo verlo: en medio de la avenida, proyectando una imagen que lo convertía en símbolo. Pero no supo definir de qué.

Mantuvo con el chofer un silencio incómodo. Se quedó pensando en la imagen: un pordiosero sin los brazos necesarios para recoger la limosna.

Al llegar al periódico compartió con su editor el extraño encuentro. Le confesó su incapacidad para imaginar la forma en que ese hombre esperaba recibir ayuda. Entonces su jefe inmediato le miró con la piedad de quien puede explicar algo infinitamente obvio.

–Tenías que ponerle la moneda en la boca –le respondió.

Le dice: yo lavo y tú secas. Y suelta luego una risa triste mientras frente a él crece la pila de platos brillantes. Lavar platos es como matar zombis, piensa, no importa cuántos caigan, siempre aparecerán más. Puede parecer una condena, pero ella les ha convencido de que se trata de una oportunidad única.

Es la primera vez que él viste gorro y mandil blanco. También lo es para su compañero, aunque en otras ocasiones se haya disfrazado frente a ellos de mucama francesa.

Kaette kurujikan jyanai. Anata no kotoshinjitemoi?

Más allá de la puerta que los separa del comedor, la orden interrumpe una canción de Edith Piaf que habla de amores barridos, recuerdos tristes y soledad resignada. Y sobre todo, de la negativa total al arrepentimiento.

Michiko entra apurada a la cocina. Ante una cámara instalada en lo alto, ella se disculpa juntando las manos y plegándose en continuas reverencias. En meses de trabajo, ha aprendido que inclinar la cabeza no significa humillación ni sumisión. Es un acto de respeto y confianza el que ella ejecuta: ofrecer la parte más débil del cuerpo a quien tiene delante.

Sí, Moritsugu-san. Disculpe por ausentarme por tanto tiempo Moritsugu-san. Por supuesto que puede volver a confiar en mí Moritsugu-san.

¿A eso le llamaba ella una oportunidad única? ¿Ponerlos a lavar platos mientras se inclina ante su jefe? Él no puede entenderlo. Piensa que con el dinero que Michiko robó podría haber escogido algo mejor. Pero ella ahora no confiesa vergüenzas: “Por ahora soy la orgullosa anfitriona del Joli Chapeau”, les dijo poco antes de arrastrarlos a su primer día de trabajo.

“¡Y gracias a mí estarán más cerca de Kohji Moritsugu de lo que nunca soñaron!”, añadió.

–Osara arai isoganaito. Kono kadai ni ichinichi mo kaketewa naranai.

Los dos hombres dudan. Michiko traduce para ellos la orden:

El Señor Moritsugu dice que hay que apurarse con los platos. ¡La tarea no debería tomarles todo el día!

Él ha reconocido fascinado aquella enérgica voz en off. Se siente dentro de un programa de televisión. Uno muy especial.

¿En verdad es él?

Kohji Moritsugu, en persona. O en voz. Llevo semanas aquí y solo he podido cruzar palabras con él cuando lo conocí. No sale de su oficina. No saluda a sus empleados. Solo da órdenes por los altoparlantes.

A los 24 años, en 49 capítulos filmados entre 1967 y el año siguiente, el actor japonés Kohji Moritsugu interpretó a Dan Moroboshi, la identidad humana del superhéroe conocido como Ultra Siete. La serie estaba ambientada en un hipotético y futurista 1987, donde los vuelos interplanetarios y las estaciones espaciales eran algo tan común como las amenazas de invasión alienígena. Soldado del planeta Nébula M-78, recién llegado a la Tierra con la misión de trazar el mapa de la Vía Láctea, Ultra Siete decide quedarse para defender nuestro mundo de los monstruos del espacio exterior. Ultra Siete, a las siete, en el Siete, decía la voz del locutor que aún recuerda. Así, a esa hora, vía la señal del canal estatal, él aguardaba frente al televisor en blanco y negro por una nueva aventura. Tokio quedaba muy lejos de Lima, pero había algo que confundía los paisajes, volviéndolos familiares. Quizá porque después del paso del monstruo, dos ciudades en ruinas siempre resultan la misma, imposible de reconocer. Y él podía verlos, al héroe y a la criatura alcanzando los 150 metros de altura para trenzarse a golpes marciales en medio de una maqueta detallada y frágil, que se hacía trizas con cada caída de los combatientes. La

cola del monstruo era un látigo contra los edificios, la espalda de Ultra Siete aplastaba por accidente las líneas eléctricas y todo estallaba levantando polvo de ladrillo y concreto. Igual que en la Lima de su infancia, páramo tan distante ahora, igualmente invadida por terribles criaturas.

–Okyakusan ga raitenshimashita. Sekyaku tanondemo iidesuka?

Michiko escucha atenta y responde con una última reverencia. Al hacerla, ella mantiene la espalda recta, con una mano sobre otra, colocadas al frente del cuerpo.

Sí, Moritsugu–san. Enseguida iré a atenderlos, Moritsugu–san.

Ella cruza la puerta, murmurando.

¡Comensales de última hora! ¿Es que la gente no sabe lo que es almorzar a una hora decente?

No imaginó que ella lo llevaría a trabajar al restaurante de Kohji Moritsugu. Le sorprendió por eso que al cruzar la puerta le recibieran el traje y la máscara del héroe. A la derecha, sobre el piano, lucía el casco del escuadrón Ultra, dedicado a proteger la tierra de los invasores extraterrestres. Y las paredes estaban cubiertas de fotografías de la serie así como de recortes de revistas en los que aparecían los otros miembros del elenco: el actor Shoji Nakayama interpretaba al capitán del escuadrón, mientras que Sandayi Dokumamushi, Shinsuke Achiha y Bin Furuya eran sus oficiales. La ganadora del certamen Miss Japón 1967, Yuriko Hishimi, tenía el papel de la enfermera Anne, el amor del héroe. Cancelada la serie, ella se convertiría en cotizada estrella de cine porno.

Podía considerar al Joli Chapeau como el paraíso de un fanático.

Sin embargo, su compañero no comparte su entusiasmo. Más bien se pregunta cómo podía un actor de éxito terminar a cargo de un restaurante en la periferia de la ciudad.

¿Esa es la primera pregunta que se te ocurre? ¿No podrías pensar en algo más urgente? ¿Qué estamos haciendo aquí, por ejemplo?, le increpa.

Su compañero termina de enjuagar el plato y lo apila antes de cerrar el caño. Lo observa ahora en silencio, temiendo que él no tuviera capacidad para aceptar la verdad.

SHŌJO

Le despertó temprano un mensaje en su *beeper*: «llamar a la secretaria del director».

Desde que su ex novia arrancó el teléfono de la pared, el periodista cultural debía salir a la calle a buscar una cabina pública cada vez que sentía vibrar el buscapersonas. Sabía que si el director del diario quería hablar con un redactor a primera hora de la mañana no era precisamente para felicitarlo por algún artículo bien escrito. Por eso corrió a una bodega cercana y en un aparato disponible marcó nervioso el número de la redacción, temiendo haber cometido un error gravísimo e incorregible. Pero en lugar de un reclamo, del otro lado de la línea la voz nerviosa de la secretaria le preguntaba por los teléfonos de la familia de su editor. Y no, no los tenía. Tampoco conocía alguna forma de comunicarse con ellos. A nadie le interesa llevar encima el teléfono de la madre del jefe, le respondió forzando un chiste. Ella no estaba de humor.

–Disculpa por no decírtelo desde un inicio. Él murió.

El ataque cardíaco lo había fulminado en la calle, cuando regresaba de comprar fruta para el desayuno, después de su acostumbrado trote matutino. Su editor no fumaba. No bebía. Ni siquiera tomaba Coca-Cola. Por el contrario, la suya parecía la historia del alfeñique que transformó su cuerpo al seguir el método de tensión dinámica de Charles Atlas, aquel curso por correspondencia cuyo cupón de compra aparecía en las contraportadas de las historietas de superhéroes que publicaba la editorial Novaro en los años setenta. «Qué músculos», decía admirado el cliente satisfecho que pocos meses atrás había sido puesto en ridículo frente a su novia. «Ya no me

humillará más aquél fanfarrón», prometía antes de ejecutar su venganza.

–La policía lo encontró frente a una bodega. Aún esperan la llegada del fiscal para levantar el cadáver –le explicó.

La secretaria se refería al editor por su nombre, como si aún estuviera presente, pero en ese momento ella había pronunciado la palabra «cadáver». Solo entonces el periodista cultural experimentó la irreversible ausencia. Tras colgar, se preguntó cuál sería el perímetro más exacto de búsqueda al abordar el primer taxi. ¿Diez cuadras? ¿Veinte, tal vez? Recordó las bodegas donde su editor compraba verduras frescas para sus ensaladas, los perfectos revoltijos de espinaca y palmitos que rociaba con vinagre balsámico. En el camino iba pensando en la muerte, intentaba imaginar cómo su editor habría caído trotando de regreso a casa. Se preguntó si habría experimentado dolor. ¿Cómo se siente un corazón que te fija en tu sitio?, ¿qué mueca descubrirá en el rostro de su editor al ver su cuerpo?, ¿en qué instante los músculos del rostro dejan de contraerse para confundirse con el gesto apacible que acostumbramos ver en los difuntos?

Pidió al taxista detenerse cuando descubrió un corsé de curiosos formado frente a las puertas de una bodega cercana al departamento de su editor. Rompió el gentío pidiendo permiso. Al centro, el hombre tenía la palidez de una figura de cera, vestido con pantalón corto y camiseta, sin más lesiones que un moretón en la sien izquierda, seguramente producto de la caída. Una bolsa plástica con dos manzanas dentro descansaba al lado de sus piernas recogidas.

El periodista cultural escuchaba fragmentos del murmullo de los curiosos. El dependiente de la bodega que comentaba con orgullo que había sido él quien llamó a la policía tras verlo desplomarse, los lamentos suaves de vecinas apenadas, la conversación entre el fiscal y un funcionario del periódico, a quien saludó con un movimiento de cejas. Los vio intercambiar documentos, y luego estrechar sus manos como si pusieran fin a un trámite.

Cuando los agentes cargaron en vilo al editor pudo ver su cabeza balancearse casi ajena al tórax, unida a este por un cuello de goma. Las manzanas cayeron de la bolsa y rodaron entre los pies de los curiosos. Nadie las recogió. Nadie quiere probar el desayuno de un hombre muerto.

Los agentes cerraron la tolva de la camioneta y esta emprendió la marcha para desaparecer calles abajo. Al rato, el barrio volvió a ser lo que era, sacudido ya de la densidad de la escena previa. Quizás el dueño de la bodega contaría durante algún tiempo que en la entrada de su tienda había fallecido un cliente. Incluso podrían hacerle bromas sobre ello. De golpe, el periodista cultural recordó la llamada de la secretaria del director y la urgencia por contactar con sus familiares. Recordó la agenda que su editor guardaba en el escritorio y caminó apurado las pocas cuerdas que lo separaban del diario.

Aún era temprano cuando saludó al portero y este, conmovido, le ofreció su pésame. Al llegar a la sala de redacción no encontró a nadie en el archipiélago de escritorios que Cultura formaba con las secciones de Espectáculos, Deportes e Internacional. Nadie lo vio entonces intentar abrir el cajón del editor, palanqueando la cerradura con un abrecartas. Tras vencer el pestillo no encontró la agenda, pero sí una copia de las llaves del departamento, descansando sobre casetes vírgenes.

«¿Podrías ser tú quien nos abra la puerta?», le pidió la hermana del editor. Habían retomado la conversación minutos después de su primera llamada, luego del diálogo más difícil.

–Fuiste su amigo, quizás el último en verlo con vida –le dijo.

La hermana del editor debía estar allí para recoger el cuerpo, contratar los servicios funerarios, administrar el destino de las posesiones de un hombre que había muerto solo. Prometió llegar con su madre esa misma tarde, pero antes debía prepararla para darle la noticia. Hablaba para sí misma, repasando

los trámites por hacer. Por momentos, olvidaba a la persona al otro lado de la línea.

–A ella no le gusta volar –añadió.

Al colgar, el periodista cultural se vio aislado entre objetos ajenos. El sofá floreado, la alfombra tupida, una alargada mesa de cristal pegada a la pared y sobre ella un arcángel de cerámica. Al fondo, sobre el escritorio de madera clara, la pantalla encendida de la computadora y una caja de disquetes al lado. Su editor se había conectado a Internet antes de salir del departamento, pero la página del buscador aún esperaba la palabra que él nunca llegó a ingresar.

Volvió a levantar el teléfono, esta vez para informar a la secretaria del director que la familia ya había sido puesta en aviso y que en pocas horas llegarían a Lima. No le dijo que la llamaba desde el departamento de su editor para evitarse preguntas. La mujer suspiró aliviada, libre del trance de ser ella quien tuviera que dar las malas noticias.

–Esas cosas me ponen muy mal –le confió.

El periodista cultural sintió que no quedaba nada más por hacer. Caminó hacia la cocina, abrió la puerta del refrigerador y, al encontrarlo lleno, sintió envidia. Luego reparó en su estupidez. Abrió una caja de leche y se sirvió un vaso. Se preparó luego un sándwich de jamón, lechuga y tomate. No encontró fruta, y recordó las manzanas rodando a los pies de su editor. En lugar de sentarse a la mesa, sin soltar su desayuno recorrió el pasadizo como quien explora una tierra incógnita. Al llegar al dormitorio, la cama distendida y los cajones abiertos le produjeron un escalofrío. Extendidos sobre esta esperaban una camiseta sin estampados y el pantalón. En el ropero, admiró el perfecto doblez de las camisas apiladas una sobre otra. Al lado de la ropa deportiva había una colección de revistas con hombres de intimidante musculatura en la portada.

Dio un último sorbo a su leche y otro mordisco a su sándwich antes de volver a la sala. Recogió la agenda que había dejado al lado del teléfono y

hojeó distraídamente su contenido. En sus páginas, su editor mezclaba números de teléfono con anotaciones para algún proyecto. En la última hoja, encontró reservada para el fin de semana una cita con el cardiólogo.

Escribió entonces «Nos enseñaste a creer en la cultura».

Dudó si sonaba falso usar la segunda persona en una necrológica. Lo sentía un recurso fácil, cursi, deshonesto. ¿Qué grado de cercanía podía realmente establecer con su superior inmediato? Se preguntó cuánta confianza existía realmente entre ambos. Al compartir cerca de diez horas diarias, coincidiendo incluso los sábados si había trabajo atrasado, podría decir que su editor fue la persona con la que más tiempo había convivido en los últimos meses. ¿Eso justificaba apelar al tono confesional en su despedida?

Había vuelto al diario después de cerrar la puerta del departamento del editor. Mientras caminaba en dirección al periódico, el periodista cultural pensaba en el hecho de que todos los días la gente muriera y que, sin embargo, la vida siguiera, más o menos, su curso. El atropellado de turno, el combatiente caído, la víctima de un asesinato registrado en cámaras de vigilancia: todos ellos desaparecían de la memoria para hacer lugar a otros nuevos, que llegarán puntuales a la pauta del noticiero de la noche. Los difuntos que se echan en falta son los que enraízan en la memoria, los que, egoístamente, uno cree necesitar. Entonces el periodista cultural experimentó la depresión del combatiente que se cree culpable por mantenerse en el campo al final de la batalla. Es un alivio seguir consciente en su lugar, pero también se preguntaba qué derecho tenía de seguir vivo cuando su editor no tuvo la misma suerte.

Antes de escribir la necrológica había abierto su correo electrónico. Se estremeció al descubrir, entre algunas notas de prensa, un mensaje de su editor. Sin embargo, lo último que pudo dejarle escrito no fue más que el

cuadro de comisiones del día: una entrevista a un poeta joven y la cobertura de una conferencia de prensa de un estreno teatral.

Miró su figura de acción de Ultra Siete y la reproducción del *Retrato de la señora Luisa de Salcedo* apoyados contra el borde de su pantalla y continuó con el párrafo siguiente: «Paradójico resulta que alguien con un corazón tan grande reciba el golpe mortal justamente allí. Porque fue un ataque cardiaco el que se llevó al editor de esta página, la mañana de ayer, en las inmediaciones de su casa en San Isidro. Tenía solo 45 años».

Sintió excesivo buscar la ironía entre las causas de su muerte, pero no tenía más que figuras retóricas para escribir sobre alguien que en verdad resultaba un completo desconocido. El periodista cultural dejó de pensar y continuó escribiendo automáticamente «Diversas personalidades de la cultura y el espectáculo fueron a despedirse de ti por última vez».

Empezaba a darse cuenta de que la necrológica no era su especialidad, que ninguno de sus lugares comunes utilizados eran ciertos. La verdad es que solo habían asistido al velatorio los compañeros del diario más cercanos, antiguos colegas de la universidad y algunos conocidos del gimnasio.

«Hoy te lloran tu madre, tu hermana y el pueblo que te vio nacer», escribía, sintiendo los dedos hundirse en barro. Recordó cuando les abrió la puerta del departamento y ellas lo abrazaron como a un miembro fundamental de la familia. Al fin y al cabo, en eso se convierte quien participa sin querer en la historia trágica de otro, alguien que observa de cerca cómo se desarrolla un protocolo que él desconocía. ¿Cómo elegir la ropa para vestir a un difunto? ¿Cómo se encarga un ataúd? ¿Se le entierra o se le incinera? Los lazos se fueron estrechando con las primeras palabras de consuelo. Escribió: «Los que te conocimos nos sentimos más huérfanos que nunca. Tus lectores no encontrarán tus palabras, pero sí tu espíritu en los periodistas que reconocemos tu influencia».

Mientras repasaba su artículo con el corrector ortográfico, pensó en la

madre del editor. En el velorio, después de haber recibido el pésame de mujeres desconocidas, le preguntó si alguna de ellas era su novia.

–Alguien que lo llorase además de nosotros –le dijo.

–Tiene muchos amigos que lo extrañaremos –atinó a responderle.

–Los amigos no te dan nietos –replicó ella.

Terminada la edición de su página, el periodista cultural decidió visitar la galería municipal. No sentía deberle una disculpa al director, tampoco quería volver a quedarse colgado del *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*. Deseaba tentar suerte y encontrar a Michiko sentada nuevamente en la banca al centro de la sala. Ese había sido un día triste y extraño, y pensaba que solo podría sentirse cómodo si pudiera intercambiar palabras con alguien habituado a situaciones singulares. Él no había dejado de pensar en aquella princesa de ojos deliberadamente grandes, en ese par de cejas convertidas en un solo trazo de caligrafía japonesa, en los dientecitos que sobresalían de una boca en forma de corazón.

Solía pasar con las exposiciones organizadas por la galería municipal que solo convocaban visitantes el día de su inauguración, para permanecer despobladas el resto de la temporada. Luego de recorrer la sección de retratos femeninos, fue a ubicarse frente al cuadro principal. Sin embargo, el periodista cultural no contemplaba ya aquel lienzo de gran formato, sino el dibujo firmado por Michiko que tenía en las manos, deslizado sus dedos sobre el papel para acariciar aquella silueta perfecta. Deseando envolverse en su abrazo, dejó caer los sentidos uno a uno, volviéndose lentamente hacia la inconsciencia. Era una situación tópica, lo sabía, porque había leído por algún lado que soñar con objetos recién pintados anunciaba éxitos cercanos, con la ropa manchada de pintura sugería inminentes críticas injustas, o que pintar un cuadro podría significar mejoría pronta en la vida sentimental. Por no

mencionar objetos barnizados, claro indicio de la necesidad de justificar errores con pretextos absurdos. Sin embargo, el periodista cultural sueña un sueño en el que él mismo se cuestiona su propio lugar común, ubicado frente a un lienzo a la manera de Fernández, pero ya no pintando el *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo*, sino retirando capas de pintura, eliminando una secuencia de rostros de mujeres pintados debajo, hasta quedarse, al fondo del lienzo, con la mirada de Michiko.

–Señor, ya vamos a cerrar –le dijo tiempo después el vigilante de la galería, sacudiéndolo.

Una lavandería es, sobre todo, un enorme depósito de ropa olvidada por sus dueños. Hace semanas que Michiko trabajaba atendiendo detrás del mostrador, pero prefería, en horas de poco público, subir al segundo piso donde se encontraba el almacén y refugiarse allí, entre cientos de prendas no recogidas, desde tapados de imitación de visón hasta enaguas de encaje impregnadas de naftalina. Un año después de registradas, cuando la garantía expiraba, podía inventar su propia Navidad: elegía entre la ropa olvidada de la abuela y las prendas para niñas que adaptaba para ella con algunos ajustes. El suyo era un saqueo de hormiga, discreto y detalloso de vestidos que deslizaba en su mochila, que compensaba el sueldo mínimo que recibía.

Desde lo alto de la lavandería, a través de una trampilla, Michiko podía ver los espacios divididos por tabiquerías que separaban las partes secas de las húmedas, la ropa sucia de la recién exprimida, las áreas de atención al público de los accesos reservados solo a empleados. Para ella parecían viñetas en una gran página de manga, cuyos personajes podía imaginar en una historieta dibujada en cenital. Cabezas que se sacudían mientras el agua corría y la espuma se elevaba. Como la suya, que abandona rápidamente el almacén tras escuchar el llamado de la campanilla. De regreso al mostrador,

se encontró con otra cabeza, la de una clienta que traía a la lavandería su vestido de novia. La falda era corta, pero estaba provista de una cola larga que rebasaba las dimensiones del mostrador. Michiko se quedó contemplando su diseño, recordando el vestido de *Sakura Card Captor*, la serie de manga que contaba la historia de Sakura Kinomoto, una curiosa niña que descubre tener extraños poderes mágicos al haber liberado accidentalmente una baraja de cartas que se encontraba dentro de un antiguo libro de hechizos. En ambos casos, los diseños eran de tela suave, faldas que se ensanchaban desde la cintura, cubiertas de encajes y volantes. En la historia de su manga leído desde lo alto, ella decidiría llamar al dueño para atender un encargo tan importante. Dejó a la clienta en la recepción y fue a buscarlo, manteniendo las distancias, porque Michiko detestaba que ese hombre siempre se dirigiera a ella utilizando términos como «mami», «mamita» o «mamacita» a veces, especialmente cuando llegaba a trabajar con su blusa blanca de seda. Optó entonces por quedarse alejada de la plancha de vapor y de la pistola de aire comprimido para el lavado en seco que él operaba al fondo de la lavandería.

–Tiene que ver lo que han traído –le anunció.

Acompañándola al mostrador, el dueño desplegó un delicado protocolo para recibir tan fina prenda. Michiko se sorprendió al ver a un tipo tan ordinario volcarse sobre el vestido para apreciar el brillo de la pedrería y los hilos de plata. Estudiaba cuán delicadamente deberá lavar en seco aquel escote cogido al cuello que dejaba al descubierto los hombros. Palpaba el canesú con manos de diseñador. Se detuvo en los plisados.

–Vamos a dedicarle trabajo –prometió a la clienta.

La mujer agradeció. Mientras le redactaban el recibo, compartía con ellos los detalles de su boda celebrada días antes. Al momento de cobrar, el dueño le pidió disculpas a Michiko al deslizarse tras ella para alcanzar la caja registradora, al otro lado del estrecho mostrador. Recibido el dinero por adelantado, lo introdujo en la caja y recogió luego las monedas del vuelto.

Tras verla despedirse feliz, Michiko cubrió el vestido de la clienta con una funda plástica antes de llevarlo con mimos al colgador de los trabajos especiales. En ese momento, para volver a su lugar frente a la plancha de vapor, el dueño pasó sobre ella, esta vez sin pedir permiso. Si Michiko fuera a dibujar el manga cenital de su historia aquel día en la lavandería, dudaría si fue un accidente o si el hombre se frotó deliberadamente contra su culo al salir del mostrador.

Antes de tomar el avión de regreso a casa, llevándose con ellas las cenizas del editor, la madre y la hermana le pidieron al periodista cultural un último favor: poner en orden la biblioteca. Habían decidido donar sus libros a la universidad donde enseñó por años, pero no querían desconocidos funcionarios husmeando en los pasillos.

—¿Quieres hacer el trabajo? Podrías quedarte con algunas de sus cosas como retribución —le dijo la hermana.

El periodista cultural se preguntaba si había aceptado el encargo por un honesto sentido del deber, por la necesidad de retribuir lo aprendido al trabajar al lado del editor, o simplemente para tomar distancia de los cuatro ambientes que él seguía alquilando y que su ex novia había arrasado como una plaga de langostas. Para él resultaba insoportable mirar los anaqueles vacíos de su librero, luego de que ella se llevara sus libros más queridos, así como las figuras de acción que había dispuesto en rincones estratégicos, listos para proteger sus volúmenes del peligro: Superman se apoyaba sobre el lomo de *La Casa Verde* de Vargas Llosa. Batman vigilaba al lado de una antología de cuentos de Ribeyro. La Mujer Maravilla desplegaba su lazo mágico frente a la poesía completa de Blanca Varela. Un Capitán Marvel, que dejó de editarse luego de que sus creadores fueran acusados de plagio, acompañaba las novelas de Bryce. Siempre le había gustado comparar el

poder de persuasión de los escritores con los súper poderes de los héroes de historieta, imaginando que cada uno sobresalía por una capacidad distinta. Algunos eran capaces de cargar el mundo sobre sus hombros, mientras que otros, más discretos, sabían hacerse invisibles. El periodista cultural estaba seguro que admirar a los héroes le evitaba caer en una vida indigna, sin ambición.

Y en su casa de cuatro ambientes ya no quedaba nada para admirar.

Sin embargo, no dejaba de sentirse un intruso al enfrentarse al librero de su editor. Su biblioteca tenía otras sedes repartidas por el dormitorio, la habitación de huéspedes y la lavandería, pero el periodista cultural decidió enfocarse en el reto mayor, aquel mueble que ocupaba el ancho de toda la pared de la sala. Retiró primero los adornos de los anaqueles, recuerdos de un hombre que había recorrido el mundo: muñecas de cerámica de Centroamérica, réplicas de pequeñas bailarinas esculpidas por Degas, una colección de autos japoneses de lata y, por donde mirara, retratos de actrices poco conocidas del Hollywood de los cincuenta. Podía leer sus nombres al reverso: Maula Ñumi, creadora del personaje de Vampira, la *pin-up* Bettie Page o la más famosa del grupo, Jayne Mansfield. Había fotos personales del editor, todas recientes, como si hubiera eliminado quirúrgicamente los retratos de juventud. Envolvió cada pieza en papel periódico y las fue colocando con cuidado en cajas de cartón que iba apilando en el cuarto de servicio. Antes de empacar los volúmenes, anotaba en una ficha el título, el autor, la editorial, el número de páginas y redactaba una breve reseña. Alta era la torre que había construido poco después con los libros de poesía, tras separar los títulos más singulares para entregárselos a la madre y la hermana del editor: Un *Trilce* impreso en 1922 en los Talleres de la Penitenciaría de Lima, y una primera edición de *Perfil del aire*, de Luis Cernuda. Le interesaban menos los libros de arquitectura, teoría teatral o, refundidos en un rincón, las crónicas de viaje. Prefería los de pintura y de fotografía. Algunos

libros llevaban como marcador postales que él fue retirando para depositarlas en una caja que no pensaba entregar a la familia. Eran retratos de hombres desnudos, o casi. Las fotografías tenían acabado de calendario y nula intención estética. Medio centenar de imágenes de atletas en poses de culturismo o parejas que simulaban combatir. Con frecuencia, mostraban los genitales.

Al llegar al piso inferior del librero, allí donde los títulos se olvidan, encontró una serie de archivadores sellados en celofán. Trajo un cuchillo de la cocina y con él cortó las cubiertas. Dentro, protegida cada pieza por otro envoltorio plástico, había una colección de historietas. Libros tan gordos como guías telefónicas, impresos con brillantes caracteres japoneses en la portada. En el interior, por el contrario, el papel era burdo y monocromo. Algunas revistas estaban dedicadas a robots gigantes que además de rayos disparaban sus propios puños. En otras, los personajes tenían rostros adolescentes, casi infantiles, pero con atributos sexuales en total madurez. Los depositó en otra caja, también lejos de los libros que la familia donaría a la universidad.

Le sorprendió que todo el equipo de internacionales estuviera tan temprano en sus puestos. Si el periodista cultural solía ser uno de los primeros en llegar, se debía a que la página cultural cerraba su edición a las cuatro de la tarde, mientras los redactores en secciones de actualidad se dejaban ver recién pasado el mediodía. Sin embargo, allí estaban ellos, revisando madrugadores cables, escogiendo fotos de agencias, investigando en sobres del archivo.

Saludó como si fuera un día cualquiera. No le respondieron.

No era un día común.

Había muerto Lady Diana.

Había fallecido en la madrugada, en compañía del playboy egipcio Dodi

Al Fayed. Dentro de un túnel de París, el chofer que los trasladaba no pudo mantener el control del Mercedes negro al intentar esquivar a una tropa de paparazzi, seis fotógrafos franceses y un colega macedonio, que los seguían a bordo de un auto y dos motos de gran cilindrada.

Sus compañeros tenían todo el día para preparar un especial. Reunían información sobre el accidente y de los cientos de madrugadores londinenses depositando ramos de flores frente a las puertas del palacio de Kensington. Llegaban noticias de otros homenajes espontáneos en todo el perímetro del palacio de Buckingham y en el mismo Túnel de l'Alma, en la margen norte del río Sena, donde ocurrió el accidente. Especulaban sobre las características del funeral, pues aún nadie tenía claro cuál sería la jerarquía otorgada al entierro. Como colofón, el especial incluiría una detallada cronología biográfica y una mención a su labor filantrópica, enfocada en el combate contra el uso de minas antipersonales y sus campañas en favor de los huérfanos de guerra. Ilustraría esa página un retrato de la princesa en compañía de la Madre Teresa de Calcuta, sonrientes ambas en medio de una tropa de niños famélicos.

Antes de que el periodista cultural pudiera encender su computadora, el director de Informaciones llegó a su escritorio.

–Cuéntame tus temas para hoy –le pidió.

Tenía lista una entrevista a un joven autor de novelas policiales, además de un cable sobre un premio literario en España y fotografías de agencia de una exposición sobre el arte de los faraones abierta en el Museo de Louvre.

–Tus colegas de Internacionales necesitan espacio. ¿Te molestaría cederles tu página, solo por hoy? –preguntó, disfrazando de solicitud amable lo que era una orden directa. –Puedes tomarte el resto del día –añadió.

–Eres insistente –dijo ella.

La encontró por fin, sentada en la banca de la galería frente al *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*, envuelta entonces en encajes negros, la piel pálida maquillada y el pelo batido color azabache. El periodista cultural intentaba que su mirada no recayera de forma evidente en su minifalda, ni en las medias oscuras que siseaban cuando ella apretaba las piernas al colocar sobre ellas su cuaderno de dibujo.

–Encontré un lote de revistas que podrían gustarte –le dijo él.

–Tendrán que ser muy buenas si intentas sacarme de aquí –respondió ella.

–La verdad, no sé lo que son ni cuánto valen. Es un favor que le hago a la madre de mi jefe. Necesito una experta que les ponga precio.

Poco después Michiko caminaba con él en dirección al departamento del editor, mientras la conversación entre ambos fluía con una extraña familiaridad. Ella le explicaba lo importante que era la condición de las revistas para fijar un precio, y al periodista cultural le gustaba verla hablar. Le fascinaban sus mohínes tiernos, la manera de mover las manos con una delicadeza infantil, de llevarse el mechón que caía sobre su cara detrás de una de sus orejas. Se trataba de un movimiento delicado de muñeca, la mano hacía la forma de un cuenco para levantar el cabello y, mientras lo llevaba hacia atrás, las puntas de sus dedos seguían el contorno de la oreja en toda su extensión. El movimiento terminaba exactamente detrás del lóbulo, y el meñique permanecía deliciosamente separado del resto de los dedos. Cuando el turno de la conversación recaía en él, se enfocaba en los temas más recientes: la muerte de su editor, el descubrimiento del cuerpo, el aviso a la familia y, finalmente, el encargo de organizar toda una biblioteca, aprovechando el día libre a causa del accidente de la princesa Diana.

Al llegar al edificio, Michiko sabía mucho sobre el periodista cultural y él seguía considerándola una encantadora desconocida.

–Tu vida podría ser el argumento de un *Manga Shōjo* –comentó.

–¿*Shōjo*?

–Para chicas –le informó–. Nos encantan las historias de un chico triste.

El periodista cultural pensó aliviado que fue mejor no haber mencionado a su ex–novia y la desaparición de los objetos en su casa de cuatro ambientes.

Recién al final de la caminata descubrió un ligero desbalance en los movimientos de Michiko. Era difícil advertirlo, pues ella sabía esconder su defecto: una extraña asimetría en sus brazos, los que mantenía flexionados la mayor parte del tiempo en una permanente pose de mantis religiosa. Él imaginó toda una serie de desajustes producidos por vivir con un brazo más corto que el otro: alcanzar la manija de una puerta, abrazar a los amigos o estirarse como una gata al despertar por las mañanas. Sin embargo, el periodista cultural no mencionó el tema al terminar la caminata, ni cuando atravesaron las rejas de la entrada del edificio, ni al recorrer el estrecho vestíbulo para ascender por las escaleras.

Como lo había hecho en esos últimos días, el periodista cultural saludó a la vecina que parecía esperarlo apoyada en la baranda del segundo piso.

–Es una terrible pérdida –dijo ella.

–Su madre y su hermana están devastadas –respondió él.

–¿Madre y hermana? ¿Qué dices? ¡Yo hablo de mi auto!

–Disculpe. Estoy distraído.

–Nadie me da razón de él –repitió la mujer, con el énfasis de quien cree no ser tomado en serio. Luego se detuvo un instante, como si hubiera dejado pendiente otra pregunta.

–¿Y cómo está mi vecino? No lo veo hace días.

–De viaje –mintió él–. Me pidió que cuidara su departamento.

Al despedirse de la mujer, el periodista cultural cruzó miradas con Michiko.

–Cada vez está peor. Temo el día en que olvide cerrar la llave del gas –le dijo.

Al abrir la puerta del departamento, enfrentó a su invitada a rumas de

libros y revistas, además de una colección de vinilos apilada contra la pared. Sobre la mesa del comedor dispuso para ella, con delicada museografía, los mangas que encontró en los fondos del librero. Al reconocer el hallazgo, los ojos de Michiko brillaron, con pupilas abarcando todo el blanco de los ojos, redondos, húmedos, dilatados.

–¡Aquí hay de todo! –exclamó.

En la portada que ella sostenía, encapuchados sometían a un grupo de chicas amordazadas sobre sofisticados instrumentos de tortura.

–Te has ido directo a la carne –dijo el periodista cultural disimulando su pudor.

Ella reía. Sus pestañas cerradas formaban dos largos látigos.

–¡Me encanta el *Hentai*! –exclamó, enfrentándolo a la imagen de una muñeca cuyos pechos enormes disparaban chorros de leche con potencia volcánica.

Michiko leía los mangas como deben leerse, siguiendo las viñetas de derecha a izquierda y de arriba a abajo. De esta forma, no necesitaba saber japonés para entender parte de las historias. Celebraba señalando los dibujos más perversos, como los de la vestal atada de pies y manos que esperaba la embestida del sumo sacerdote. Ella parecía mostrar dolor, pero al mismo tiempo controlado placer.

–Me encanta este tipo de chica, una *Mukuchi*, siempre callada, casi imperceptible. ¡La víctima perfecta! –exclamó.

Luego tomó otro ejemplar. Entonces era la muchacha quien dominaba a un samurái. Ella llevaba la espada, cabalgando sobre el hombre desnudo.

–¡Y esta es una *Yangire*, la chica normal que súbitamente se vuelve violenta! –comentó.

Siguió luego con la portada de una muchacha de falda muy corta que tropezaba en plena selva con un grupo de gorilas.

–Y esta otra es una *Dojikko*, la chica bonita que siempre comete torpezas.

¡No puede hacer nada bien!

Cuando terminó de revisarlas, Michiko devolvió delicadamente las revistas dentro de su envoltura plástica. Parecía agotada y feliz, como quien vuelve del circuito de una montaña rusa.

–Tu jefe era un perverso –sentenció riendo.

Luego abrió el segundo paquete. Al tomar el primer manga, fue como si tuviera en sus manos una biblia impresa por Guttemberg. Como medida de precaución, Michiko se colocó los guantes de seda blanca que llevaba guardados en su bolso y que complementaban su vestido de princesa.

–Nunca he tenido en las manos un *Astroboy* de época –le confesó.

El periodista cultural recordaba a *Astroboy*. De pequeño, despertaba muy temprano para ver las aventuras de ese pequeño robot de peinado extraño y botas negras. Eran rojas en realidad, pero aún no llegaba la televisión a colores. Botas rojas como las de Superman y ojos redondos como los de Mickey Mouse. A su autor, Osamu Tezuka, le maravillaban los ojos que dibujaba Walt Disney. Para él los ojos de *Astroboy* hablan de pureza, pero también sugerían extrañeza y algo de ridiculez.

–¡*Kawaii!* –exclamó ella.

–¿*Kawaii?*

–Lindo, encantador... ¿Tengo que explicártelo todo?

–Si te gusta quédatelo. Su dueño no protestará –dijo el periodista cultural.

Ella lo miró, desconfiada.

–Nadie regala nada por nada. ¿Qué esperas de mí? –preguntó.

De pronto, Michiko se había convertido en una de esas chicas manga que los japoneses llaman *Yandere*: una persona inicialmente cariñosa que por alguna razón podía volverse hostil.

–¿Crees que puedes comprarme? ¿Para eso me has traído?

El periodista cultural no esperaba que su ofrecimiento fuera a desatar tal reacción. Ni siquiera sospechaba cuánto podría costar un volumen original de

Astroboy fechado en 1951.

–Déjalo sobre la mesa si no lo quieres. ¿Quieres ver un video?

La invitó a sentarse en el sillón frente al televisor. Junto con los manga, había encontrado algunas cintas de *Astroboy* como parte de la colección del editor y alimentaba con una de ellas el reproductor. Tras el *play*, esperó la compañía de Michiko, pero ella prefirió mantener distancia.

El primer capítulo de la versión animada de *Tetsuwan Atomu* salió al aire en 1963, cuando la historieta se encontraba en pleno auge. El éxito se mantuvo a lo largo de doscientos capítulos, y fue el primer dibujo animado exportado por Japón a los Estados Unidos. Tras adquirir los derechos, la cadena estadounidense NBC cambió el nombre original del héroe. Versión post atómica del *Pinocho* de Carlo Collodi, *Astroboy* era una vuelta de tuerca a la historia del autómatas que busca convertirse en un niño de verdad. Pero también del *Frankenstein* de Mary Shelley, el drama del clon robótico de un niño muerto, un diseño surgido de una tragedia familiar. Aquel pequeño robot fue la plasmación del espíritu de un país que supo levantarse y volar por encima de las desgracias de la Segunda Guerra Mundial.

El capítulo a color que ambos podían ver era parte de la producción americana de la segunda época de la serie: acompañado por un robot de gran tamaño, *Astroboy* intenta evitar la ruptura de una presa para salvar al pueblo de una inminente inundación. Las fracturas de las paredes se multiplicaban y ellos debían utilizar sus propios cuerpos como tapón para contener las filtraciones.

–¿Quieres que te prepare un sánduche? –preguntó él.

No esperó que Michiko contestara. Fue a la cocina y abrió el refrigerador repleto de provisiones que había comprado días antes para irse sintiendo dueño del espacio. Volvió poco tiempo después, con un vaso de leche tibia para ella y un sándwich de jamón, lechuga y tomate. Ella bebió y masticó sin ganas mientras, acudiendo en ayuda de *Astroboy*, helicópteros cargados de

cemento disparaban la mezcla para sellar las rupturas de la represa. Para el pequeño robot era fácil quitar su espalda de la fuga de agua para permitir el impacto del concreto. Pero su compañero gigante enfrentaba otra suerte. La dimensión de las fracturas le hacía imposible retirar su cuerpo sin que la presa colapsara sobre él.

–Tengo que irme –dijo Michiko.

Se despidió con prisa, sin mirarlo de frente. Sin comprender su apuro, el periodista cultural la vio abrir la puerta con su brazo izquierdo, el más largo. En la televisión, los helicópteros habían recibido la orden de lanzar su carga sobre la inmensa máquina, convirtiéndola en parte de la construcción. Astroboy solo podía observar impotente el sacrificio del amigo.

Se acercó al ventanal para cerciorarse de que Michiko pudiera salir del edificio, temiendo que quedara atrapada en las rejas como un animal asustado. Se decía a sí mismo que esta vez él no había cometido ningún error, que simplemente había mujeres demasiado aprensivas. En la escena última del video de *Astroboy*, los helicópteros terminaron por cubrir de cemento al gigantesco robot contra la represa, convirtiendo el metal en piedra. Mientras tanto, el periodista cultural se preguntaba por qué no veía salir a Michiko a la calle, qué podía retenerla en el edificio. No tenía forma de saber que, en el descanso del segundo piso, la vecina fija en su baranda la había detenido por un momento.

–¿Ya te vas, niña?, ¿tan rápido?

–Sí, señora.

–Es un buen muchacho, ¿verdad?

Era uno de esos días de luz bárbara y afilada, de un verano que se repite y se repite. Camino al periódico, el periodista cultural creía revivir, una y otra vez, la primera mañana en que despertó en el departamento del editor. A la misma

hora, en camino al trabajo sin variar la ruta, las cinco cuadras que separan el diario de la biblioteca que él organizaba. En ese camino predeterminado, al llegar al cruce de avenidas, se encontraba siempre con la misma mujer, detenida en la vereda, ajena al tráfico. Iba vestida de amarillo fosforescente, acompañada por un cilindro, un recogedor y una hoja de palmera que utilizaba como escoba. Por treinta segundos se quedó mirándola: una bolsa negra la cubría de la cabeza hasta la cintura. Se preguntó qué hacía una mujer detenida a un lado de la avenida, ajena a todo, protegida por esa coraza de polipropileno. El periodista cultural trató de retener la imagen de la mujer un momento, como quien intenta memorizar el título de una canción. Pero luego la olvidó, como sucede siempre, atrapado en este bucle de tiempo.

Al llegar al diario, encontró nuevamente al equipo de Internacionales repitiendo la doble jornada. Habían retirado la computadora de su editor, y sobre su escritorio los redactores habían dejado arrimadas las cajas de pizza consumidas la noche anterior. Echó un vistazo a los titulares del periódico. Además del enorme despliegue por la muerte de la princesa Diana, una norteamericana de 22 años se había convertido en la turista 600 mil llegada al país en ese año. Un matrimonio campesino se había suicidado después de envenenar a su niño en la pensión donde vivían. El hallazgo de otro aparato explosivo enviado por correo a la oficina de un profesor universitario había hecho desalojar a más de mil personas del edificio del campus. La policía confirmó el hallazgo de 200 gramos de pólvora y un mecanismo de detonación.

El director de informaciones volvió hasta su escritorio para preguntarle qué notas tenía preparadas para la edición. A las acumuladas del día anterior se sumaban el perfil del reciente Premio Nacional de Escultura, la convocatoria a un festival literario y un estreno de danza contemporánea. Pero la repetición de argumentos ya estaba preparada: visto el notorio incremento de la lectoría, necesitarían nuevamente su página para un mayor despliegue de

Internacionales. Circulaba entonces la teoría de que el accidente había sido provocado, o así lo había denunciado el millonario egipcio Mohamed Al Fayed, padre de Dodi.

Sin espacio dónde publicar, pensó en tomarse el día y dedicar otra jornada entre los libros de su editor.

En ese momento sonó el teléfono. Era el hijo del pintor que días atrás había entrevistado sin lograr de él una sola frase publicable. El que lo había hecho huir de su taller para evitarse más preguntas.

–Papá sufrió un accidente –le dijo.

El periodista cultural pensó que quizás podría conseguir un pequeño espacio en locales para una nota que comenzaría con la frase *Me he podido matar*. Eso fue lo que le susurró el pintor apenas lo vio llegar a su habitación ubicada al fondo del pasillo del hospital. La noche anterior había despertado sediento y, en su camino a la cocina por un vaso de agua, tropezó en las estrechas escaleras, rodando en la caída.

Entonces una estructura de metal mantenía quieto el cráneo del pintor. Tenía conectadas dos sondas, una en la nariz y otra en el brazo izquierdo.

–Es un milagro que no se haya quedado paralítico –comentó su hijo.

El doctor había traído buenas noticias: la cirugía había sido exitosa, la pulmonía cogida en la misma clínica iba cediendo, y una dolencia cardíaca descubierta días atrás fue por fin superada.

–¿Cuánto tiempo más estará internado? –preguntó el periodista cultural.

–Papá está haciendo progresos a diario. Es cuestión de que gane algo más de fuerza para ser independiente. Entonces lo sacaré de aquí.

Una escalera oscura y la desorientación propia de la edad explicaban bien un accidente doméstico. Pero el artista tenía otra hipótesis:

–Fue el destino. Todas las obras colgadas en esa exposición fueron premoniciones de mi caída –le dijo.

El artista le sonrió con una dignidad a prueba de golpes. Por primera vez,

quizás agradeciendo el gesto de su visita, le hablaba con respeto. Un momento después, luego de ser interrumpido por una tos dolorosa, añadió:

–Ahora hablemos de pintura.

Michiko observaba girar la ropa tras la claraboya, imaginando que la lavadora industrial trataba de hipnotizarla. Era una enorme máquina esmaltada de rojo, ubicada al ingreso de la lavandería, al lado opuesto del mostrador donde ella atendía cada mañana. Momentos antes, dos señoras habían traído edredones de plumas y fundas de almohadas. Ella recibía la ropa de cama y la marcaba escribiendo en un papel el código que engrapaba de un solo golpe sobre la etiqueta. Como le habían instruido, revisaba los bolsillos en busca de cualquier moneda, billete o papel importante que su dueño pudiera haber olvidado. Solo si la prenda no escondía ninguna sorpresa, procedía a redactar el recibo. Su trabajo incluía discriminar las prendas: unas iban al lavado en seco, otras para lavadora, aquellas para ser enjabonadas a mano.

Lavar la ropa implica movimientos continuos y repetitivos. No solo el acto mecánico frente al fregadero, implica también permanecer de pie atendiendo al público, Michiko soportaba el calor y la humedad, arrastrando los sacos de ropa sucia con un solo brazo, pues en el otro, el más corto, no encontraba fuerzas. Antes del lavado, separaba la ropa blanca de las prendas de color pastel. Más lejos colocaba las negras, azules o las de cualquier tono de rojo. Tenía ya meses trabajando allí, pero aún sentía asco al tocar ropa interior ajena. Completaba la carga, la llevaba hasta la boca de la máquina, alimentándola prenda por prenda. Al activar la lavadora, el enorme tambor metálico replicaba un movimiento sísmico.

A lo largo del día, había muchos tiempos muertos que Michiko soportaba sola en el mostrador. Cuando el aburrimiento se hacía insoportable, volvía a refugiarse en el depósito, el gran almacén de ropa donde colgaban

embolsadas todas las entregas en espera. Entonces, espiando por la trampilla, vió al dueño empujar un carrito de estantería cargado de camisas arrugadas, llevándolo al rincón donde operaba su plancha de vapor. Lo observó detenerse frente a la ruma de ropa interior separada antes por ella. Lo vio coger una de las bragas y llevarla a su rostro, aspirando fuerte. Luego repitió la acción con las demás.

–Cerdo –murmuró.

El dueño tenía una aplicada técnica de planchado. Liberaba rápidamente las camisas de su percha, las tendía sobre la plancha y luego activaba la prensa. Le bastaban tres movimientos para luego, rompiendo la cortina de vapor, apilarlas dobladas en su carrito.

Cuando frente a él pasaba alguna de las lavanderas, la llamaba con el gesto de quien pide una cerveza.

–Yo te voy a planchar mamita. Te dejo dobladita y con suavizante –decía, invitándola con un gesto a subir sobre sus piernas.

Algunas se indignaban y seguían su camino. Otras reían como celebrándole una broma blanca.

Solo volvieron a verse una vez más, cuando tuvieron que entregar al casero la llave de la casa de la quinta y recibir a cambio el dinero de la garantía. El periodista cultural observaba a la mujer con la que había compartido por meses ese espacio, cómo firmaba los papeles que rescindían el contrato, y le parecía otra persona, más relajada. La miraba entonces sin ningún interés y, al escucharla, solo atendía al movimiento de sus labios. Más que una fría despedida, parecía una transacción por el tiempo compartido en esos cuatro ambientes. Fue curioso que, al ella cerrar su cartera y prepararse para despedirse, lo mirara y le preguntara resuelta:

–¿Todo bien?

El periodista cultural sintió una enorme pereza al intentar responder a esa pregunta. No entendía si debía darle un detallado reporte de lo hecho en esas últimas semanas, si debía detallarle la abusiva apropiación de todas sus pertenencias o si en verdad ella esperaba una dramática respuesta en la que confesara lo imposible que le resultaba vivir sin su compañía. Por eso no contestó. En el instante en que ella esperaba su respuesta, se dio tiempo para compararla con Michiko, y contabilizar cuántos detalles le faltaban para alcanzar sus encantos. Desde la mirada tierna y el flequillo perfecto, sus engreimientos de niña, hasta su capacidad para escribir una historia y llevarla al papel, mientras tarareaba endiabladas canciones japonesas imposibles de entender. A fuerza de repetir el trayecto del departamento del editor al diario y del diario a la galería, el periodista cultural había aprendido a calcular la hora exacta que le permitía coincidir con Michiko, siempre frente al *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*. Ella acudía cerca de las seis, modelando siempre un vestido diferente con maneras de princesa. Se sentaba en la banca y sacaba su cuaderno de dibujo. No parecía importarle que el público se quedara mirándola. Él no la interrumpía. Solo cuando se levantaba de la banca, el periodista cultural abandonaba su rincón y la acompañaba a la salida. A veces caminaban juntos un par de calles antes de que tomara el bus que la llevaba a casa. Ella no le daba su número telefónico cuando él se lo pedía, tampoco lo llamaba cuando el periodista cultural le escribía el suyo. A lo largo de dos semanas de encuentros, el periodista cultural intentaba reunir el valor necesario para enfrentarla, y el día en que se decidió a ocupar el otro extremo de la banca, ella lo miró como esperando oír de él las palabras correctas.

—¿Sabes en qué cuadro se inspiró Fernández para su *Señora Luisa de Salcedo*? —le preguntó.

—No. ¿Cuál? —preguntó ella.

—En el *Retrato de Madame de Pompadour* de François Boucher, un pintor

francés.

–Ah, la conozco –dijo Michiko orgullosa–. Es un personaje de *La rosa de Versalles*.

–¿Una novela?

Michiko intentó reunir paciencia.

–Un manga de Riyoko Ikeda, discípula de Tezuka. Madame de Pompadour fue la amante más célebre del rey Luis XV.

–Pues se parece a ti. Ambas tienen el rostro en forma de corazón.

–¡Qué dices!

–Es verdad. Por cierto, aún te sigo esperando para ver cómo termina el capítulo de *Astroboy* –le dijo él.

–Ella no respondió. Solo le ofreció su terrible sonrisa de dibujo animado.

Y eso era todo hasta entonces, la respuesta al *¿Todo bien?* formulado hace unos instantes por la que había sido su novia semanas antes. Sin embargo, en el momento en que el periodista cultural tenía lista una respuesta, se dio cuenta de que ella ya no estaba. Le había agotado definitivamente la paciencia.

Había días en que el periodista cultural se levantaba optimista y pensaba que su trabajo tenía algún valor. Que sus textos incentivaban la curiosidad del lector por el consumo de cultura, que alguna de sus críticas había iluminado la comprensión de alguien o, simplemente, que un comentario afortunado había hecho feliz a un viejo escritor, pintora, actriz o cineasta en permanente espera de reconocimiento. Pero había otros en los que prefería no levantarse, en los que sentía que lo de redactar no podía considerarse siquiera un trabajo, cuando creía que todos aquellos intelectuales y artistas que entrevistaba lo consideraban un sujeto sospechoso, con un sentido banalizado de la cultura, dispuesto a simplificar lo que debía mantenerse complejo o ensalzar un

fenómeno comercial como si se tratara de un clásico.

Al levantarse pesimista le tomaba algo más de tiempo salir de la cama. Se preguntaba para qué llegar temprano a su puesto si el interés popular por el cadáver de Lady Di había secuestrado su página cultural. Por eso, tras revisar la hora, ni siquiera apuró el café del desayuno. Salió con retraso del edificio, era claro que algo en el engranaje del día se había roto. Diez minutos de demora bastaron para que la mañana se revelara distinta, para que el azar alterara su rutina con pequeños cambios. Por ejemplo, volver a encontrar a la mujer de la bolsa en su lugar de la avenida. O lo que quedaba de ella: ya no detenida de pie frente al tráfico, cubierta con su coraza negra de la cabeza hasta la cintura, sino flexionadas las rodillas al lado de su cilindro y su escoba, devorada por completo por la bolsa de basura que la confundía con su equipo de limpieza. De pronto, pudo ver cómo un líquido tímido brotaba bajo el camuflaje, abriéndose paso sobre la vereda.

Al llegar al diario, el periodista cultural recogió su periódico de cortesía. Un inusual aviso en portada clamaba en grandes caracteres: «Protege nuestra patria: denuncia al terrorismo». La Policía Nacional ofrecía una millonaria recompensa a quien proporcionara información que llevara a la captura del último jefe en libertad de un grupo subversivo. Tras pasar la página, leyó en la sección Nacional que otros tres dirigentes terroristas habían sido capturados luego de enfrentarse a una patrulla del ejército. En Internacionales, investigadores británicos y franceses coincidían al afirmar que el accidente que le había costado la vida a la princesa Diana se debió a los altos índices de alcohol encontrados en la sangre del conductor. El periodista cultural leyó las noticias sin retenerlas en la memoria. Solo podía pensar en Michiko y en los gestos que recordaba haberle visto en el departamento del editor: cómo mordía su labio inferior mientras revisaba los mangas de la colección, cómo retiraba delicadamente de la cara el mechón del flequillo que se empeñaba en molestarla, cómo entrecerraba los ojos al

molestarse con él.

La muerte de Lady Di empezaba a agotarse como tema y todo hacía suponer que los reportajes de gran despliegue volverían a sus dimensiones habituales. Le habían anunciado que al día siguiente saldría nuevamente su página, y el periodista cultural sintió un renovado entusiasmo al reciclar sus entrevistas inéditas aún vigentes. Sin embargo, al mediodía, pudo ver cómo sus agotados compañeros de Internacionales volvían a ocupar sus escritorios, llevando con ellos nuevos sobres de archivo.

Había muerto la Madre Teresa de Calcuta.

A causa de un paro cardíaco.

A los 87 años.

Poco después, el director de Informaciones llegó a su escritorio para disfrazar nuevamente de solicitud amable una orden directa.

–¿Y si te tomas unas vacaciones? –le sugirió.

En días como esos, el periodista cultural tenía razones para sentirse pesimista, para creerse furgón de cola, el último eslabón de la cadena. Canceló entonces el par de entrevistas que acababa de coordinar e imaginó que podría volver al departamento de su editor, a poner en cajas el pasado lector de un compañero desaparecido. De pronto, repicó una llamada.

Dejó sonar el teléfono.

Su mano derecha estaba tan próxima al auricular que bastaba un mínimo movimiento para hacerlo saltar a su palma abierta, pero lo dejó timbrar. No quería tener que explicar a la persona al otro lado de la línea que la página cultural no saldría otra vez, que no tendrá espacio para su presentación, concierto, exposición o lo que fuese, por más que lo solicitara. Pero lo escuchaba persistir, y empezó a temer que se tratara de una urgencia. Sus ojos se fijaron en el teléfono, vaciando la mirada sobre sus botones. Tras un nuevo timbrado, decidió rendirse. Contestó con un enorme desgano y el círculo de la comunicación se cerró cuando desde el otro lado la voz de Michiko

encontró su oído. Y él sintió su boca cerca de su mejilla. Cerró los ojos, respirando ansioso.

–Necesito verte –le dijo ella.

Michiko llamó al periodista cultural porque había ocurrido un desastre. Toda una carga de ropa introducida por ella en la lavadora había resultado teñida misteriosamente de rosa. Bastó que un calcetín o unos pantaloncillos rojos se mezclaran con las prendas blancas para trastocar el color de toda la colada.

Cuando el periodista cultural dio con la dirección de la lavandería, encontró a Michiko con los ojos irritados, observando girar las prendas tras la claraboya, como si intentara encontrar una respuesta en los giros de la ropa de color. La vio sentada allí, apoyada con desdén sobre el mostrador, con los ojos chiquitos, cansados de llorar. La escuchaba quejarse. Hablaba rápido pero bajito, avergonzada de invitarlo a un escenario donde ella no había querido que la viese actuar. El dueño la había despedido sin derecho a indemnización y, cuando protestó, le hizo un gesto para que subiera a sus piernas si quería salvar su puesto. Ella solo atinó a volver al mostrador de madera y colgar su mirada de la claraboya.

–Espera aquí –le dijo el periodista cultural.

Fue a buscar al dueño en la trastienda. Atravesó un pasadizo flanqueado por sacos impecables cubiertos por fundas plásticas hasta encontrarlo al fondo, planchando camisas de cuello duro.

–No nos iremos de aquí hasta que cumpla con pagarle la liquidación que le corresponde –reclamó.

El hombre ni siquiera lo miró. El cuello de las camisas es uno de los elementos más importantes de la prenda, por lo que debía concentrar su atención en presionar la plancha varias veces hasta alcanzar la dureza deseada.

–Liquidación es lo que he querido darle, pero ella no se deja –dijo entre

dientes, colocando los hombros de la camisa en el borde de la tabla.

–Repita eso –respondió el periodista cultural.

–¿Por qué? ¿Además de huevón, eres sordo?

Quizás fueron las muertes de Diana y la Madre Teresa o tal vez la certeza de que su página cultural era absolutamente prescindible lo que impulsó su respuesta. El factor sorpresa estuvo de su parte al coger al dueño del cuello, traer su cara hacia delante y golpearle la boca con la plancha de vapor, consiguiendo con ello, además de quemaduras, partirle la nariz. El hombre se llevó la mano a la boca, mirando con pánico al periodista cultural, que aprovechó su desconcierto para inmovilizarlo sobre la tabla, tomar su billetera del bolsillo y sacar de ella los billetes. Aunque le había pedido a Michiko que esperara en el mostrador, ella aguardaba detrás suyo, viéndolo todo.

Ambos salieron de la lavandería experimentando una sensación extraña. Él, la culpa de quien nunca había cometido un acto de violencia. Ella, la anticuada satisfacción de verse rescatada por un héroe guerrero, su *bushi* victorioso.

Ahora litros de agua corren entre ellos. Entre tenedores y cuchillos, platos y sartenes, grasa grumosa y restos de nouvelle cuisine. Su compañero usa detergente líquido, esforzándose con una esponja. Enjabona con agua caliente, luego enjuaga con fría. Conserva un orden: primero el cristal, luego los platos, las bandejas y los cucharones y por último las ollas y las sartenes. De esa forma, lo más sucio permanece más tiempo en remojo facilitando la eliminación de los residuos. Es una técnica aprendida de su madre, le confiesa. Y sonríe, sacudiendo sus manos enfundadas en guantes de látex color naranja.

De pie frente a la vajilla sucia ambos son conscientes del momento: de su respiración, del dolor de sus manos bajo el agua helada, de la historia que los ha llevado hasta allí.

–Estamos siguiendo su plan, hemos aceptado sus condiciones –le dice llevando otro plato limpio a lo alto de la torre.

–Yo no he aceptado nada –responde él.

Su compañero intenta ser amable y a la vez persuasivo. Desde que leyó la postal, le recuerda, cuando hizo maletas y tomó ese vuelo, él había aceptado.

–¿Y cómo sabes que ella me envió una postal? –pregunta él.

–Porque hizo lo mismo conmigo –responde.

Quizás porque casi no han dormido, o porque el agua había enfriado sus ánimos, prefieren no discutir. En lo que sí están de acuerdo es en que Michiko podría haberles dejado descansar algunas horas más.

–Kaiwa o shinaide shigoto o susumete!

Ella vuelve a la cocina. ¡Menos conversación y más trabajo!, grita, como

si tradujera lo dicho por el señor Moritsugu tanto en los modos como en el contenido. Sin embargo, enseguida endulza la voz, baja el tono, intenta recobrar la confianza perdida.

–Recuerden: es su primer día de trabajo y tienen que hacer méritos.

–¡Primero haz méritos tú diciéndonos la verdad! –dice él.

Se enfrenta a Michiko por eso y por mucho. Por el robo, por el abandono, por haber roto algo profundo e invisible. Pero el agua helada en sus manos ha hecho su efecto: entumece sus brazos, enfría su pecho, endurece su lengua.

–¿Nos has traído de tan lejos para ponernos a lavar platos?

–Creo que debo pedirles disculpas –reconoce ella–. Si ustedes quieren que desaparezca de sus vidas, lo haré. Pero ahora los necesito.

Parece uno de esos momentos de historieta, ubicados en la última viñeta de la página: el protagonista hará una revelación importante y la composición obliga al lector a continuar la lectura motivado por el suspenso. Ahora los dos hombres tras el fregadero la escuchan atentos.

–Tanomimasukara iikagen kitekudasai.

La voz del señor Moritsugu los interrumpe nuevamente. Una serie de reverencias después, ella les devuelve una mirada resignada antes de salir de la cocina.

–Voy Moritsugu–san. No tardo Moritsugu–san.

Ella los deja como al principio. Él la ve cruzar la puerta y vuelve la mirada hacia el compañero que empieza a enjuagar un enorme wok. Al terminar, se lo pone en la cabeza y lo luce jugando a ser una geisha que lleva un precioso sombrero. Él le devuelve una mueca que no alcanza a considerarse sonrisa. Piensa que Michiko ha sido astuta: si hubiera sabido que también había invitado a su asistente, no habría tomado ese avión.

MAHŌ SHŌJO

Todo podría empezar con una viñeta que los muestre haciendo el amor. La imagen primera engendraría otra: un plano medio de una chica extasiada. En la página siguiente, el encuadre general de la habitación horas después, con Michiko tendida boca arriba, con cara de estar a punto de convertirse en sujeto de un gozoso experimento. Ella era la paciente, pero también la doctora que hacía un feliz diagnóstico: el retroceso de la soledad. Por la ventana podía apreciar cómo la luz cambiaba de temperatura, poco antes de apagarse el alumbrado público. Se dio la vuelta y notó el aliento del otro cuerpo en la habitación silenciosa. Al levantarse para dirigirse al baño de visitas, sintió aún el temblor en sus piernas. Evitó pisar las revistas de manga que habían caído de la mesa después de haberse montado sobre ella. Sorteó las prendas de ropa, las suyas y las del periodista cultural, desperdigadas a lo largo del camino que unía la sala con el dormitorio.

Cuando volvieron de la lavandería al departamento del editor, Michiko lo había besado intentando aspirar todo el aire de sus pulmones. Sorprendido, el periodista cultural respondió sujetándola de los muslos para luego deslizar sus manos bajo la falda. Dejó caer la prenda al suelo, allí donde los pantalones le amarraban los tobillos. Las medias de encaje fueron desprendiéndose después de quitarle los zapatos de plataforma. Entonces la llevó cargada hasta la mesa del comedor para inclinarse sobre ella, ya totalmente cogida por dentro. Embestía fuerte y los lazos rosas de Michiko iban soltándose de su pelo con cada golpe de pelvis.

Aún pensaba de forma errática cuando, frente a las puertas de espejo del gabinete, advirtió marcas de dientes en uno de sus hombros. Miró sus pechos

y los hizo rebotar como si fuera la protagonista de un anime *echii* para adolescentes. Al revisar su rostro, se preguntó si le habría gustado conocerla sin maquillaje. El periodista cultural le dijo que le gustaba su rostro porque tenía forma de corazón, y se preguntaba qué habría querido decir. Se miraba en el espejo y no podía encontrar el parecido entre su rostro y una romántica caja de bombones. Pero el periodista cultural tenía razón. El rostro de Michiko era más ancho en la frente y en las mejillas, y se iba afinando para llegar a un mentón estrecho y hasta puntiagudo. Ella colocó hacia atrás su melena y la acción le reveló un pico en el nacimiento del cabello, que hacía más evidente la forma cardíaca. Luego rió para sí misma, sorprendida por su inseguridad. Sin sombras ni delineador, la suya era una mirada triste y asombrada, parecida a la de las niñas que dibujaba: ojos infantiles que luchan por comprender.

Cuando volvió al dormitorio, su héroe había despertado.

—¿Cómo se le llama en japonés a una chica mágica? —le preguntó.

—*Mahō shōjo* —respondió ella.

Michiko se acomodó a su lado. Ese fue el momento en que él pudo verla por primera vez desnuda por entero, excepto por su calzoncito de algodón. Sin un vello sobre el cuerpo, el barniz del sudor le daba una textura plástica. Era la piel de una muñeca de acción, *Mahō shōjo* bañada en látex líquido.

—¿Qué miras? —le pregunta. La voz de Michiko reverbera desde una cabeza hundida en la almohada.

El periodista cultural acarició su brazo derecho, el más corto, siguiendo con el dedo índice el trazo irregular de las costuras que lo cruzaban. Eran surcos de cicatrices que se ramificaban desde el nacimiento del hombro hasta la muñeca. No pudo evitar preguntar sobre aquellos arabescos extraños.

—Solo lo saben mis amigos —le advirtió.

—Ya podrías inscribirme en tu lista —respondió él.

Lo llamaba «la marca de Astroboy». Una historia nacida del estallido de un

coche bomba a corta distancia, a tres calles del instituto de idiomas, cuando avanzaba apurada para dar el examen de su curso de inglés. La explosión la lanzó contra un muro, ablandándola de golpe. Cuando la realidad adquirió para ella suficiente espesor, intentó levantarse, pero fue inútil. Creyó tener un cuerpo sin huesos, vertido sobre el pavimento. Al lograr alzar la cabeza, advirtió que donde debía elevarse un muro, había entonces solo cañerías. Regurgitó y escupió su pulpa. Temía que alguien llegara a rematarla, a revolverla, a aplastarla más de lo que estaba. Luego pensó lo contrario, que nadie vendría por ella, que la considerarían parte de los escombros, del cemento volatilizado en nubes negras, de los fragmentos del auto que aún ardía a su lado.

De pronto, unas figuras tomaron forma humana frente a ella.

–No siento mi brazo –intentó decirles.

Los enfermeros la subieron a la ambulancia. Aunque no recuerda sus rostros, desde entonces sueña con ellos y con los cirujanos que intentaron reunir los fragmentos de su húmero derecho. Sumado a la pérdida de tejido, no pudieron evitar que su brazo, reconstruido con clavos de acero y adhesivo quirúrgico, perdiera algunos centímetros. Quizás por eso se sentía tan identificada con Astroboy, el pequeño robot creado por un científico desesperado por reemplazar a su hijo muerto en un accidente de tránsito. Nacido a su imagen y semejanza, el autómatas podía reír, llorar y expresar toda clase de emociones. Sin embargo, pronto el científico renegaría de su creación al advertir que una máquina jamás podría envejecer y decidió alejarlo de su vida vendiéndolo al propietario de un circo de robots. Como Astroboy, Michiko también llevaba un cuerpo reconstruido. Como él, había conocido el rechazo. Como él, sabía lo que era sentirse la estrella de un espectáculo de chatarras.

–Esa es la historia. ¿Ahora te doy miedo? –le preguntó.

El periodista cultural no respondió. Solo lamentó no haber estado allí para

salvarla.

Es de noche en la ciudad. Lo que parece un meteorito cae delicadamente a tierra, casi posándose sin hacer ruido en el jardín de una elegante residencia.

A la mañana siguiente, la dueña de casa llama a su mucama.

–Etsuko, ¿puedes venir un momento?

–¿Sí, señora?

–Quiero que me digas qué es eso.

La mujer le señala la roca frente a ellas. Fastidiada, su patrona le da un puntapié. Luego mira la hora en su reloj.

–¡El cohete debe haber llegado! –dice antes de subir a su auto.

Luego de verla despedirse, Etsuko, de espaldas a la cámara, vuelve a observar la roca. Una mano aparece en el encuadre y toca su hombro. Ella voltea asustada. Es el cartero que le entrega un paquete sin remitente. Cuando ella le exige explicaciones, este ya ha subido a su moto y se retira sin responderle.

En curiosa trayectoria de retroceso, un cohete regresa al cuartel secreto del Escuadrón Ultra. Lo opera el mayor Tachibana, piloto que ha batido la marca de permanecer seis meses en el espacio. Al entrar a la sala de mandos, sus compañeros lo saludan.

–¿Cómo están las cosas por allá? –pregunta el capitán Kiriya.

El astronauta había vuelto solo por una semana. Estaba de vacaciones y quería encontrarse pronto con su esposa. Ella había llegado con retraso, lamentando un desperfecto de su vehículo a mitad del camino. Solícito, Dan Moroboshi les ofrece llevarlos en el Pointer, el auto oficial del escuadrón, hasta su residencia, plan al que se suma la agente Anne. Al llegar, la extraña roca los recibe en el jardín. El mayor Tachibana la ignora, mientras que Dan Moroboshi intenta registrarla con su visión de rayos X. No puede atravesar la

superficie, pero reconoce el material: *Esto es carbonita 808*, piensa. *¿Qué hace aquí? ¿Por qué está en la tierra?*, se pregunta.

Por la noche, Dan Moroboshi y Anne gentilmente han conducido hasta la residencia el auto que la esposa del astronauta había abandonado en la carretera.

La piedra seguía allí. *¿Por qué la policía no ha hecho nada al respecto?* Se preguntan los agentes.

Luego de despedirlos, la mujer estaciona el vehículo en el garaje. La mucama aparece entre las sombras para entregarle el paquete llegado por la mañana, dirigido al mayor.

En su estudio, Tachibana luce tenso. Se ha quitado el terno gris y mantiene la camisa y la corbata. Escribe a máquina un informe.

Su esposa sube las escaleras para entregarle el paquete. Lleva un provocador vestido turquesa que el hombre no advierte. Solo tiene ojos para aquella encomienda, que parecía haber estado esperando.

–Cariño, debes estar cansado –le dice ella, dulcemente.

–Tengo que presentar mañana este informe a mis superiores –responde él.

–¿Por qué no descansas?

–Lo haré, lo prometo –dice. Su esposa le da las buenas noches.

Él se asegura de que la mujer haya bajado las escaleras para girar la llave en la cerradura. Abre el paquete y ríe al encontrar dentro un fragmento de carbonita que emite un verdoso fulgor.

Es el momento de la transformación.

El proceso se inicia con dolorosas arcadas que lo obligan a apoyarse en el mueble para no caer. Tachibana observa su mano derecha: dedos y palma empiezan a germinar. Y mientras la piedra brilla y zumba, del astronauta solo quedan sus ropas extendidas sobre el suelo. El último tramo de la enredadera en la que se ha convertido termina su tránsito por el cuello de la camisa y trepa por la pared para escapar por la ventana, descolgándose por el muro,

reptando por las aceras del vecindario.

Pronto encuentra a su primera víctima: un hombre cruza la esquina, tambaleándose. Lleva una botella abierta en una mano y en la otra un maletín. En instantes, la planta envuelve sus pies, la víctima entra en pánico, abre los ojos entendiéndose presa. El grito desfigura su rostro mientras la enredadera se incorpora y rocía sobre él sus esporas.

Dan Moroboshi y Anne han escuchado el llamado de auxilio. Corren al lugar y encuentran al hombre, inmóvil. No hay rastro del agresor. Llaman una ambulancia.

La víctima de la criatura extraterrestre es conducida a la enfermería del Escuadrón Ultra. Sobre la camilla, convulsiona.

–Está seguro aquí, cálmese –le explican.

Pero es tarde. Un miembro vegetal asoma bajo la sábana que lo cubre y se incorpora luego una réplica de la primera criatura alienígena. Los agentes se preparan para disparar, pero Anne, en su rol de enfermera, les pide bajar sus armas.

–Pásenme el tranquilizante –dice.

En medio del caos en la enfermería, Dan Moroboshi lanza una pistola a las manos de Anne. Un rayo rojo derriba a la criatura.

–¿Está muerto? –preguntan sus compañeros.

–No. Solo paralicé su sistema nervioso.

Un ataque parecido sucede la noche siguiente. La víctima fue encontrada por los agentes de policía, rodeada por un gentío curioso. Los paramédicos conducen al hombre al hospital, pero la transformación ocurre a medio camino, dentro de la ambulancia. La planta acogota al conductor y el vehículo cae de la vía elevada, y estalla al golpear contra el pavimento.

Mientras tanto, la esposa del mayor Tachibana le lleva el té al estudio.

–Cariño, ábreme la puerta –dice.

Ella no puede verlo, pero su marido es entonces un tronco que gana la

fachada de la casa y se desliza por la ventana. La serpiente florida se introduce dentro de su camisa y los pantalones vacíos en el suelo mientras la mujer sigue golpeando.

–¡Cariño! ¡Cariño!

El traje impecable empieza a llenarse de contenido, a ser habitado por la criatura que retoma su forma humana.

–¿Te encuentras bien? –grita ella.

Escondida en la gaveta del escritorio, la carbonita ofrece sus últimos destellos. Recobrada su imagen, Tachibana se seca el sudor con su pañuelo, aunque mantiene la corbata ajustada. Por fin, abre la puerta.

–¿Por qué no respondías? –pregunta su esposa.

–Me quedé dormido –responde él, con fingida vergüenza.

Ella sirve el té, sumisa.

–¿Pero por qué encerrarse con llave? –insiste.

–Adquirí esa costumbre. Son las reglas de la estación.

–Este es tu hogar, no una estación espacial –le reprende ella suavemente, colocando la bandeja del té sobre el escritorio.

En el cuartel general, los reportes señalaban que en los últimos tres días al menos seis personas habían sido atacadas por la misteriosa criatura. Y el mal se expandía, pues los infectados atacaban a nuevas víctimas.

–Necesitamos cortar esto de raíz –dice el general del escuadrón.

–Nuestros científicos han estudiado la planta. Es un ser vivo que quiere colonizarnos –explica el capitán Kiriya.

Advertidos de que la criatura atacaba de noche, el alto mando decide imponer un toque de queda en el vecindario. Cuando todos están de acuerdo, Dan Moroboshi interrumpe la reunión.

–Capitán, venga un momento –solicita.

Había traído al cuartel la extraña roca encontrada en el jardín de Tachibana. Aunque hasta entonces no había ningún vínculo entre invasor y

meteorito, se ordenó a los científicos estudiarlo lo antes posible.

Así pasa otra noche. Nadie se atreve a salir de sus casas por temor a ser la próxima víctima.

El hombre planta regresa a casa sin haber encontrado humanos para infectar. En un descuido, cruza la ventana justo frente a la mirada de su esposa, quien cae al suelo, desmayada. La mucama acude en su ayuda, y descubre tras el cristal a la criatura.

–¡Dios mío! ¡Un monstruo!

La mucama clama por el Mayor Tachibana, quien poco después, recobrada su forma humana, desciende por las escaleras.

–Etsuko, ¿qué pasó?

–¡Hay un monstruo tras la ventana! –dice ella, señalando la oscuridad.

El hombre sale al jardín a investigar. Mira a ambos lados y vuelve sobre sus pasos.

–No hay nada allí.

–Voy a llamar a la policía –dice la mujer. El Mayor Tachibana la detiene.

–No es necesario. Soy oficial del escuadrón Ultra. ¿Qué crees que la gente pensaría? Nadie debe saberlo. No debo ser avergonzado.

Luego el astronauta ayuda a su esposa a levantarse.

–Perdona, Mitsuko. Este no es un lugar seguro. Creo que debemos ir mañana a la casa de campo. Tokio es muy peligroso –dice.

Ella acepta con una sonrisa. Se siente protegida.

Al día siguiente, en el cuartel general, los científicos del Escuadrón Ultra utilizan sierras de diamante para intentar abrir, sin éxito, el bloque de carbonita.

Suena el teléfono. Es una llamada para Dan Moroboshi. Etsuko, la mucama, le pide acudir rápido a la residencia.

–He encontrado algo que puede interesarle –le dijo.

Dan y Anne responden al llamado. Al llegar, Etsuko les señala el estudio

en el tercer piso. Suben de prisa por las escaleras.

–Un sonido extraño viene de la cómoda. ¡Creo que hay algo allí! –sugirió.

El agente rompió la puerta y descubrió la piedra.

–Debe guardar alguna relación con la pieza que apareció en el jardín.
¿Tiene un martillo? –pregunta.

Cuando Dan Moroboshi golpea de lleno en la roca, en el cuartel general, la impenetrable carbonita se fractura sin que alguien la hubiera tocado. Un nuevo golpe y a kilómetros de allí se abre un boquete que deja ver entonces el rostro de Tachibana inconsciente, vestido aún con su traje de astronauta.

El escuadrón comunica a Dan Moroboshi el hallazgo. Al escuchar que Tachibana había sido hallado en el interior de la carbonita, la mucama intervino.

–No puede ser. El mayor partió en tren esta mañana. Se fue a las montañas con la señora.

Dentro del tren en marcha, el impostor parecía incómodo en su asiento. Sin la piedra, no puede controlar su transformación, por lo que observa nervioso cómo sus manos evidencian los primeros signos de cambio. Pronto, es la planta la que ocupa el asiento al lado de Mitsuko. Los primeros gritos detonan el caos en el tren, que se detiene al interior de un túnel. Mientras los pasajeros huyen, la criatura persigue a la mujer a lo largo del vagón. En ese momento, los agentes Dan Moroboshi y Anne llegan para enfrentar a la criatura. Disparando sus pistolas de rayos, aturden al ser del espacio y recogen a la mujer desvanecida.

Al salir del túnel, el público advierte aterrado que el monstruo ha reaparecido, partiendo la montaña al alcanzar los cien metros de altura. Separándose del grupo, Dan Moroboshi toma su Ultraojo del bolsillo. Un momento después, Ultra Siete aparece y empieza la pelea entre ambos colosos.

–¡Ultra Siete, destrúyelo! –claman los humanos a nivel del suelo.

El monstruo ataca primero, lanzando sus esporas sobre el superhéroe. Tras aturdirlo, aprovecha para abalanzarse sobre él, pero Ultra Siete toma distancia. Sin darle tiempo para reaccionar, lanza de su cabeza su letal *Urutora Ai* y divide en dos a la criatura. Luego dirige su rayo al cuerpo podado y lo observa arder.

Cumplida su misión, el héroe remonta vuelo, hasta desaparecer entre las nubes.

El avión del escuadrón Ultra aterriza cerca de la destruida línea de tren. Mitsuko y el verdadero mayor Tachibana se reencuentran, aunque antes deben explicarle a la asustada mujer que esta vez sí se trata de su esposo.

La policía había reportado que las víctimas atacadas por la planta extraterrestre habían vuelto a la normalidad, agradeciendo al Escuadrón Ultra por sus servicios.

–¡A quien deberían agradecerle es a Ultra Siete! –comenta el capitán Kiriya, riendo con el resto de su equipo.

–Ahora nadie interrumpirá mis vacaciones. ¡Ni siquiera un monstruo del espacio! –exclama feliz Tachibana.

La pareja sube al Pointer del Escuadrón Ultra. Dan Moroboshi, acompañado por la siempre dispuesta Anne, los conducirá a su hogar. El resto del escuadrón vuelve a la nave. Y mientras esta se eleva, se escucha una voz en *off* que nos alerta: *El caso está cerrado. Sin embargo, aún no estamos seguros ante las invasiones alienígenas. Cuando usted se levante en la mañana, no olvide mirar por su ventana. Tal vez descubra un brillante y pesado objeto frente a su puerta.*

Había algo irresistible en algunos de esos capítulos oscuros, casi macabros, de *Ultra Siete*. Compartían con las películas baratas de ciencia ficción los mismos niveles de paranoia, la misma búsqueda por espías alienígenas

escondidos entre los humanos. Episodios en los que un hombre de trayectoria intachable o una atractiva muchacha podían ocultar la identidad de un monstruo del espacio, siempre al acecho para invadir la ciudad. Al final de cada episodio, una voz aconsejaba a no bajar la guardia, a no confiar en desconocidos.

Y mientras el periodista cultural veía una maratón de la serie, a su lado Michiko trazaba sus planes para la remodelación del departamento. Replanteaba en el papel la disposición de los muebles, la posibilidad de colgar cuadros en las paredes, encontrar un espacio para su tablero de dibujo y su máquina de coser. Quería transformar la escenografía sobre la que ambos actuaban, detallando por escrito todo lo necesario.

–Recuerda que estamos aquí solo por unos días. Luego nos echarán –le dijo el periodista cultural.

Pero Michiko no atendía sus aburridas advertencias. En su diseño, ella ubicaría en la pared central de la sala la versión manga del *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo* que había venido estudiando por semanas. El periodista cultural estaba encantado con la idea, porque fue la modelo de Fernández la que los había puesto en contacto. Sin embargo, le sorprendió que al replantear los espacios del departamento Michiko hubiera considerado dormitorios separados.

–¿No vamos a dormir juntos? –preguntó él.

A Michiko le cansaban esas conversaciones. Lamentaba que el periodista cultural tuviera en la cabeza solo un modelo convencional de pareja, donde cualquier disidencia podía considerarse traición. Pensaba que, si algo le había enseñado el manga era a romper con las convenciones, a no reprimir las posibilidades del deseo. Tal vez él se quedó con las angustias de Candy, el manga de Kyoko Mizuji y Yumiko Igarashi, quien nunca entendió que en la vida no existen los finales felices, que ser bueno no necesariamente conlleva un futuro exitoso y que, por más que quieras, no siempre podrás quedarte con

el amor de tu vida. El periodista cultural debía entenderlo: si el conflicto de Candy se basaba en la dificultad de elegir entre Terry y Anthony, se debía a que era una chica de otro tiempo. Por eso Michiko no escuchaba más que sus propias palabras cuando proponía sus proyectos para el departamento. Y mientras la nave del Escuadrón Ultra sobrevolaba en la televisión el cielo de Tokio, ella trazaba los planos de lo que esperaba fuera su muy feliz vida futura.

El edificio del editor no se encontraba en el barrio más elegante del distrito. Era más bien una zona bisagra, el tejido conectivo entre edificios de oficinas y restaurantes para empleados de mando medio. Por ello, los departamentos que los propietarios originales no habían dedicado al uso residencial se podían alquilar a precios accesibles. Michiko leía los nombres de sus diferentes vecinos mientras rebuscaba entre la correspondencia del buzón general de la entrada. Había un consultorio de dentista en el cuarto piso y el de un abogado en el quinto. En el segundo, alguien no pagaba sus tarjetas de crédito y dejaba acumular las notas de cobranza. Y en el tercero, al final del pasillo, funcionaba una revista de opinión. Michiko recogió los sobres dirigidos al departamento, rasgándolos luego tras vencer cierto pudor. Encontraba los estados de cuenta del editor, publicidad de tiendas de departamentos, una revista de cine y una cartilla publicitaria de un laboratorio que ofrecía hormonas de crecimiento para deportistas de alta competencia.

–¡Qué músculos! –dijo una voz a sus espaldas.

Una muchacha, mirando el aviso por encima de su hombro, se disculpó por sorprenderla: pidió permiso y se deslizó a su lado para recoger su correo, los sobres manila y demás paquetes dirigidos a la revista al final del pasillo. Mientras discriminaba las facturas de las cartas de los lectores, Michiko observaba su pelo corto y naranja, el maquillaje que afilaba sus ojos detrás de

imperceptibles lentes, los dientes disparejos que le daban un aspecto adolescente. Un pequeño Doraemon, el gato robot cósmico, colgaba de su mochila.

–Recibes mucho correo –comentó Michiko.

–Solo notas de prensa para la revista –respondió ella antes de dar un suspiro y compartir una confesión–. Se supone que practico como periodista, pero lo único que me permiten hacer es recoger la correspondencia.

Mientras subían juntas los primeros escalones, Michiko miraba los zapatos de la practicante. Le gustó que fueran rojos, de correa y punta redonda. Estudió también su caminar: la cabeza recta pero sin endurecer la nuca, la mirada al frente, los hombros hacia abajo, el estómago ligeramente contraído, las caderas liderando sus pasos largos. En el descanso de la escalera ambas saludaron a la vecina, siempre apoyada sobre el pasamano del segundo piso.

–¿Sabrán ustedes dónde dejé estacionado mi auto? –les preguntó.

–No señora –respondieron en coro.

–Siempre me pasa lo mismo. Nunca recuerdo dónde lo dejé –repitió, permitiendo a las muchachas continuar su ascenso.

Al alcanzar su piso, Michiko le confió a la practicante:

–Dicen que está cada vez peor. Un día olvidará cerrar la llave del gas.

Después de coincidir en que había sido un placer conocerse, eligieron ambas sentidos opuestos del pasillo. Sin embargo, al verla dirigirse a las oficinas de su revista, Michiko alcanzó a decirle:

–Iba a preparar el almuerzo. ¿Me acompañas?

Chicos con pañuelos en la cabeza y espadas en la mano. Muchachas con minifaldas, corsés, ligas, medias de rejilla y altos tacones. Todos personajes dibujados por Michiko que ella le mostraba a su invitada. Algunos parecían hermanados a los de series como *Dragon Ball* de Akira Toriyama o *Ranma*

1/2 de Rumiro Takahashi. La practicante reconocía algunos de los títulos de mangas que Michiko mencionaba, pero le costaba seguirle el ritmo.

–¿Te gustan? –preguntó Michiko.

–Son *Kawaii*.

Ella conocía el lenguaje. Sabía que lo *kawaii* manifiesta la admiración por la belleza y la ternura. Es la exclamación de la alegría admirativa y el deseo espontáneo. Es decir a la vez: «Mira qué lindo» y «¡Lo quiero!».

–Me encantan –añadió–. ¿Has pensado en publicarlos? – preguntó la practicante.

–La verdad que no. ¿Tú crees que llamarían la atención?

–¡Por supuesto que sí! Nada de esto se vende en la calle. Serías la primera en hacerlo.

–¿Y es muy difícil publicar?

–Pues fácil no es. Hará falta mucho trabajo para organizar esto como una revista. Pero estoy segura que te iría bien. ¡Tienes talento!

Michiko se sintió orgullosa.

Poco después ambas intentaban seguir la letra de un incomprensible tema de pop japonés, interpretado por lo que parecía un conjunto de ardillas electrónicas. La practicante se había acomodado los lentes antes de ensayar un delicado baile mientras Michiko apreciaba cómo movía las caderas, cómo brillaban sus afilados ojos sobre su nariz casi imperceptible. Cuando el inicio de la segunda canción se enlazó con el final de la primera, Michiko cruzó la sala para entrar en la cocina.

–¿Quieres una cerveza? –preguntó metiendo la cabeza en el refrigerador.

Se la alcanzó y se colocó a su lado en la ventana. El primer sorbo de la botella de cerveza le enfrió la boca. La practicante se acomodaba los anteojos de una manera particular, presionando el marco de las lentes con el pulgar y el índice, mientras inclinaba levemente el cuello y sonreía al mirar a Michiko, encontrándola encantadora en su vestido de princesa. Poco después, ambas

bailaban solas, sinuosas, mientras la música casi se podía palpar. Michiko sonreía y observaba a su nueva amiga, de abajo a arriba, imaginando su cuerpo bajo esa ropa fabricada en serie. Entonces adoptó un rostro lánguido y empezó a mover las caderas. La practicante le respondió contoneándose hacia abajo, doblando deliciosamente las rodillas. Con disimulo, Michiko le quitó de la frente el pelo que llevaba adherido por el sudor. Luego acercó su rostro al de ella y susurró algo a su oído. Su invitada dudó un momento, pero después sonrió.

Cuando el periodista cultural volvió al departamento era ya la hora de comer. Al abrir la puerta, encontró sentadas a la mesa a dos muñecas vestidas y maquilladas de igual manera, que lo saludaban con grititos y aplausos, interpretando convencidas su papel. Viéndolas juntas, recordó el *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*, entonces duplicado frente a él. Al verlo dudar, ellas lo llevaron de la mano hasta la mesa, donde se sentaron juntos y equidistantes. Michiko hizo las presentaciones. Habían cocinado *Tonkatsu*, una chuleta de cerdo empanada y frita. La practicante confesó que solo le había asistido en el picado de ingredientes, pero Michiko la colmaba de halagos.

- Está trabajando en la revista al final del pasillo. Es periodista como tú.
- Bueno, aún no soy periodista. Solo practico –replicó ella.
- Eres buenísima, lo sé –añadió Michiko.

De madrugada, Michiko sacudió el hombro del periodista cultural.

–¿Estás dormido? –preguntó.

Él despertó sin entender la urgencia. Balbuceaba.

–Tienes que ayudarme a publicar –dijo ella con ojos de niña desvalida.

Aunque el periodista cultural no pudiera advertirlo en la oscuridad, los de Michiko eran ojos sumamente expresivos, tanto que minimizaban la

presencia de la nariz y la boca.

–La practicante dice que le encantaría ayudarme. ¿Podrías tú?

–¿Ayudarte a qué?

–¡A publicar una revista de manga pues!

Algo más despierto, intentó explicarle que no sabía nada del asunto, que no era para él.

–Tengo un trabajo ¿recuerdas? –añadió.

–Pues es muy fácil. ¡Renuncia! –dijo ella.

No lo dejó responder al envolverlo en su abrazo. Él se sentía débil, como Ultra Siete cuando la cola de algún monstruo envolvía su cuello.

Al aflojar sus brazos, ella volvió a la carga.

–¿Lo decidiste?

–No hablemos de eso. Me gusta el periódico...

Michiko le golpeó la cabeza. Un golpe seco, sobre la frente, con la palma abierta, vengativo. Para el periodista cultural no resultó doloroso, pero sí humillante.

–¡Necesito que te arriesgues por mí! ¿O acaso no eres mi héroe? –preguntó.

Claro que lo era. Como Ultra Siete, con su máscara plateada y su letal *Urutora Ai*, capaz de cortar por la mitad a sus enemigos. Pero un héroe sabía escoger sus batallas. El periodista cultural no era como ella, instalada en sus fantasías, disfrazándose como sus personajes favoritos. No podía percibirlo entonces, pero al negarse de plano y volver al sueño, los ojos de Michiko habían cambiado en ese momento. Sus órbitas redondas se transformaron hasta volverse felinas, azoradas, lo suficientemente profundas para que en su mirada pudiera haber más odio.

Un hombre dormía sobre el retiro de una ventana, abandonado de sí mismo.

Una mujer, a su lado, vendía emoliente. Generosa, había cubierto el cuerpo con tres bolsas de plástico y algunos periódicos amarillentos. Michiko se quedó observándolo por un momento, luego apuró el paso. Dudaba si la mujer había mostrado generosidad porque realmente cuidaba del muchacho o porque no quería que su rostro espantara a los clientes. Caminaba hasta la galería municipal para encontrar nuevamente el *Retrato de la señora Luisa de Salcedo*. Para la ocasión, iba vestida con el uniforme marinero que utilizan las colegialas en Japón, un traje para extender indefinidamente la adolescencia. Apretando sobre su pecho su cuaderno de dibujo, Michiko pensaba cómo conseguir el apoyo del periodista cultural para su proyecto de revista. Refunfuñaba.

En la vereda, caminando en dirección contraria, se cruzó con grupos de escolares vestidos de gris. No hacía mucho tiempo que Michiko había dejado el colegio, pero aún sentía el alivio de haberse liberado de aquel uniforme único de blusa blanca con falda y tirantes color rata. Soñaba con esas escenas que dan inicio a muchos animes estudiantiles, con jóvenes recorriendo calles arboladas hasta llegar a sus escuelas perfectas, de fachadas impecables, pisos encerados y jardines de revista de decoración. Pero lo mejor era los uniformes: traje oscuro estilo militar para los hombres, vestido estilo marinero o *sailor fuku* para ellas.

Antes de alcanzar el cruce, observó a lo lejos a un hombre que cruzaba la pista para volver luego sobre sus pasos. Iba y volvía, una y otra vez, insultando al presidente, al gobierno, al alcalde, a sus padres muertos y a los sobrevivientes de su familia.

–¡Nos están matando! –repetía a gritos.

El hombre estiraba los brazos como si lanzara piedras invisibles, espantando a los escolares que no habían advertido su presencia. Otros parecían acostumbrados a sus maldiciones, como si formaran parte de la insania del barrio. Michiko había cruzado al otro lado de la acera al verlo

acercarse, mientras a su lado una señora que llevaba al colegio a su pequeño aceleraba el paso y decía «¡Corre! ¡Allí viene el loco!».

Poco a poco, la incontinencia de insultos fue perdiendo su potencia. El hombre se había sentado sobre el mojón de la esquina para recuperar el aliento. Al callar, adquirió el porte de una persona sensata.

Michiko vio que el hombre empezó a reír.

Pasó a su lado y le dio los buenos días. Él hombre devolvió el saludo para luego darle la espalda y llevar su monólogo obsceno a la otra orilla de la calle.

La madre y la hermana del editor habían regresado a la ciudad por pocos días. El periodista cultural las acompañó a la ceremonia de donación de libros que para ellas había organizado la biblioteca de la universidad. La que fuera la casa de estudios y tribuna de cátedra de su editor le había dedicado un espacio reservado con su nombre, lo suficientemente amplio como para albergar cerca de dos mil volúmenes, entre poesía y novelas, historia, crítica teatral, fotografía y pintura. En el acto preparado en el hall de ingreso, las autoridades universitarias recordaron el temprano e incondicional amor por la docencia del ausente, mientras su madre y su hermana asentían en silencio.

Como parte del homenaje, la universidad había publicado una selección de sus ensayos críticos, donde el autor ofrecía una mirada del desarrollo del teatro nacional en la última década. En la contraportada del libro aparecía su fotografía: no era el afilado rostro de un intelectual bajo en grasa que había conocido el periodista cultural. La familia había cedido otra imagen, en la que lucía un rostro lleno, más joven, con pelo largo y barba hirsuta. Y mientras el público aplaudía los discursos, él recordaba la conversación con la madre de su editor la tarde del velorio, frente al ataúd, cuando miraba el rostro de su hijo tras el vidrio.

–Me gustaba más cuando estaba gordito.

Al regresar al departamento, las mujeres comentaron sorprendidas cómo el espacio parecía haberse duplicado con los anaqueles vacíos. El periodista cultural les entregó un paquete de libros por los que podrían darles algún dinero, incluso les ofreció llevarlas donde un librero de viejo que podría estar interesado en comprar. No les comentó sobre la colección de mangas, de la que Michiko se había apoderado íntegramente. Les ofreció algo para tomar y ellas pidieron un café. Él se movía por la cocina con familiaridad, aunque era el orden de Michiko el que regía el espacio. Al abrir el refrigerador, como podía suceder en la mayoría de los hogares japoneses, encontró té de cebada, una bebida refrescante que iba bien con las comidas que ella preparaba. Buscó en el interior por algo reconocible pero solo logró palpar bolsas con algas para sus sopas de pescado, rábanos blancos, manojos de setas, virutas de atún seco, fideos de soja, raíz de loto y una botella de sake. Cerró el refrigerador y mientras agregaba agua al depósito de la cafetera, escuchaba a la madre y la hermana de su editor discutir sobre el destino del departamento. Una no quería desprenderse de la propiedad, la otra insistía sobre la urgente necesidad de dinero.

–Él ya no está para enviarnos remesas, mamá –añadió.

El periodista cultural pensó en Michiko y en esas dos maravillosas semanas que habían compartido el espacio. Entendió que aquella era su oportunidad de volver a ser un héroe.

–Yo podría alquilarlo –les dijo, llevándoles el café.

Al llegar a la galería, Michiko encontró libre su banca. Recogió su vestido al sentarse, abrió su cuaderno e intentó replicar la posición de las manos de la señora Luisa de Salcedo en el cuadro, un gesto de paz y tranquilidad que correspondía con su rostro amable. Pero una discusión al otro lado de la sala

interfería con el silencio que necesitaba: un anciano hablaba a gritos con el director de la galería, agitando el ejemplar de un periódico que ella reconoció. El funcionario le explicaba que había hablado con el autor del texto y que le había exigido una rectificación, pero sus argumentos no convencían al celoso guardián de la memoria de Fernández, que amenazaba con cerrar la exposición. Michiko recordó la pelea sostenida por Ultra Siete y el hombre planta que el periodista cultural le había obligado a ver, e imaginó a los dos hombres convirtiéndose en enredaderas alienígenas, entrelazando sus odios en letal combate.

El director de la galería cerró la conversación dándole la espalda y retirándose a su oficina. El anciano apretaba los nudillos.

–¡Si solo fuese unos años más joven! –bramó.

Michiko lo vio acercarse. El anciano ocupó el otro lado de la banca para observar el retrato de la Señora Luisa de Salcedo con devoción. Su aspecto era solemne, a pesar de las manchas de humedad en su traje. Por el agotamiento tras la discusión, las bolsas debajo de sus ojos parecían irritadas. Al comienzo agitada, su respiración terminó por recuperar su ritmo pausado al colgar su mirada del cuadro de Evaristo Fernández.

–Es hermosa, ¿verdad? –dijo ella.

Recién entonces el hombre puso atención en la muchacha de extraño uniforme, interesada en confiarle un secreto.

–¿Sabe? Yo podría ayudarlo a recuperar la honra de la Señora Luisa.

–¿Y sabes cuándo terminaremos aquí? –pregunta él.

–Sé lo que sabes tú. Debemos terminar con los platos para cuando cierre la cocina. Ella dijo que después del almuerzo nos explicaría todo –responde el asistente.

Esperar, siempre esperar. De pie frente a la vajilla sucia, las ideas, como el agua, generan un torbellino. El periodista cultural piensa cuál es la frontera entre limpieza y suciedad, y se le ocurren los eslóganes que repite la publicidad de detergentes. El asistente observa el agua que se pierde por el sumidero y rompe con los dedos el sentido del remolino en la boca del desagüe, como si buscara algo.

–¿Será verdad lo que dicen? –pregunta el asistente.

–¿De qué hablas?

–Que la rotación de la Tierra hace que el agua gire en sentido opuesto según el hemisferio en que te encuentres.

–Es una estupidez –zanjó él.

Lo había aprendido de algún documental. En realidad, esa diferencia de dirección sólo se manifiesta a gran escala, en las corrientes oceánicas o los patrones del clima. A una escala pequeña como la suya, en lo profundo de su agujero, son otro tipo de factores los que influyen en el recorrido del agua. La forma del lavadero, la temperatura del ambiente, su flujo frente a sus ojos distraídos.

–¿Sabes? Me gustaría comprar el Ultraojo de Ultra Siete que venden en la vitrina de recuerdos –dice él.

–No sueñes. También los vi. Cuestan 9 mil yenes.

Después de sacar silenciosa cuenta, el asistente añade:

–Como 85 dólares.

En medio de un ataque extraterrestre, Dan Moroboshi esperaba siempre a que el escuadrón Ultra tomara la iniciativa. Solo cuando sus compañeros se veían superados en la pelea, sacaba del bolsillo de su pecho aquellos lentes de bordes rojos para transformarse. Ahora, él quisiera tener ese poder para poner las cosas en su sitio, y no tener que escuchar a su compañero compartir con él su asombro por todo. El baño del restaurante, por ejemplo. ¡Te sientas y te dispara agua caliente antes de levantarte! le dice con afectado entusiasmo. ¿Y el lavatorio lleno de botones? ¡Como tocar un piano! exclama. Parecía que un inodoro caliente y un lavamanos inteligente era suficiente para hacerlo feliz. Él, por el contrario, en las pocas horas que llevaba en esa ciudad solo había visto calles mecanizadas y frías. Recordó los pasajeros del tren: parecían robots, cada cual enfundado en su diseño para diferenciarse. Lamentó que su compañero fuera incapaz de advertirlo.

–No te das cuenta de nada, estás demasiado ocupado maquillándote los ojos para ver lo que pasa –le dijo.

Sucedía cuando no estaba ella para imponer el equilibrio. Él se volvía abusivo con el asistente y asumía la pose de tipo duro. Muy diferente a cuando estaban los tres juntos y ella suavizaba la relación con su voz dulce, de dibujo animado. Pero allí, cuando la pequeña vorágine del lavaplatos representaba el colapso de su propio mundo, su compañero perdía la paciencia.

–¡No estarías diciéndome eso si ella no nos hubiera abandonado! –le dice el asistente, ofendido.

–Michiko no tiene la culpa, actúa por instinto –responde él–. Quizás la única razón que me hizo venir aquí sea intentar salvarla. De ella misma.

–Sí, seguro. ¡Como Ultra Siete!

–¿Cuál es tu problema con Ultra Siete?

–Eres demasiado reverente con un personaje con el que creciste. Como un viejo que intenta jugar con un juguete que ya no funciona –responde.

–¿Y qué podría decir de ti? Estás obsesionado con la idea de convertirte en una de las muñecas de tus historietas.

–Es distinto. En el manga puedes ser lo que quieras. Es un mundo nuevo, en transformación permanente. Sin reglas.

Eso era algo que Michiko siempre repetía. Antes de conocerla, pensaba que la historieta japonesa consistía solo en personajes de ojos enormes y redondos, niños cabezones y expresiones faciales exageradas. Historias de princesas melancólicas o de robots sobrevolando ciudades en ruinas. Michiko tuvo mucho tiempo para enseñarle su visión del mundo, su filosofía gráfica, su línea clara, y su decisión de vivir la vida como quien va atravesando breves viñetas de manga.

Él toma de la mesa un cuchillo que aún gotea detergente. ¡Ultra Siete, con su katana de samurái, rebana con crueldad a sus enemigos! grita imitando al héroe, persiguiendo al asistente por la cocina. Sacude su filo como un demente, abre los ojos como un verdadero personaje de manga. Al comienzo parece divertido, incluso para el perseguido. El agua sigue golpeando los platos consiguiendo un efecto de sonido ambiental cuando lleva a su enemigo contra la pared, mientras este lo coge de las muñecas para alejar de su rostro la hoja brillante. Frente a frente se miran, cada vez más de cerca se miran. Entonces, como si fuera la primera vez, ve la boca del compañero entreabrirse.

MECHA

Entonces escribió: «Dos alpinistas están a punto de caer».

El primero, aferrado a la roca, intenta sostenerse. El segundo, allá abajo, sabe que la soga que los une no resistirá mucho tiempo. Su nombre es Jiroh Satsuma. Balanceándose en el vacío, decide cortarla para que su compañero pueda regresar a salvo.

Satsuma cae, vertebra tras vértebra, por la columna de la montaña escalada.

Le gustó esa frase. El periodista cultural piensa entonces qué otra imagen usar para narrar el momento en que el joven es sujetado en el aire por el héroe, el Observador Espacial número 340, de paso por la tierra para trazar la sección de un mapa interestelar. Al tocar el suelo, coloca con cuidado el cuerpo inconsciente sobre una peña y lo observa, conmovido por su valor y lealtad.

Entonces decidió clonar su forma física y transformarse en su doble.

Eligió un nombre: Dan Moroboshi.

Había apelado al suspenso en el primer párrafo, y esperó que el recurso fuera persuasivo. Buscaba un buen comienzo para el primer artículo con el que colaboraría en la revista de Michiko. Pensó que ella estaría feliz si él dedicaba algo de tiempo a un artículo de *Ultra Siete* para el primer número.

Siguió tecleando: «Ese fue el origen del héroe, contado en uno de los capítulos más emocionantes de la única temporada de la serie. El episodio retomaba la historia de Satsuma esta vez con uniforme de minero, atrapado en un socavón tras un derrumbe».

El periodista cultural se preguntó qué hacía el escuadrón Ultra, un equipo de elite especializado en amenazas extraterrestres, liderando un rescate de

este tipo, pero decidió pasar por alto ese escollo del guion.

Sus compañeros consideraban a Satsuma «el hombre milagroso», el montañista que cayó en su escalada y que había sobrevivido sin un rasguño. Al oírlos, Dan Moroboshi sospecha que el minero atrapado podía ser aquel joven cuya apariencia tomó al llegar a la Tierra. Atravesando las rocas con su visión de rayos X, lo encontró en un tiro de la mina, esperando su rescate, ciego y luchando por respirar. El reto del héroe era salvar a su álter ego sin que los demás descubrieran el origen de su identidad secreta.

El *Magma Racer*, la nave excavadora del escuadrón Ultra, entró en escena. Era curioso que en los años de su infancia, aquellas grandes máquinas resultaran tan verosímiles. Pero al volver a ver el episodio, aquella perforadora penetrando en las profundidades de la montaña resultaba risible. Un buen ejemplo de los recursos baratos del *tokusatsu*, las técnicas niponas de efectos especiales. A medio camino del lugar donde se encontraba Satsuma, el taladro golpeó con una barrera infranqueable: una nave espacial escondida en el corazón de la montaña. El periodista cultural recordó aquellas antiguas leyendas japonesas que hablaban de serpientes gigantes dormidas bajo la tierra, y cuyos movimientos producen los terremotos.

Mientras escribía, el periodista cultural se sentía seguro recorriendo el territorio de la aventura clásica, donde el honor, la amistad y el triunfo de lo correcto no muestran fisuras. Eran buenas épocas, pensó él, mientras concluía su artículo enumerando las previsibles escenas finales: Dan Moroboshi hecho prisionero por extrañas criaturas. El escuadrón irrumpe en la nave para buscarlo. En un descuido de sus enemigos, el héroe consigue transformarse gracias al Ultraojo y acaba con ellos uno por uno. Finalmente, rescata al minero y lleva a la superficie a sus compañeros convenientemente inconscientes. Allá abajo, todo estalla.

Cuando Michiko entró al departamento, aún olía a pintura fresca, a redecoración en progreso.

–Ya llegué –informó al espacio vacío, sacándose los zapatos como lo manda la tradición japonesa.

En la sala la esperaba su mesa de dibujo. Sobre el tablero, sus bocetos de la señora Luisa de Salcedo. Su lápiz de labios y el esmalte de uñas se confundían con sus carboncillos, acuarelas y una barricada de tazas de café. Se dirigió a la cocina, abrió la refrigeradora, miró unas pocas verduras solitarias y los restos del *Kuzutoji* de garbanzos preparado el día anterior. Tomó una cerveza y cerró la puerta. Volvió a la sala y descubrió la computadora encendida. En la pantalla aún titilaba un texto a medio escribir. Leyó las últimas líneas de un artículo sobre *Ultra Siete*.

Michiko había soportado mirar con él la temporada completa de la serie, y calló cualquier broma relacionada con aviones en miniatura sobrevolando Tokio sostenidos por visibles hilos de titiritero. Michiko sentía lástima por los monstruos que *Ultra Siete* llevaba consigo. Eran como mascotas usadas para combatir al invasor cuando el héroe no estaba en capacidad de dar pelea. Gigantescos antecesores de *Pókemon*, siempre vencidos en sus batallas, regresando agotados al cinturón de su dueño. Ella no soportaba que las mujeres se desmayaran cada vez que un monstruo aparecía delante, y se preguntaba para qué existía un Escuadrón *Ultra* si nunca conseguían acabar con los monstruos sin ayuda. Tampoco entendía por qué el superhéroe esperaba hasta el final de la pelea para usar sus armas mortales.

–Si las hubiera usado desde el inicio, los edificios de Tokio seguirían en pie –le comentó al periodista cultural.

Para escribir los artículos de la futura revista, ella le había propuesto que investigara sobre *Card Captor Sakura*, *Escaflowne* o *Evangelion*, parte de su colección personal de animes recién llegada con la mudanza. Sin embargo, él seguía enfocando su interés en el pasado, reflejado en un minero atrapado al

interior de una montaña. Michiko quería que el periodista cultural dejara el periódico y entregara todo su tiempo para el proyecto, pero no le interesaba recibir de él colaboraciones sobre un viejo superhéroe pasado de moda.

Entró en su habitación. El periodista cultural le había propuesto compartir el dormitorio más amplio, pero ella le aclaró que no sacrificaría su espacio.

Siempre debía recordarle que no le pertenecía.

Michiko había perdido la cuenta de las mudanzas realizadas, siempre saltando de un barrio a otro, buscando un cuartito donde poder ser ella misma. Hasta entonces siempre había sentido el piso inestable bajo sus zapatitos de charol, pero en ese momento y lugar se sentía cómoda, libre para quitarse la ropa y extenderse sobre el futón que remplazaba a la cama para huéspedes, vendida por la hermana y la madre del editor junto con el resto de los muebles. Había acondicionado el departamento con un nuevo mobiliario que parecía flotar a ras de suelo. Llevó a su nueva casa sus tatamis de paja de arroz, sus lámparas de papel, una mesilla y un biombo pintado con escenas orientales. En su habitación, había logrado japonizar sus cuatro paredes pintándolas de color pastel y saturándolas con afiches dispuestos a manera de cuadrícula. La habitación exhibía toda la colección de Michiko: dibujos de paisajes de indeterminadas campiñas japonesas, carteles de las películas animadas de Hayao Miyazaki, postales de la Princesa Masako y decenas de pequeñas muñecas de anime, que por debajo de sus breves faldas asomaba un brevísimo calzón blanco pintado con pincel fino. Apilaba su ropa en cajas de cartón puestas en el suelo, para dejar sitio a sus revistas y discos compactos en las estanterías.

Cuando el periodista cultural vio terminado aquel refugio, con Michiko al centro de toda aquella policromía, preguntó:

–¿Qué es todo esto?

–El único lugar donde me siento tranquila –le respondió.

Michiko y el periodista cultural pasaban horas mirando los viejos animes descubiertos en la colección del editor. Además de algunas temporadas de *Astroboy*, podían ver capítulos del *Hombre Par*, el pequeño súper héroe dibujado por una pareja de dibujantes que firmaban con el seudónimo común Fujio Fujiko. Mitsuo Suwa era un niño común a quien un misterioso enmascarado le entrega una máscara tipo casco, una capa y un broche con forma de letra p, que le aportaban súper fuerza, capacidad de vuelo y comunicación ilimitada. Un equipo que, después de su uso, podía comprimirse hasta alcanzar la dimensión de una pelota de jebe que podía guardar en su bolsillo. Para Michiko era un anime desconocido, pero para él había formado parte de sus mañanas de televisión en blanco y negro. Mitsuo guardaba en el ropero un robot que asumía su imagen cuando él presionaba el botón de su nariz, algo útil cuando un niño debía salvar a la humanidad pero también llegar puntual al colegio. Era un anime divertido aunque también cruel: el pequeño héroe no debía perder su uniforme ni revelar su secreto, so pena de ser desintegrado por el extraterrestre que le había otorgado sus poderes.

Al terminar el episodio, el periodista cultural apagó el reproductor. Quedó en su lugar la señal del cable en la pantalla, un documental sobre la Segunda Guerra Mundial. No se trataba de un recuento histórico. El programa contaba con registros inéditos tanto de las batallas como de la vida cotidiana en aquellos terribles tiempos. Ambos podían ver imágenes de Varsovia antes y después de la invasión alemana, poblaciones enteras de gitanos llevados a campos de concentración o la caballería polaca enfrentándose a las divisiones *Panzer*, para luego apreciar los fragmentos de cuerpos de hombres y caballos confundidos en el lodo del campo de batalla.

Michiko reclamaba a su lado. Ella prefería ver el canal especializado en anime y le reprendía su obsesión por ver tantos muertos. Lo dijo así: *tantos muertos*. El periodista cultural impostó una voz de autoridad paterna cuando

respondió con intención didáctica:

–Los pueblos que olvidan los errores del pasado están condenados a repetirlos.

Pero su reflexión no logró convencerla.

–Tú no sabes nada. Vivimos para olvidar, y no te das cuenta.

–¿Qué dices?

Michiko hace un gesto de aburrimiento. Detestaba hablar en serio, pero a veces el periodista cultural necesitaba de sus lecciones.

–De un modo u otro, hemos llegado a un punto en que nada se mantiene por sí mismo. ¡No hay nada en qué creer! Nada es como en tus tiempos...

Michiko ríe con la última frase. Es la primera vez que menciona la visible diferencia de edad entre ambos.

–...tiempos en los que se veía *Ultra Siete*.

–Solo es un personaje de televisión –responde él.

–Cometes un grave error –Michiko es entonces quien asume la voz autorizada–. Lo que ves es lo que te representa. Lo que te gusta es lo que te define.

–¿Y qué tiene eso de malo?

–¿Hasta cuándo vas a seguir buscando un mesías que te salve?

El periodista cultural duda de la terrible voz de dibujo animado de Michiko. Para ella, creer en héroes resultaba algo pasado de moda, parte de la nostalgia por un mundo con reglas ya desaparecidas. Solo quedaba vivir al día, sin pretender saber lo que sucedería mañana.

–¡Te mueres de miedo de abandonar tu seguridad! ¡No te enteras que los mismos que te hacen sentir seguro son los que ponen las bombas!

Michiko volvió su mirada hastiada al programa que había generado la discusión. En ese momento emitían imágenes de ciudades bombardeadas. Pensó que, a su manera, ella estaba reconstruyendo su propio mundo, que levantaba de las ruinas algo que podía sentir suyo y verdadero, algo de lo que

podía aferrarse en medio del caos. Luego el documental se concentró en el registro de niños obligados a llevar máscaras antigás. Algunos aceptaban disciplinadamente, mientras otros lloraban cuando los soldados ajustaban los filtros de aire a sus cabecitas. El terror de la guerra no radicaba en la misma muerte, sino en el exterminio de toda inocencia.

Perturbado por la imagen, el periodista aceptó por fin poner el canal de anime. A esa hora daban *Sailor Moon*.

Al enfrentarse a la mesa de dibujo, Michiko aprieta la cara contra el tablero y deja de respirar. Horas antes, caminando alrededor del barrio, había encontrado a dos pequeñas vestidas de domingo, detenidas a la orilla de la vereda, de espaldas a la boca de una vieja quinta. Parecían gemelas, aunque apreciaba una sutil diferencia de tamaño por sus distintos peinados, una con trenzas, la otra con el pelo sujeto en un moño sobre la cabeza. Tras la reja del jardín de al lado, un recio bóxer les ladraba furioso, como si convulsionara frente a ellas. Una de las niñas permanecía quieta y preocupada, con las palmas de sus manitas cubriéndose las orejas, quizás esperando que el animal se diluyera por arte de magia. La otra, sujetando con fuerza el palo recortado de una escoba, agitaba, retaba, encaraba al animal. Michiko permaneció observándolas. Era una imagen sencilla, de aquellas que pueden confundirse con la reverberación de un sueño que le recordaba su propia infancia. De pronto, una mujer, desde lo más profundo de la vecindad, llamó a gritos a sus hijas. Gritos que se superponían a los ladridos del animal. Sin embargo, las pequeñas no respondían. Seguían allí, fijas al borde de la vereda, concentradas como estaban en sus propias maneras de vivir el miedo.

Sobre la mesa, ella quería llevar al papel esa escena, intentando recoger todos los detalles del recuerdo. Imaginó la forma en que podía colocar las ideas una tras otra para lograr el sentido buscado. Lo primero que Michiko

presentó en la hoja fueron los recuadros, apoyándose con una regla para mantener el trazo derecho. Luego tomó el lápiz de mina blanda. Amaba el contacto de sus yemas con la madera, materia orgánica que se consumía con el trabajo. Los lapiceros, en cambio, siempre dejan una cáscara vacía al agotarse.

Empezó por los rostros de las niñas. Dibujó los ojos grandes, buscando un estilo más *kawaii*.

Repitió la palabra en voz alta, *Kawaii*, como probándola al oído. Pensó que podía ser un buen título para la revista.

Empezó siendo una palabra para chicas, una demostración de impresión súbita, un sentimiento profundo en el cual se confunden la vida y el diseño. Nació entre las niñas japonesas en la década del sesenta, con la aparición de juguetes en forma de animales de peluche. Veinte años después, aquella generación no se había olvidado de sus emociones infantiles al impulsar un radical cambio de cultura. En la década del ochenta, el país había alcanzado la cima de la productividad y la presión social que obligaba a los japoneses a ser adultos maduros y formales había dejado de tener efecto. Entonces fueron las muchachas las que comenzaron a llamar *kawaii* a todo aquello que las conmoviera por su belleza, como lo habían hecho los juguetes de su niñez. Gradualmente, los varones más desinhibidos comenzaron también a llamar así a los diseños que los remitían al paraíso perdido de la infancia. Juguetes, aparatos electrónicos, inclusive automóviles, lo *kawaii* reveló su irresistible atractivo comercial: todo debía ser tierno y encantador para ser consumido en un mundo en que la mercancía depende más de su forma que de su contenido.

Imaginaba a la más pequeña como una *dandere*, callada y cariñosa solo con las personas de confianza. La más alta era, obviamente, una *genki*, la chica imperativa a la que le gusta hacerse notar. Trazó entonces una circunferencia sobre el papel, ubicando en la mitad las cejas, y debajo el borde superior de los ojos, muy grandes, curvos al centro y planos a los

extremos. Apoyó el iris en la línea inferior e iluminó las pupilas manteniendo la simetría de la mirada. Repasaba la esclerótica de los ojos con un lápiz duro, luego las cejas y el tabique de la nariz. Más abajo, rompía el círculo del rostro con triángulo invertido para el mentón, donde colocaba los labios finos, casi imperceptibles. Para el pelo, trazaba unos mechones sobre la frente que terminaban en puntas bordeadas y le daban volumen a la cabeza.

Después de hacer los bocetos pasaba su trabajo a tinta. Para eso, Michiko utilizaba dos tipos de plumilla: una para las líneas gruesas, ideal para contornos, y otra para las líneas finas, una *umamaru* importada del Japón. Sin embargo, momentos después regresó la plumilla a su sitio. Un dolor punzante se instaló en su brazo derecho. Se acarició desde el hombro hasta la muñeca, intentando encontrar algún alivio, como si al frotarse el calor disolviera los clavos que sostenían el húmero. Con eso pudo calmar el dolor, pero ella sabía que volvería. Estaba dentro, habitándola.

Apreció sus niñas dibujadas. Si un crítico objetivo pudiera describirlas, diría que manteniéndose fiel a la línea del manga Michiko trastocaba la representación tradicional de la niñez. Las niñas de Michiko lucían tiernas a primera vista pero a la vez transmitían el desencanto de dos mujeres adultas. En el papel, parecían confundidas y ansiosas. Suspiró. Eso no era lo que buscaba.

Michiko quería lograr dibujos *kawaii*: tiernos, dulces, con bordes redondeados y colores pastel. Debían inspirar la ternura que ella no encontraba en la vida real. Pero cada vez que el dolor la visitaba, cuando empezaban a arder los surcos de sus cicatrices, aparecían las criaturas que ella luego escondía en un portafolio secreto. Era como si su trabajo tuviera dos vertientes: una producía los diseños más convencionales, de técnica sutil y elegante. Otra generaba imágenes que revelaban su miedo de caer de nuevo al vacío. Por eso, no permitiría que esos dibujos tristes llegaran al primer número de su revista. Puede que aquellos trabajos representen, con mucho, el

mejor comentario sobre su estado personal. Pero le deprimían. Los llamaba sus trabajos *kimokawaii*, expresión japonesa que viene de juntar dos conceptos opuestos como *Kawaii* y *Kimochi warui* para describir algo lindo que, al mismo tiempo, resulta perverso. A los japoneses se les da bien jugar con las palabras.

Empezó de nuevo, decidida a encontrar una línea más amable. Las proporciones corporales de sus personajes solían ser irreales, pues prefería dibujar el cabello lo más largo posible, sin importar que sobrepasara la talla de sus cuerpos. Eran niñas de cabellos recogidos en trenzas y colas, siempre sujetos por lazos delicados, y tres casi imperceptibles líneas oblicuas sobre las mejillas que daban cuenta de su femenina timidez. Cuando evaluó la nueva página terminada, tras el entintado y la aplicación de tramas para definir los uniformes de las niñas y los detalles del perro, se sintió por fin satisfecha.

De golpe, todo oscureció.

Michiko tanteó el camino hasta la cocina. En su primer intento, su brazo más corto falló al intentar alcanzar el cajón donde se encontraban los fósforos. Intentó luego recordar dónde había puesto las velas. Al encender la flama, miró la hora en el reloj de pared. Había tardado noventa minutos en hacer el nuevo esbozo y el trabajo de pluma de una sola página. Pensó que debería encontrar la forma de acelerar el proceso. Llevó la vela hasta el tablero de dibujo e iluminó la plancha protagonizada por dos niñas encantadoras y un perro furioso. Le gustaba, pero aún faltaban muchas más para terminar la primera edición.

Dos tímidos golpes en la puerta llamaron la atención de Michiko. Al abrir, la practicante asomó la cabeza saludándola con un hilo de voz. En los apagones, la gente siempre habla en susurros.

—¿Se puede, vecina? —preguntó.

A Michiko le pareció hermosa la forma en que la luz de la vela titilaba

sobre el rostro de su visita. La practicante se acercó a su tablero y observó atenta su trabajo. Michiko le hablaba de su encuentro con las niñas en la calle y cómo habían respondido de forma tan distinta al perro que les ladraba. Luego encontró una pila formada por los bocetos que ella había venido preparando detalladamente para pintar su versión del *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo*. Rostro, mirada, posición de las manos en el regazo, pliegues del vestido. Ella preguntó qué pensaba hacer con eso.

–La verdad, aún no sé por dónde comenzar.

–Creo que lo has estudiado demasiado. Eso te frena a la hora de dibujar – comentó la practicante.

Michiko pensó que ella tenía razón. Se había concentrado tanto en los detalles que había perdido de vista la totalidad de la figura. Necesitaba volver a la pose original de la Señora Luisa de Salcedo.

–¿Te animarías a posar para mí? –le preguntó.

La practicante rió, sintiéndose elogiada.

–Pensé que utilizabas solo tus apuntes.

–Lo hago. Pero del natural es mejor.

Ella aceptó servirle de modelo el tiempo que durase el apagón. Michiko volvió a la cocina por más velas, tomó su cuaderno de bocetos y le pidió a su invitada mostrar más la espalda e inclinar la cabeza hacia un lado. La instruyó luego sobre cómo cuidar la postura de los brazos y dirigir la sonrisa al estilo japonés, relajando sus ojos para mantenerlos grandes y abiertos.

–Que tu nariz no me apunte –le pidió.

Michiko sabía que al posar la modelo nunca debía mirar de frente. Lo recomendable es girar el cuerpo para esconder los pequeños defectos visibles en un encuadre frontal. Ella buscaba qué otras poses funcionaban para resaltar la belleza de la practicante, qué hacer con sus ojos, sus labios, su delicada mandíbula. Buscaba emoción en la pose cuando regresó la corriente eléctrica. Luego de escuchar el reinicio del motor de la heladera y el

encendido violento del televisor, Michiko pensó si realmente les hacía falta entonces tanta luz. En ese momento ella hubiera deseado la mínima necesaria para perderse en ese rostro.

En lugar de cumplir su advertencia y levantarse, la practicante se arrellanó en el sofá sin quitar la mirada sobre Michiko, desabrochando lentamente su blusa para dejar sus dos pechos expuestos.

—¿Así te gusta?

Michiko asintió.

Apelmazadas notas de prensa, invitaciones vencidas y revistas prescindibles esperaban al periodista cultural sobre su escritorio tras una semana de vacaciones. Era preciso reconstruir su rutina: preparar el cuadro de comisiones, coordinar entrevistas, pensar el especial del fin de semana. Pero resultaba difícil concentrarse en sus deberes cuando Michiko había llenado su mente de diseños *kawaii*. Primero pensaba en nada, y luego aparecía su flequillo, que le gustaba especialmente cuando lo peinaba hacia un lado. Su recuerdo descendía y aparecían sus cejas redondeadas sobre aquellos inmensos ojos de muñeca, que producían la mirada más linda y luminosa. Mirada que filtraba lo real de lo recreado, lo natural y el artificio, superponiéndose sobre sus propios ojos, condicionando lo que puede ver entonces de Michiko: su silueta desnuda, a punto de interpretar la secuencia de transformación de una chica mágica. El sexo con Michiko abría un portal hacia otra realidad. Un prisma descomponía la luz, y de sus cuerpos parecía brotar líquidos brillantes. Flotando en el espacio estrellado, bastaban unas palabras mágicas pronunciadas por ella para salvar al mundo. Y cuando sus cuerpos cedían, el periodista cultural aspiraba aire como un pez fuera del agua. Michiko, convertida en guerrera, le decía:

—No te duermas. Aún no hemos terminado.

El periodista cultural tenía unas ganas irresistibles de abandonar su trabajo para correr al departamento y acunarla en sus brazos, pensando que ninguna otra cosa tenía algún sentido. Solo podía pensar en mangas, animes, y en Michiko quitándose frente a él su traje de princesa. Él solo deseaba regresar al departamento para interrumpir la concentración de la muchacha frente a la mesa de dibujo y respirar el aliento de su boca entreabierta. Pero sabía que debía quedarse en su escritorio. Observar el apunte de la señora Luisa al lado del Ultra Siete sobre su computadora le ayudaba a fijar la conexión con la realidad.

Antes de responder correos electrónicos, contactar a sus entrevistados o redactar las notas del día, eligió revisar su correspondencia: convocatorias a conferencias de prensa, bases de concursos literarios, invitaciones a estrenos de teatro. Con suerte, entradas para algún buen concierto. Los paquetes más grandes solían ser libros o discos compactos, las novedades de temporada. Entonces encontró un sobre de aplicada caligrafía, dibujada y elegante, como procedente de otro tiempo. No tenía remitente. Desgarró el sobre y desplegó dos páginas mecanografiadas.

Empezó a leer. La carta empezaba lamentando cómo la figura de Evaristo Fernández resultaba tan poco apreciada por los críticos actuales. El periodista cultural se saltó las líneas en las que se enumeraban las virtudes del pintor y solo retomó la lectura al advertir las líneas donde el remitente planteaba sus conclusiones: «Señor mío: aquellos que creen que don Evaristo Fernández es puro virtuosismo sin profundidad son los mismos miserables que no le perdonan haber vivido con desahogo al retratar a las mejores familias limeñas. Solo los bellacos pueden ser incapaces de valorar que un peruano llegara a ser Presidente de la Sociedad de Pintores Españoles residentes en París. Hoy nadie aquilata el sacrificio del maestro, que dejó su cómoda rutina parisina para dirigir aquí la Academia de Bellas Artes, la primera escuela oficial de arte en nuestro país. Su reciente artículo dedicado al artista repite

todos aquellos vergonzosos lugares comunes y no hacen más que ensuciar una trayectoria noble, como la de pocos habitantes de esta tierra. Por ello, pídele a usted, rectifique sus líneas inexactas y admita las falsedades publicadas. Confío en que lo hará, si es usted un hombre justo».

El periodista cultural dobló el papel mecanografiado y lo deslizó dentro del cajón, donde dormían por años misivas que resultaban impublicables en la página de lectores. Allí se descomponían poemarios infames, novelas de humor involuntario, prosas que, por una cierta piedad, no eran lanzadas en un primer impulso a la papelera. Se mantenían en animación suspendida al interior de aquella biblioteca del absurdo.

Llevaba en torno al cuello una sarta de perlas. Lucía un corpiño de brocado floreado, de mangas separadas, atadas con cintas vistosas. El periodista cultural ya quería arrancar esa falda de hiladillo de seda, de pliegues menudos y abundantes, pero Michiko solo se había desprendido de sus medias carmesí para alargar la ilusión. Aquel vestido había sido una de sus últimas adquisiciones en la lavandería. Una pieza no recogida de la que no había lugar a reclamo. No sabía quién había dejado aquel encargo, pero le gustaba imaginar que no pudo ser otra que la propia señora Luisa de Salcedo. Vestida al igual que la modelo, Michiko se soltó el moño que contenía su cabellera y desplegó una cascada sobre él. Mientras aflojaba las prendas, iba revelando las carnes blancas, la talla esbelta, los senos aún protegidos por lencería de época.

Michiko tenía razones para estar feliz. El primer número de *¡Kawaii!* acababa de salir de la imprenta, y su versión manga de la señora Luisa de Salcedo lucía colgada en la pared central de la sala.

–Ahora viene mi siguiente proyecto –le susurró al oído.

–¿Cuál? –preguntó él.

–¿Cómo que cuál? ¿No ibas a comprometerte con la revista, a darme todo tu tiempo? –Michiko detiene su acto y lo observa desafiante.

–¿Pero qué más quieres que haga?

Como respuesta Michiko dio un suspiro. Se levantó de la cama y fue a encerrarse en el baño.

En el diario, el periodista cultural conocía a un redactor de hípica que, de forma independiente, publicaba pasquines de apuestas para complementar sus ingresos. Pensó en pedirle ayuda luego de que ninguna de las empresas distribuidoras que visitó había aceptado recibirlo. Nadie lo tomaba en serio y no podía culparlos. Ni siquiera él estaba plenamente convencido en invertir su propio tiempo y dinero en el proyecto de revista de Michiko.

Su colega le advirtió que el responsable de que sus páginas de carreras llegaran puntualmente a las manos de los burreros no tenía teléfono. Para hablar con él debía buscarlo en su oficina, o como llamaba así a un depósito donde se acopiaban periódicos, revistas y cartones para reciclaje. Apuntó la dirección y esa misma tarde se encontraba evadiendo vendedores de fierros y botellas ubicados en la vereda. Esquivaba cerros de basura y a los perros que husmeaban en ella, hasta encontrar el número de la calle pintado sobre un viejo portón. Los goznes de metal gimieron poco después de tocar el timbre. Un empleado lo acompañó hasta un patio rodeado por grandes cubos de papel trizado, apilados uno sobre otro hasta formar extraños edificios. A su encuentro salió un hombre de cabeza puntiaguda, con dispersos mechones de pelo estallando sobre ella. Lo saludó con el verbo apurado del sobreviviente que no tiene tiempo que perder.

El periodista cultural le enseñó el boceto de la revista diseñada por Michiko, prometiéndole buen papel y una portada de couché impresa en color. Le aseguró que había un mercado inexplorado de jóvenes lectores de manga aguardando por su producto.

–¿Qué cosa es manga? –preguntó el distribuidor.

Nunca antes había tenido que explicarlo. Pensó en páginas divididas en viñetas de tamaño variable, con espacio solo para los cuerpos de los personajes y para los globos de texto en japonés. Imaginó recuadros en los que no existen los fondos, solo ventanas o arboledas sutilmente sugeridas. Podría hablarle de historias donde todo parece equilibrado hasta que aparece el conflicto y de pronto los caracteres nipones se engrosan, los bordes de los bocadillos se erizan y las líneas cinéticas ocupan todo el espacio, confundidas con los cabellos de los protagonistas. Podía hablarle de historias épicas, místico-religiosas, románticas con toques de magia, absurdas hasta el delirio, oscuras o tecnológicas. Podría compartir con el distribuidor todas las lecciones de Michiko aprendidas sobre cómo funcionan los mangas de chicas mágicas, en su lucha contra el mal armadas con el poder del amor. Debería decirle que casi todas las series de género *Mahō shōjo* tienen un marco romántico, que en ellas no existen el bien ni el mal absolutos, tampoco los villanos en esencia despreciables. Si los enemigos podían mostrar su lado humano, el héroe también albergaría un lado oscuro, e incluso podría llegar a sentir empatía por su enemigo. A Michiko le gustaban especialmente las secuencias de transformación, el momento en que las jóvenes protagonistas se lucían con poca ropa o totalmente desnudas para luego, tras envolverse en brillos y luces, aparecer vestidas con sus uniformes de poder. Es curioso que, luego de un simple cambio de vestuario, nadie pudiera descubrir la identidad de una *Mahō shōjo*. Así es el anime: no se complica por los detalles. ¿Pero cómo explicarle al distribuidor todo aquello, cómo sintetizar en una respuesta breve su definición de manga? El periodista cultural ni siquiera podía clasificar el género de su propia historia con Michiko.

–Es como *Ultra Siete*, pero en dibujos –respondió por fin.

–¡Ah! ¡*Ultra Siete*!, ¡buenazo! –exclamó el distribuidor.

Después de hojear sin poner atención en los dibujos de Michiko, le planteó sus condiciones:

–Tienes que saber que la confianza es clave en este negocio –afirmó.

El distribuidor le prometió que la revista saldría simultáneamente en todos los kioscos de la ciudad, siempre y cuando le delegara la administración de todo el tiraje de la revista.

–Estoy cansado de publicaciones que no llegan al segundo número. Pero nunca se sabe. Quizás la tuya pegue el golpe –añadió.

Esperándola en la cama, el periodista cultural pensó que contarle cómo había encontrado distribuidor para su revista animaría el humor de Michiko. Sin embargo, ella seguía encerrada en el baño, y la demora empezaba a impacientarlo.

–¡Deberías estar satisfecha! –le dijo, levantando la voz para ser oído.

El periodista cultural apreciaba sobre la cama bocetos de historietas sin terminar. Algunos papeles habían caído al suelo pero prefería no recogerlos. Ella solía molestarse cuando tocaban sus cosas.

–¿Estás molesta conmigo? ¿Hice algo malo? ¿Puedes decirme qué pasa?

No encontraba una razón para su fastidio. Luego de contactar al distribuidor buscó la imprenta ideal para producir el primer número de *¡Kawaii!* Había descubierto que los precios variaban dramáticamente en función del tiraje, de la cantidad de páginas de cada ejemplar, del peso y tipo del papel elegido, de las tintas de color que se utilizaran. Lo comentó a la hora de la cena, con ellas sentadas al otro lado de la mesa. Michiko lo había convencido de invertir el íntegro de su salario en imprimir aquella primera edición de dos mil ejemplares, mientras que la practicante le recomendó la imprenta que contrataba la revista al final del pasillo.

Ellas lo acompañaron para asistir al proceso: Michiko pudo ver emocionada cómo los empleados revisaban la resolución de las imágenes y la calidad de las fuentes. Pidieron una prueba de color para apreciar el impacto de la portada del primer número dibujada por ella, una reproducción perfecta de las cinco *Sailor Scouts* en su lucha contra el Negaverso. Cuando

estuvieron conformes con las pruebas, se procedió a la generación de las planchas a introducir en la impresora. Michiko apretó el brazo del periodista cultural y de la practicante cuando el rollo de papel blanco entró por un lado de la máquina y por el otro proyectaba una sábana ilustrada, sus dibujos reproduciéndose en feliz frenesí antes de ingresar al departamento de corte y encuadernación.

Pero habían pasado varias noches desde entonces, y Michiko, encerrada en el baño, espera otro sacrificio de su héroe.

Al reaparecer, minutos después, se había quitado el vestido, cambiándolo por un camisón rosa y unas babuchas de *Hello Kitty*.

–Es complicado decirlo –respondió acercándose.

–Podrías intentarlo.

Ella lo comparaba con el acto de dibujar. Algunas decisiones se pueden corregir, otras no. Hay algo terrible en el proceso: si modifica un color, si le pasara un dedo por encima de la tinta húmeda, aquello que le gustaba habrá desaparecido para siempre. El peligro de perder lo que se tiene a veces paraliza.

–¿No te ha pasado nunca? –le preguntó.

Él hubiera pedido que le repitiera la pregunta, pero prefirió decirle que no se preocupara, que comprendía que estuviera cansada por el exceso de trabajo. Si le hacía sentirse mejor, podría contratar una secretaria para asistirle, que intentaría darle algo más de tiempo a la revista, pero le pidió entender que no podía renunciar por ella al periódico.

–Escucha –le dijo Michiko–. No quiero tocar lo que he logrado contigo, pero siento que aún tengo mucho papel en blanco por delante.

El periodista cultural la observaba intentando comprender. Supuso que algo de lo que le decía tenía que ver con encontrar a Michiko y a la asistente la noche pasada, dormidas sobre el sofá. Mientras el brazo de una sostenía la cabeza de la otra, el otro brazo, recortado por cicatrices, colgaba suavemente.

Él volvió muy tarde del diario entonces, y al observarlas entrelazadas en tal posición sintió pánico y celos, porque nunca había visto a Michiko tan hermosa como en ese momento. Era algo insoportable para él y sin embargo las miraba extasiado, como un ferviente devoto, hincado de rodillas ante esa visión. Miró la espalda blanquísima de la practicante, sin las marcas del bikini que suele dejar el sol. Luego llevó su mano hacia el brazo más corto de Michiko, cruzado por arabescos. No necesitó tocarlo para sentirlo palpitar. El periodista cultural no se atrevió a romper la escena, así que se llevó con él a su habitación toda su adoración, sus dudas y su miedo, dejándolas abandonadas en el sueño.

Pero en ese momento Michiko suspiraba, lamentando la incapacidad de su héroe para comprender.

–¿Sabes qué es lo primero que hago antes de ponerme a dibujar?

–No –respondió él, sorprendido por el cambio de tema.

–Armarme de valor. Como el que reúno para decirte esto: me siento aburrida. No quiero perderte, pero necesito que te abras a otras opciones.

Entonces empezó a besarlo, evitando mirarlo a los ojos.

Cuando el periodista cultural llegó al almacén, el distribuidor lo esperaba detrás de su escritorio. No se levantó.

–¡Habla, Ultra Siete! –lo saludó sin mirarlo.

Al lado del escritorio había una cocinilla con una tetera calcinada encima y pegada a la pared una cama deshecha. La puerta abierta mostraba el interior del baño, donde una mujer lavaba una mínima carga de ropa.

–¿Tenemos novedades? –preguntó el periodista cultural.

–¡No pasa nada, compadre! –le dijo–. La revista no sale.

El periodista cultural acusó el golpe al leer el reporte de ventas. No solo por leer en cifras la magnitud del fracaso, sino porque sin efectivo no podría

encarar una siguiente edición. No quería imaginar la reacción de Michiko cuando se enterara.

–¿Estás seguro de que hay clientela para esta cosa? –insistió el distribuidor.

Si las cosas andaban tan mal para el número de lanzamiento, ya adivinaba las cifras que arrojaría el que Michiko preparaba. Le preguntó al distribuidor si había algo que hacer.

–Solo esperar a fin de mes para saber cuánto papel vamos a reciclar –respondió.

Como él temía, días después Michiko se encontró con mil ochocientos ejemplares devueltos, que los empleados del distribuidor apilaron contra la pared de la sala. Sus ojos eran dos enormes piedras húmedas, brillantes por las lágrimas que abrían senderos blancos en sus mejillas.

–Soy un desastre –se dijo, arrojándose al sillón.

Había leído el reporte que detallaba la escasa venta en kioscos del primer número. No escuchaba lo que el periodista cultural le decía para animarla.

–¡La culpa es tuya por publicar ese tonto artículo de *Ultra Siete* que no le interesa a nadie! –le gritó.

De pronto, Michiko secó sus lágrimas y endureció los ojos, como hace la archienemiga del héroe cuando recita su plan para conquistar el mundo. Su voz de personaje de dibujos animados había adquirido un tono sobrecogedor.

–En el segundo número nos la vamos a jugar. ¡Tenemos que inundar la ciudad con la revista! –amenazó.

Leer los titulares de su diario no fue lo primero que hizo esa mañana. En ese momento, las noticias más urgentes las transmitía la televisión. Aunque era temprano, había ya un nutrido grupo de periodistas enfocados en el encuadre fijo sobre una casa de arquitectura neoclásica.

La noche anterior, catorce subversivos habían tomado la residencia del embajador japonés cuando cientos de invitados, entre empresarios, diplomáticos, religiosos, militares y políticos celebraban el natalicio del Emperador Akihito. En ese momento, la conductora del noticiero explicaba que los terroristas habían ingresado por una propiedad colindante, dinamitando la pared limítrofe. Avanzaron por los jardines de la residencia desatando el pánico e ingresaron a la casa para tomar a todos los asistentes como rehenes. A cambio de su liberación, pedían la libertad de cuatrocientos compañeros en prisión.

Mientras esperaba que la computadora cargara su sistema, el periodista intentó poner en orden el escritorio. Bajo dos revistas literarias había un paquete de sobres. Notas de prensa, invitaciones oficiales, un boletín universitario. Y, en medio del entrevero, un nuevo envío de cuidada caligrafía en el destinatario. Lo abrió recordando bien el anterior, y volvió a encontrar otras dos páginas mecanografiadas. Al leer las primeras líneas, intentó imaginar el rostro del remitente escondido tras el exceso de adjetivos, la retórica demodé y el orgullo por pertenecer a una estirpe ya olvidada. Al llegar al último párrafo, arrastrado por la curiosidad, el periodista cultural se sintió acusado de un crimen ridículo.

«De entre todos los ataques y calumnias recibidas por Fernández, el más abyecto fue el texto con el que creyó usted haber conmemorado los 150 años de su nacimiento. ¿Creerá que con su estilo pseudo literario puede perpetrar impunemente aquella sarta de calumnias? Sepa, señor mío, que los Fernández venimos de una cuna familiar intachable, y que cualquier duda sobre nuestro honor habría motivado un duelo en tiempos ya idos (lamentablemente). Usted, que se cree periodista, es en realidad un truhán incapaz de valorar la belleza que Evaristo Fernández legó a sus descendientes. Por eso le digo: si conserva algo de decencia, si es lo suficientemente hombre como para reconocer sus errores, ya no le pido que se retracte ante sus lectores por un

artículo plagado de mentiras e inexactitudes. Ahora le demando que renuncie, por respeto a la memoria del artista y de doña Luisa, su modelo».

Como en la primera carta, el periodista cultural dobló el papel y lo deslizó dentro de su biblioteca del absurdo. Luego volvió a poner atención en la pantalla del televisor: en ese momento los secuestradores habían liberado a los rehenes ancianos, quienes confirmaron poco después que no había heridos entre los retenidos. Sin embargo, alertaron que los plagiarios amenazaban con eliminarlos uno a uno si no cumplían sus demandas.

La practicante recogió el correo y fue revisando los sobres mientras subía las escaleras del edificio. Organizaba notas de prensa, paquetes con libros, además de invitaciones a inauguraciones y cócteles dirigidas al director de la revista al final del pasillo. Esta vez no se cruzó con la vecina del segundo piso, así que subió sin pausa hasta el tercero. Al llegar al corredor, dudó qué camino tomar. Si doblaba a la izquierda, llegaría a la revista en la que venía practicando los últimos meses, donde se sentía conectada a la actualidad pero sin publicar aún ninguna noticia firmada. Si optaba por el sentido opuesto, entraría a un paréntesis del mundo real, donde la ley de gravedad no siempre ejercía, los juguetes podían tener poderes mágicos, los cabellos de colores no escandalizan, la violencia es solo un diseño y la sexualidad, un líquido que toma la forma del recipiente que lo contiene. Solo debía abrir los ojos hasta hacerlos redondos, inmensos y brillantes para meterse en el personaje dibujado por Michiko.

En ese momento, el peso de la correspondencia la inclinó hacia el camino de la izquierda. Colocó las revistas en el escritorio del director y encontró apagadas las pocas computadoras existentes. Entonces todos sus compañeros miraban la televisión. La Cruz Roja había ingresado a la residencia del embajador japonés para revisar el estado de salud de los rehenes, dejar

alimentos y retirar grandes bolsas de basura. El narrador de noticias describía con precisión esas acciones, como si quisiera proyectar suspenso en cada procedimiento de rutina. La practicante se aseguró de repartir el resto de la correspondencia entre los redactores. Aunque se había acostumbrado a jamás escuchar un agradecimiento, lo que realmente le hacía sentir inútil era no encontrar su nombre entre las asignaciones del cuadro de comisiones. Ni siquiera la toma de la embajada, que exigía la atención de todo el equipo de redactores, la consideraba en el plan de cobertura.

La practicante salió al pasadizo para alcanzar el otro extremo y golpear otra puerta.

Michiko no había escuchado las noticias. En su lugar, la señal de cable de la televisión japonesa emitía un especial sobre el Festival Internacional de Manga y Anime. La practicante se fijó en la pantalla, donde aparecía la enorme arquitectura del *Tōkyō Kokusai Tenjijō*, el centro de convenciones que cada año acogía a miles de dibujantes, editores y lectores. Leyendo los subtítulos en inglés pudo entender que uno de sus directivos convocaba a los participantes de la nueva edición y para ello estrenaban un servicio de inscripción vía correo electrónico.

–Tú deberías estar allí –le dijo señalando la televisión.

–¿Sabes lo que cuesta? –rió Michiko, que por un momento detuvo el dibujo de una *Dojikko*, la chica tierna y bonita que siempre comete torpezas.

–Tú estarás allí y tomarás fotos para mí –le dijo la practicante, mientras anotaba la dirección de la web que aparecía bajo las imágenes.

No quiso criticar su entusiasmo. Había pasado toda la noche entintando y pegando tramas y aún le faltaba mucho si quería llegar a tiempo a la fecha de entrega a la imprenta del siguiente número de la revista. Sin embargo, tuvo paciencia para responder a sus preguntas luego de que la practicante encendiera la computadora y entrara en la página web del festival: nombre completo, número de pasaporte, información puntual de su revista. Luego de

enviar la solicitud resuelta, la practicante se acercó a la mesa de dibujo y suavemente rozó su hombro con el de Michiko al poner atención en sus páginas trabajadas. Advirtió en su amiga el cabello revuelto, las bolsas oscuras bajo sus ojos, la necesidad de tomar un descanso. Deseó tener algo de talento artístico para ayudarla, pero sólo podía contribuir con sus artículos. Sin embargo, al reconocer su sonrisa agotada, pensó que, para ella, estar a su lado era suficiente.

Cuando el periodista cultural volvió al departamento, advirtió un rastro de prendas que iban de la sala hacia el corredor. Tacones bajo la mesita de la sala, una blusa sobre el biombo japonés, un sostén colgando del sillón. Otras prendas femeninas complementaban el desorden, una segunda blusa, zapatillas rosas, una casaca de cuero en el suelo. El periodista cultural siguió el reguero de pistas hasta llegar a la puerta del dormitorio de Michiko. Escuchó risas de niñas que luego hablaban en monosílabos y aplaudían tras felices exclamaciones.

Retrocedió.

Volvió a la sala y recolectó las prendas esparcidas. Las organizó en dos grupos diferenciando a un lado la ropa de Michiko. Percibió su vago e inalcanzable perfume.

El periodista cultural se sentó frente a la computadora y empezó a escribir el artículo que Michiko le había pedido para el segundo número de la revista. Intentaba teclear lo suficientemente fuerte como para que ellas advirtieran su presencia. Redactó: «Ha llegado a la pantalla local *Ranma 1/2*, después de un éxito arrasador en Estados Unidos y Europa».

Odiaba redactar frases hechas, pero Michiko le había sugerido cargar las tintas en las adjetivaciones. En su artículo, repasaba los números del manga de Rumiko Takahashi: millones de ejemplares vendidos en Japón, anuncios

de próximas películas, videos musicales y una miniserie en video. Luego el periodista cultural desarrolló brevemente el argumento de la historia de Ranma Saotome, un muchacho de dieciséis años diestro en artes marciales. Acompañado por su padre, Genma Saotome, habían llegado a Jusenkyo, un rincón de China famoso por sus fuentes encantadas. Según la leyenda desconocida por ellos, aquel que cayera en sus aguas tomaría la apariencia de la última persona que se hubiera ahogado en ellas. Incapaz de leer ideogramas chinos, Ranma no se enteró que el lugar que eligió para zambullirse era conocido como *La fuente de la doncella*. Y tras un breve chapoteo, emergió transformado en una preciosa pelirroja. Del mismo modo, su padre, tras caer en la *Fuente del Panda*, salió de ella convertido en obeso plantígrado. Solo el contacto con el agua caliente los tomaría a su estado original.

Mientras las risas de dos chicas manga continuaban filtrándose debajo de la puerta del dormitorio, él pensaba cómo financiar el siguiente número de una revista dedicada a las transformaciones mágicas y los hechizos ancestrales. Ya había empezado a sufrir dolores de cabeza y contracturas en la espalda tras recibir las primeras notificaciones de cobranza. Pensaba en el trámite de ir a la imprenta y a la oficina del distribuidor y empezaba a sentir un hormigueo que bajaba hacia la nuca y descendía por los brazos, un leve entumecimiento previo al ataque de pánico por la falta de dinero. Y entonces dudaba si un chico mitad hombre, mitad mujer, que cargaba una exótica y mutante maldición, podría darles suerte.

El periodista cultural escribía pensando en qué se estaba convirtiendo él entonces.

Una semana después de entregar el segundo número, el distribuidor llamó por teléfono al periodista cultural. Su voz, ronca, se escuchaba atropellada.

Incluso olvidó el saludo.

–¡Habla, Ultra Siete! ¿Tienes más revistas? –preguntó.

–Tengo unas cien destinadas a la promoción. ¿Por qué?

–Dámelas.

–¡Pero si solo ha pasado una semana! –exclamó el periodista cultural.

–Ya no tengo –le dijo.

–Lo sé, usted mismo las repartió...

–Tú no entiendes. Quiero decir que se han vendido todas. ¡Nadie tiene!

Michiko había decidido darle la portada de ese segundo número a *Ranma ½*, el artículo que ella le había pedido. Eso y financiar un mayor tiraje, crecer de veinticuatro a cuarenta y ocho páginas y aumentar el precio por ejemplar porque los costos no cubrían los mínimos márgenes de ganancia.

–¡Te digo que la edición se agotó en una semana! ¡Los kiosqueros se han vuelto locos! ¡Quieren más!

Ni siquiera tuvo que esperar el reporte. Le contó que los canillas golpeaban el portón de su almacén para solicitar un reabastecimiento urgente.

–Tienes que hacer una nueva impresión. ¡Y devolver a la circulación el primer número! –le aconsejó.

Lo ideal en una revista era no exceder el veinte por ciento de devoluciones. Pero no tenerlas significaba que estaban perdiendo dinero. El distribuidor decía que a partir de ese momento deberían sobreexponer ¡*Kawaii!* en los puntos de venta y, por supuesto, mantener la regularidad para no perder la fidelidad de esos nuevos miles de lectores. Le aseguró que una revista bimestral que cumplía con salir a tiempo empezaba a conquistar su lectoría.

Pero el periodista cultural ya no lo escuchaba. Solo adivinaba lo feliz que Michiko estaría con él al escuchar la noticia.

El silencio es incómodo. Turbados, ambos se separan. Él deja caer el cuchillo al suelo y vuelven a sus puestos frente al fregadero.

–Kyukei shiteiidesuyo shoushoku no jikan desu.

La voz del señor Moritsugu suena ahora menos intimidante. Dudan un instante, pero Michiko entra más relajada a la cocina. Mirándolos con familiaridad les dice que pueden descansar, que ha llegado la hora del almuerzo. Ella les pide poner la mesa antes de servir tres raciones de una pasta turbia y viscosa. Para el personal del Joli Chapeau no hay comida francesa. Antes de sentarse, se quitan sus delantales. El periodista cultural lleva la misma camisa y los mismos jeans que ha usado por años. El asistente, en cambio, estrena falda azul y blusa con cuello marinero, el clásico sailor fuku usado por las escolares japonesas.

Michiko sabe comer con palitos. Su técnica es precisa, y no deja caer ningún bollo a la mesa. Sostiene el primer palillo entre el pulgar y el dedo medio. El segundo, entre el pulgar y el dedo índice para mantenerlos paralelos. Como una experta, mantiene firme el bocado y lo lleva a su boca. Sin acercarse al tazón ni apoyar los palillos en los labios. Ellos, en silencio, prefieren comer con las manos, pero Michiko los detiene con una mirada desaprobatoria. Solo cuando los hombres intentan utilizar las varillas de madera, ella reparte las cartas de la conversación.

–¿Me dirán ahora si les ha gustado el restaurante?

A pesar del calambre en las piernas y las manos casi congeladas, el muchacho de la blusa marinera diría que lo disfruta. Ese mismo día, en la estación del tren, se cruzó con un chico vestido con un tutú rosado, pantis y

una casaca negra para el frío y sintió una conexión. Se miraron como si ambos fueran socios de un club especial: el club de los que no llaman la atención a pesar de todo. Pero no fue él quien respondió a Michiko. Prefiere que en su lugar hable el fanático de Ultra Siete.

–Es un lugar de culto para cualquier fan. Un espacio con dignidad de museo –dice él.

Ella asiente. Los mira con los ojos muy abiertos, como si el momento de la gran revelación hubiera llegado.

–Exacto. Ahora escúchenme: si tomamos la máscara original, la que Moritsugu luce en la vitrina, tendríamos dinero suficiente como para olvidarnos de este maldito trabajo.

BISHONEN

A Michiko no le interesaba leer los periódicos del café donde esperaba. Poco le importaba que la toma de la residencia del embajador de Japón hubiera deteriorado aún más la imagen del presidente. Las noticias de portada recogían las declaraciones del primer ministro japonés, quien confiaba en que el gobierno peruano y los guerrilleros establecerían, en el plazo más breve, puntos de acuerdo.

Utiliza un periódico como abanico. Odia los días de calor.

Un muchacho de traje y corbata llegó hasta su mesa. No le había sido difícil reconocer a Michiko: llevaba una blusa de motivos florales, falda de color pastel y muchos lazos en la cabeza. Desplegado sobre la mesa, tenía su cuaderno de dibujo.

–¡*Kawaii!* –exclamó él.

–¿Perdón?

–Tus dibujos. Vine por el aviso del diario... Para trabajar en la revista.

El candidato se había quedado quieto, sin atinar a dar el movimiento siguiente, mientras abrazaba contra su pecho su portafolio de artista.

–Siéntate, no seas tímido –dijo ella.

–Discúlpame. Me pongo así cuando advierto el verdadero talento. Tus dibujos me encantan. Me gustas mucho...

–¿Me estás enamorando?

–¡No! ¡Para nada! Créeme que no escondo una segunda intención.

Ella reconoció divertida la timidez de su entrevistado. Tenía la corporeidad ambigua de un *bishonen*, uno de esos chicos cuyos ojos expresivos, pelo largo, fina silueta y afectada languidez se confunden fácilmente con los de

una chica.

Michiko le contó la historia urgente: ¡*Kawaii!* estaba creciendo más de lo esperado. Para el tercer número habían decidido cambiar la imprenta por una más grande y subir el tiraje a diez mil ejemplares.

–Somos tres personas y no nos damos abasto. Necesito alguien que pase mis dibujos a tinta. Eso sería un gran ahorro de tiempo –le explicó.

–¡Pues soy tu hombre! dijo él colocando suavemente su portafolio de artista sobre la mesa. Luego contuvo su entusiasmo y se corrigió:

–Soy el indicado.

Ella le sonrió antes de revisar sus trabajos con atención. Observando sus chicas, recordaba la línea etérea de Takeuchi Naoko en *Sailor Moon*, con sus estudiantes de secundaria enfrentando de noche a las fuerzas del mal. El entintado suave, los trazos finos, la forma en que prescindía de la línea para delimitar el dibujo con el contorno de las tramas.

–¿Qué tipo de pluma utilizas? –preguntó.

–Para los ojos uso una importada del Japón, respondió él.

Michiko sintió en ese momento una conexión especial. No podía ser gratuita la coincidencia con sus propios materiales de trabajo.

–Me encanta cómo conviertes la mirada en la clave de la expresión –dijo.

El muchacho asintió, orgulloso. Ella cerró el portafolio.

–Y cuéntame: ¿Con qué personaje te identificas?

–¿Personaje?

–De manga. Todos tenemos uno en el que nos gusta reflejarnos.

–Te vas a reír.

–Te sorprendería lo sería que puedo ser.

–Me gusta la Princesa Caballero.

Se trataba de otra de las creaciones del maestro Tezuka. El primer manga y anime *shōjo*, para jovencitas. En el cielo de los niños aún no nacidos, un ángel travieso le entregó a uno de ellos dos corazones, uno azul y masculino,

otro rojo y femenino. Al nacer la bebé, su padre, el rey, la hizo pasar por varón para evitar que sus enemigos intentaran tomar el poder ante la falta de un heredero. Sin embargo, al llegar a la adolescencia se enamoró del príncipe de un reino vecino y juntos lucharían contra los que buscaban desestabilizar el trono.

–Eres un chico de la vieja escuela –respondió ella antes de dar un sorbo a su café–. ¿Sabes algo de administración?

–Puedo aprender...

–Te gustará ser mi secretaria, entonces –añadió Michiko.

Ella recordó al famoso Team Rocket de *Pokemon*, asociación ilícita formada por Jessie, James y una criatura felina llamada Meowth, quienes intentaban en cada episodio robar el Pikachu de Ash, su joven entrenador. Nunca lo lograban, pero sus esfuerzos resultaban divertidos.

–Tu secretario, sí –retrucó él.

–No me corrijas.

–Perdón.

–Creo que vamos a tener un buen futuro juntas, mi Princesa Caballero –dijo ella, extendiéndole la mano. Él la estrechó feliz.

Su nuevo asistente tenía sonrisa de mejor amiga. En la que una podía confiar, pensaba Michiko.

–Es un territorio que no hemos explorado –dijo el distribuidor.

La última visita del periodista cultural al depósito había servido para decidir que el tiraje mensual de *¡Kawaii!* se estabilizara en diez mil ejemplares. El hombre le hablaba con entusiasmo de rápidas ganancias, asegurándole una circulación masiva y una mínima cantidad de devoluciones. Le decía que la revista se había convertido en su producto estrella, y le confiaba sus planes para ampliar la red de distribución, incluyendo también

supermercados y librerías. Y mientras el periodista cultural escuchaba sus proyectos para expandir el negocio, observaba el desorden de la precaria oficina. Había un plato de arroz con pollo a medio comer sobre el escritorio. Al lado del tablero, una tetera reposaba sobre la cocina de una sola hornilla. Pudo advertir, en la habitación del fondo, a la mujer del distribuidor que tendía una estrecha cama adosada a la pared. Ya era evidente su embarazo.

–¡Hay que apostarle fuerte! –añadió el distribuidor.

El periodista cultural recibió el cheque por las ventas de la revista y pensó en ahorrar aquellas primeras ganancias, a pesar de que Michiko no dejaba de reclamar nuevas inversiones. Quería una nueva mesa de dibujo y una computadora de diseñador.

Al salir del almacén, cerrándose el portón a sus espaldas, lo recibió el cambalache del mercadillo. El periodista cultural apreciaba el detritus de objetos sin tiempo, alineados en el suelo sobre cubiertas de plástico. Avanzando a paso de procesión entre baúles, fierros y revistas amarillentas, sintió que la antigüedad de los objetos en venta ralentizaba la realidad circundante. Para él era una lástima que en el departamento decorado por Michiko no hubiera lugar para rescatar cámaras fotográficas de cajón, copas de cristal, cubiertos de alpaca, máquinas de escribir *Underwood* o un fonógrafo que conservaba sus originales discos de carbón. En uno de los puestos descubrió una desordenada pila de cuerpos de *biscuit*, pasta, bakelita y plástico. Piernas y brazos desplegados, torsos desnudos, cabellos revueltos, sorprendidos ojos de vidrio. Todas muñecas antiguas, vestidas a la moda victoriana, con sus nombres bordados en delicados vestiditos de tafetán. Algunas llevaban tocado, guantes y botitas de tacón. Las muñecas le recordaban el retrato de la Señora Luisa de Salcedo y, por lo mismo, también la imagen de Michiko envuelta en encajes elegantes. Apreció el polvillo fino acumulado por años, el desgaste de la tela de los vestidos, la palidez de su piel craquelada. Pensó que años atrás debieron haber recibido los mimos de

una sola dueña y que algo terrible debía haber pasado para que entonces se encontraran en tal orfandad. Pagó sin regatear el precio ofrecido para salvar a la muñeca en mejor estado de aquella humillación pública. Estaba seguro que Michiko podría añadir cariño a la libertad que él le había concedido.

Michiko había colocado la nueva mesa de dibujo frente a la ventana para aprovechar la luz. Sobre el tablero, colocó las postales de hombres desnudos en pose de boxeo que el periodista cultural había encontrado en la biblioteca de su editor.

–Considéralo un regalo de bienvenida –le dijo a su asistente.

Esa fue la primera manifestación de un extraño primer día de trabajo. La segunda ocurrió al tocar la puerta la practicante. Las vio besarse y sonreírse, antes de ser presentado.

–Michiko me ha hablado mucho de ti –comentó ella.

El asistente respondió sonriéndole, sin saber qué tanto podría saber sobre él. Luego de escucharles hablar del terrible calor, observó a la practicante quitarse la blusa y posar para Michiko, como lo había hecho para la versión manga del retrato de la señora Luisa de Salcedo, colgado en la pared mayor de la sala. Ella le pedía congelarse en posiciones de ataque que él podía reconocer, todas sacadas de un manga de *Sailor Moon* cuya réplica justamente Michiko le había pedido entintar. Eran las posturas de las *Sailor Senshis*: la Saeta llameante de Marte, el halo de la princesa de la luna, el Grito Mortal o la Espiral lunar del Corazón. El asistente sentía un curioso eco en las siluetas de mujeres dibujadas por Michiko que tenía sobre la mesa de dibujo, en las puntas de sus estiradas piernas, los zapatos rojos de correa, afilados como estiletes que cortaban el aire. Envidiando la intimidad de ambas, pensó que, de una forma mínima, él participaba también de aquel círculo de confianza. Cuando ellas terminaron, Michiko se acercó a su tablero

para ver los progresos de su asistente. Allí estaban ellas, chicas mágicas que luchan por el amor y la justicia con trajes de marinero.

–Haces un muy buen trabajo –dijo mirando complacida las páginas, los ojos brillantes, las pestañas espesas y alargadas, los cuerpos esbeltos que soportan, sobre su fino cuello, enormes cabezas.

–Debes estar agotado, con todo este calor. ¿Te gustaría almorzar con nosotras? –preguntó la practicante.

El asistente aceptó su invitación y las acompañó a la cocina. Las vio recalentar sopa ramen, freir tortillas y llevar el pan a la mesa. Michiko le invitó a sentarse y le ofreció un vaso de limonada. Mientras descansaban, lo vio apartarse el pelo de su cara.

–¿No te molesta el pelo largo con este calor?

–Bueno, supongo que sí. Nunca lo había tenido tan largo.

–Ya veo. Se ve terrible así, cayendo sobre tu cara. Debe tenerte loco.

Él sonrió a manera de disculpa, sin decir nada. Luego de terminar el almuerzo, la practicante se dispuso a continuar en la computadora su artículo para la revista. El asistente se puso también de pie para volver a trabajar, pero Michiko lo detuvo.

–Antes de continuar el trabajo, me gustaría enseñarte algo –le dijo.

Cruzaron el pasillo hasta el dormitorio. Él la siguió de cerca, pero mientras ella saltó para caer en su tatami, él se quedó bajo el dintel, sorprendido.

–Es mi santuario –le dijo.

Michiko empezó su colección con una espigada figura de Lynn Minmei, que consiguió luego de ver un maratón de *Robotech* proyectada en una convención de anime. Sus figuras a escala estaban repartidas entre una vitrina y una estantería, aunque acostumbraba cambiarlas de lugar con frecuencia. Solía no sacarlas de su caja, pero la falta de espacio le obligaba a hacerlo.

–Creo que tengo que añadir una nueva vitrina –le comentó.

Por la izquierda tenía apilados sus mangas, libros y cajas de figuras. La

balda superior estaba reservada para los mangas de época que heredó del editor. Más abajo, merchandising, más revistas, películas y series. En la estantería principal lucían sus figuras organizadas por tamaños, tipos y series a manera de dioramas. Cuando el asistente terminó de apreciarlas, se dio cuenta de que Michiko le miraba con curiosidad.

–Son muy bonitas. Te ha debido tomar años coleccionarlas –dijo él.

–Muchos.

Se movió con cuidado para no golpear ninguna de las piezas, mientras que Michiko tomó una de ellas.

–Esta es para ti.

Era una figura de la Princesa Caballero. Vestida de hombre, Zafiro parece desenvainar su espada para luchar contra quien quiera arrebatarse el trono a su padre, el Rey del Valle Plateado. El asistente agradeció feliz.

Cuando estaba listo para volver a la sala, Michiko lo tiró suavemente del brazo.

–Espera. Hay algo más que quiero hacer –le dijo.

Michiko señaló el camino hacia su tocador, mientras movía la silla para él.

–¿Qué quieres que haga? –preguntó el asistente.

–Siéntate y relájate. Sólo quiero arreglar el lío que tienes en la cabeza.

De pie tras él, Michiko colocó una mano a cada lado de su cabeza. Acarició su pelo, antes de tomar un cepillo del tocador y peinarlo lentamente, alisando hacia abajo, reuniéndolo en la parte posterior. El asistente empezó a relajarse mientras escuchaba el susurro del cepillo, sintiendo las cerdas tirar de su pelo, rascando la superficie de su cuero cabelludo. No podía ver lo que Michiko estaba haciendo, pero sentía cosquillas en su cuello. Luego, las cepilladas corrieron en camino inverso, de la base del cuello hacia arriba, mientras Michiko recogía su pelo con una sola mano, eliminando los últimos enredos. Luego devolvió el cepillo a su lugar. El asistente esperó sentir nuevamente el pelo suelto cubriendo su cuello, pero más bien su nuca había

quedado expuesta y fresca. Las manos de Michiko aún se movían tras su cabeza, descansando ligeramente sus palmas sobre el cabello recogido.

–Así está mejor –le dijo.

Sorprendido, el practicante llevó sus manos tras su cabeza, con cuidado. Pasó suavemente los dedos y sintió la presencia de un moño que recogía todo filamento.

–Ten cuidado, no vayas a jalarlo, le advirtió ella.

–¿Qué has hecho? –le preguntó, sorprendido por aquel extraño bulbo.

–¿Quieres verte en el espejo? –preguntó Michiko a su vez.

Su asistente asintió con la cabeza. Ella levantó un espejo de mano y lo colocó sobre el detalle del nuevo peinado. Allí, en el reflejo, pudo ver un redondo montículo, el bollo preciosamente enrollado.

–¿No crees que así es mejor? –le preguntó de nuevo.

–No lo sé. Se siente extraño, como de chica.

–Eres un tonto. ¡Es lo más cómodo para el calor! –rió Michiko–. Te sentirás mucho mejor.

Las mejillas del practicante ardían.

–Vamos a la sala. Te conseguiré otro vaso de limonada – dijo ella. El asistente se levantó del tocador para seguirla, pero se detuvo de pronto.

–¿Qué pasa? –preguntó Michiko.

–No puedo salir así –le dijo–. ¿Qué va a decir tu amiga?

–¿Qué quieres decir?

–Peinado así. Se va a reír de mí.

–No veo el problema –insistió Michiko–. ¿No me dijiste que te identificabas con la Princesa caballero? ¡Deberías sentirte orgulloso!

El asistente se quedó en la habitación unos instantes más y luego respiró profundamente antes de seguirla hacia la sala. Le hizo un gesto para que se sentara en la silla del comedor antes de servirle la bebida. Mientras tanto, la practicante dejó por un momento el teclado para mirarlo, sonriéndole

cómplice. Él se mantuvo en silencio, sorbiendo, sintiendo la acidez del limón y la vergüenza.

La toma de la residencia del embajador del Japón había erradicado las mañanas tranquilas en el diario. Por el contrario, redactores y fotógrafos se reunían desde temprano para decidir a quién destacarían en el frontis de la casa para cubrir las salidas y entradas de los negociadores, las labores de los funcionarios de la Cruz Roja, la rutina de la tropa acantonada en los alrededores, los familiares reunidos en la calle en grupos de oración. Lo único claro para el periodista cultural era que, a falta de fotógrafos para sus comisiones, debía ser él mismo quien retratará a sus entrevistados. Por eso esperaba que le trajeran un par de rollos de película del depósito cuando advirtió una nueva carta posada sobre el desorden de su escritorio, con la misma caligrafía en el lugar del destinatario. Desgarró el lado derecho del sobre y desplegó solo una página mecanografiada. La densidad de la tinta en cada letra le hizo pensar en la fuerza con la que el misterioso remitente había pulsado las teclas.

«Oiga usted, ha terminado la exposición y jamás escribió una línea en la que confesara sus felonías. Tampoco ha renunciado, pues puedo ver sus frívolos escritos aún publicándose. Pero no crea que se ha salido con la suya. Sabio fue quien dijo que la venganza se sirve en un plato frío. Y yo he tenido mucha paciencia con usted. Mi revancha le encontrará en el momento que menos lo imagine».

Como hizo con las dos cartas anteriores, el periodista cultural dobló a la mitad el papel mecanografiado y lo deslizó dentro del cajón repleto de correspondencia impublicable. Pero esa vez al lanzamiento le acompañó un ligero resquemor, como si, por un momento, pasara por su cabeza la posibilidad de que todas aquellas voces presas dentro de la biblioteca del

absurdo estuvieran planeando su venganza.

La responsabilidad del asistente era pasar a tinta los bocetos a lápiz de Michiko. Ella siempre buscaba efectos para sus personajes que logran enamorar al lector. Y él admiraba sus dibujos, tan femeninos y tiernos. Apreció cómo planificaba las secuencias de una forma clásica y depurada. Había en sus encuadres una peculiar simetría, precisa, sobria. Sobre el tablero, podría quedarse mirando largo rato esas páginas. Eran dibujos que reflejaban los sentimientos más íntimos, enlazados con las complicaciones del amor. Y él se sentía orgulloso de ser su cómplice, siguiendo su línea y fijando con su correcta tinta el talento del lápiz. Pero entonces Michiko había cambiado de género para la portada del siguiente número de *¡Kawaii!* Esta vez no eran niñas delicadas sino potentes máquinas de guerra.

El asistente entintaba una versión de *Mazinger Z* que llevaría como título *La primera invasión del anime*. Se trataba del primer *mecha*, protagonizado por robots gigantes en conflicto, cuya historia comienza con el hallazgo de unos colosos milenarios en una isla deshabitada, realizado por un equipo de científicos. Enfermo de poder tras descubrir las posibilidades del descubrimiento, el Dr. Infierno asesina a todos los miembros de la expedición. El único sobreviviente, el Dr. Juzo Kabuto, construye para enfrentarlo un robot gigante con la más adelantada tecnología: el compuesto Z y un elemento secreto llamado japonium. Sin embargo, víctima también del Dr. Infierno, será su nieto Koji quien pilotee al robot Mazinger para combatir al ejército de máquinas.

Le gustaba *Mazinger Z*, un robot creado por el hombre como extensión de sí mismo, una máquina perfecta con la cual se establecía una relación de interdependencia. Sin embargo, el asistente prefería animes más recientes como *Evangelion*, que representó el gran cambio en el género de robots

impuesto por el estudio Gainax. Dios se ha hartado de los hombres y para destruirlos envía a sus ángeles. El resto son chicas increíbles, máquinas de pelea, introspección psicológica, retrofuturismo y triángulos amorosos. Dirigido por Hideaki Anno, *Evangelion* cerró la brecha entre los mundos del *mecha* y del *shoujo*, como si hubiera logrado fusionar al poderoso *Mazinger Z* con la dramática *Candy*. El asistente sentía que en ese híbrido, metal y corazón latían al unísono.

Michiko se acercó a su mesa de dibujo.

–¿Me harías un favor? –le preguntó–. Un dibujo se ha puesto complicado.

–Por supuesto –dijo él, devolviendo su pincel al agua.

Michiko necesitaba un modelo. No era buena imaginando posiciones. La practicante siempre llegaba a ayudarla, pero en ese momento no podía dejar la revista al final del pasillo.

–¿Te molestaría mucho ponértelos? –le preguntó.

La tinta del dibujo frente a él empezaba a secarse. *Mazinger Z* disparaba puños que parecían salir de la hoja de papel.

–No te entiendo.

–Necesito componer la pose de una chica mágica que flota en el espacio.

Michiko había puesto frente a los ojos de su asistente un par de tacones rojos, brillantes. Él no atinaba qué responder.

–¿Quieres que me los ponga?

–Ya vas entendiendo. ¿Ves que no es tan difícil?

–¿Y para qué?

–Necesito que te recuestes sobre el piso, flexiones las piernas y juegues con los brazos hasta encontrar la pose correcta.

El asistente se excusó explicándole que tenía los pies demasiado grandes, sin embargo, ya Michiko se había inclinado para desanudar los pasadores de

sus zapatos, como lo haría una madre con su hijo pequeño. Él se sentía asustado y excitado a la vez.

–No le dirás a tu amiga que me puse sus zapatos, ¿verdad?

–Relájate. Esto quedará entre nosotros –dijo Michiko.

Al empezar su boceto, ella agradecía que su asistente no tuviera un pelo denso que perturbara la línea de sus piernas, afiladas ahora por los tacones. Ignorando sus protestas, lo envolvió en un vestido de cuello y mangas fruncidas. Dudaba en su boceto si enfatizar la caída de la falda o la delicadeza de los hombros del modelo.

El siguiente paso de Michiko fue aplicarse en su rostro.

–No te muevas –le ordenó.

Michiko tomó su caja de maquillaje para aplicar sombras en la parte superior de sus párpados, tonos suaves para conseguir un aspecto natural. Luego los delineó con un trazo grueso, más allá del límite ocular, donde iniciaban sus pestañas. El asistente opuso resistencia al inicio, pero era inútil llevarle la contra a Michiko. Con los ojos cerrados, empezó a caer en un vago sueño donde ella le acariciaba el rostro antes de envolverlo en abrazos. Con sombras grises, Michiko perfilaba su nariz y daba profundidad a sus ojos hasta convertirlo en una *Bifauxnen*, una de aquellas chicas que suelen confundirse con un muchacho afeminado. Solo entonces Michiko continuó el esbozo sobre el papel, manteniendo a su modelo paralizado en su pose. El asistente sintió escozor en la nariz, y le pidió permiso para rascarse.

–No lo hagas. Lo que sientes es mi lápiz corriendo por allí –bromeó.

Posar para Michiko significaba ascender a una nueva etapa de confianza entre ambos. Un momento de intimidad en el que su rostro se modificaba aunque siguiera siendo el mismo, adquiriendo en el proceso una identidad diferente. Y mientras se mantenía inmóvil, solo escuchaba el susurro del lápiz abriendo surcos en el papel, desmontando su propia imagen y definiendo otra que no le pertenecía del todo, porque el resultado era también propiedad de

Michiko. En ese momento, en ese lugar, con esos zapatos ajustados, ese vestido que por primera vez acariciaba su cuerpo, él había sido elegido para quedarse muy quieto durante un tiempo interminable y no podía relajarse a mitad de su transformación. ¿Qué lo impulsaba a obedecer? ¿A cruzar las piernas y practicar el femenino mohín que ella le enseñaba? Una nueva identidad se desplegaba sobre él y el asistente aceptaba involucrarse en ella.

Cuando la luz natural disminuía en el estudio y los párpados coloreados empezaban a pesarle, el asistente escuchó una voz diferente a la de Michiko.

–¡Pero qué belleza tenemos aquí!

Abrió los ojos para ver a la practicante observándolo curiosa. Él se sintió preso de una extraña parálisis, nacida quizás del miedo y la vergüenza, o del éxtasis de sentirse una igual, entre pares.

Cuando el periodista cultural llegó al departamento, Michiko, la practicante y el asistente se habían encargado de poner la mesa para la cena. Al cerrar la puerta, no pudo evitar sentirse un extraño: entonces eran tres las muñecas manga, una de ellas desconocida, sentadas a la mesa. Lo saludaron con grititos y aplausos, vestidas de igual manera, borrada toda individualidad con el maquillaje, como tres Señoras Luisa de Salcedo posando para un sorprendido pintor. Al ubicarse en su lugar, frente a un plato de pollo teriyaki y una taza de té verde, el periodista cultural supuso que la tercera, la recién llegada, era la secretaria que Michiko habría contratado para la revista.

En ese momento Michiko acaparaba la conversación. Decía que un canal de televisión local había decidido levantar *Mazinger Z* de su programación tras una denuncia presentada por una asociación de telespectadores católicos. La protesta sintonizaba con una serie de reportajes que denunciaban la violencia en los dibujos animados japoneses. En ellos, supuestos expertos alertaban que un robot gigante, con imágenes subliminales de alto contenido

sexual, amenazaban la inocencia del público infantil. Michiko juró contraatacar desde la revista y la practicante se mostraba de acuerdo, mientras el asistente se mantenía en silencio y evitaba cruzar miradas con el periodista cultural, que intentaba recordar algún capítulo de *Mazinger*. Conservaba la vaga imagen de un muchacho montado en su cabeza dirigiendo sus comandos.

–¡Tú no sabes nada! –se burló Michiko–. Mazinger era el robot gigante construido por el doctor Kabuto con la secreta aleación Z.

–¿Y es tan importante?

–¿Estás hablando en serio? –intervino la practicante–. ¡*Mazinger Z* y su autor, Go Nagai, iniciaron la colonización japonesa del mundo!

–Tras su éxito, Occidente tuvo que olvidar sus reparos frente a la cultura del manga –añadió Michiko.

–Sobre todo con la llegada de *Akira* –dijo la practicante.

–¿Y qué me dices de Masamune Shirow, con *Ghost in the Shell*? ¡Fue el primero en fusionar el manga con el ciberpunk! –exclamó Michiko.

El periodista cultural no sabía qué responder. Quizás se reirían de él si confesaba que lo único que recordaba de *Mazinger Z* era la forma en que lanzaba sus puños, mientras que Afrodita, su compañera mecánica, disparaba sus redondos pechos contra los robots del Doctor Infierno. Pero las tres chicas manga se mostraban de acuerdo, compartiendo gestos ensayados.

–Están haciendo con Mazinger lo mismo que con Miyazaki –dijo Michiko.

–¿Miyazaki? ¿Otro robot? –preguntó el periodista cultural.

Michiko le dio un piadoso beso acariciándole la cabeza. La practicante intentó explicarle como a un niño:

–Tsutomu Miyazaki, un joven de 27 años, asesino de cuatro niñas.

El asistente y la practicante intercambiaron miradas piadosas. Michiko había entrado a la cocina para traer la comida, y desde allí seguía hablando.

–Luego de capturarlo, la policía encontró en la habitación de Miyazaki una

colección de seis mil videos de hentai. Y la prensa cargó enseguida contra el manga –dijo.

–Nadie puso atención en otros detalles. Ni siquiera en el hecho de haber nacido con las manos deformes –añadió la practicante.

–¿Y eso qué tiene que ver? –preguntó él.

Michiko suspiró al volver con ellos. Sentía que explicaba algo sumamente obvio mientras ponía la fuente de comida al centro de la mesa.

–Miyazaki desgarraba a mordiscos las manos de sus víctimas –respondió.

Entonces el brazo del asistente tropezó con la taza del periodista cultural, dejando caer el caliente té verde sobre sus pantalones.

–¡Lo siento! –dijo, revelando su voz masculina.

Al romperse la ilusión, el periodista cultural pegó un salto de su asiento.

–¿Y tú quién eres? –exclamó. Lejos de la mesa, el periodista cultural miraba al asistente como si fuera el portador de un mal infeccioso.

Ellas agitaron sus pelucas levantándose de hombros. Michiko se acercó hasta el periodista cultural, lo tomó del brazo y lo llevó a su habitación. Luego cerró la puerta.

–¿No quedamos en que íbamos a ceder un poco? –le preguntó.

–¿Ceder un poco? Todo se está volviendo muy raro –respondió él.

–¿De qué te asustas? –dijo Michiko–. ¿Has leído tantos mangas y aún no puedes entender su lógica?

–No le encuentro lógica a esto.

Michiko lo observaba entristecida por su incapacidad para el aprendizaje.

–Lo único que hago es ayudarlo a descubrirse a sí mismo –le explicó.

–Tanto que das miedo. ¿En qué me convertirás el día que esté distraído?

–En nada que tú no quieras –respondió ella.

El periodista cultural pensó en el muchacho travestido allá fuera. Temió llegar un día al departamento y encontrarlos enlazados en el sillón, insoportablemente hermosos, como había sucedido con la practicante.

Empezó a temer todo posible escenario que lo alejara aún más del círculo de confianza de Michiko.

–Te dije que contrataras una secretaria. ¡Una secretaria! – gritó.

–Pues es a él a quien buscaba –respondió ella, cansada de intentar convencerle.

Después de tantas conversaciones, explicaciones, acercamientos en tonos distintos, Michiko pensaba que no lograría sacar nada más de él. No conseguía que abandonara el diario para brindarle su compromiso total a la revista y tampoco lograba desprenderlo de los miedos que hacían de él una persona convencional. Ella estaba convencida de que no estaba mal sentir deseo por su héroe y por sus muñecas a la vez. Es lo que haría cualquier coleccionista. Por eso, antes de dejarlo solo en su habitación para volver a la mesa, se plantó frente al periodista cultural como lo haría una madre que castiga a su hijo mandándolo a la cama sin cenar. Le dijo:

–Hasta que no cambies de actitud no volverás a tocarme.

Siempre hay lugar para alguien más cuando las chicas mágicas enfrentan a las fuerzas del mal. Por eso, Michiko y la practicante le propusieron al asistente vestir de *mahō shōjo* todo el tiempo que estuviera trabajando en la revista, como quien lleva un uniforme corporativo.

–Tienes que hacer dieta –le indicó Michiko.

Ellas lo habían decidido por él, y el asistente no puso objeción, siempre y cuando su transformación se desplegara dentro del perímetro del departamento. Y mientras el periodista cultural optó por prepararse sanguches de jamón, queso y tomate que comía en su habitación, Michiko, la practicante y el asistente asumían con disciplina el reto de adoptar la exacta silueta de una chica manga, apartando de la mesa cualquier harina, azúcar o exceso de grasa. Así, en *¡Kawaii!* fue instaurándose una rutina en la cual Michiko y el

asistente pasaban toda la mañana en el estudio dibujando. Por la tarde, cuando llegaba la practicante, interrumpían el trabajo y se dedicaban a cocinar.

A las chicas mágicas les encantaba la sopa ramen. Dejaban hervir el agua en una olla grande antes de añadir huesos de pollo, ajo, cebolla china, zanahorias y algas. Cocían todo a fuego lento durante una hora para hacer el caldo, sin importarles que el característico mal olor se impregnara en todo el departamento. En otra olla ponían a cocer la carne de cerdo en pisco y salsa de soya, cuyo jugo añadían luego al caldo madre. Los fideos, una vez cocidos y colados iban también a dar al puchero junto con trozos de carne hervida y huevos duros. A veces sumaban champiñones. Cuando la sopa estaba lista, era el asistente quien ponía la mesa.

Conforme pasaban los días, el asistente descubrió que vivir pendiente del peso era también vivir consciente de su cuerpo. Se acostumbró a mirarse al espejo buscando alguna reducción en el abdomen, narcisismo que Michiko y la practicante alentaban intercambiando con él consejos para cuidar la línea. Así, las chicas mágicas se convertían también en un grupo de apoyo, amigas condescendientes con quien compartir angustias en tiempos de crisis, cuando el asistente flaqueaba y decía:

–La dieta me está matando. No puedo pensar en otra cosa que no sea comida.

–Bienvenida a nuestro mundo –respondieron ellas a dúo.

Durante el almuerzo, la practicante había sintonizado en la televisión el reporte de noticias. Los rostros del presidente y de su ministro del Interior ocupaban toda la pantalla en una conferencia de prensa fuera de la casa del embajador de Japón. Enfatizaban frente a los reporteros que de ninguna manera se negociará con los terroristas.

–¡Qué gente más fea! –exclamó Michiko– ¿Puedes cambiar?

La practicante cogió el control remoto y llevó la señal hasta el canal de

noticias japonés, en el momento en que las cámaras captaban la erupción de un volcán submarino, fenómeno que había creado una nueva isla cerca de la costa. Mientras comían en silencio alrededor de la sopera caliente, el vapor de agua salada en contacto con la lava empañaba las cámaras.

–¿Vieron la noticia del ladrón y la peluquera? –preguntó Michiko.

–¡Con todo el trabajo por hacer, no hay tiempo! –se quejó la practicante–.
¿Cuándo salió?

–Ayer.

–¿Fue divertida?

–Digamos que si alguna vez has pensado asaltar algún negocio en Tokio, no se te ocurra entrar a una peluquería.

–¡Cuenta ya! –pidió el asistente.

–Un hombre se despierta con ganas de asaltar una peluquería. Esa noche entró en una cuando solo se encontraba la dueña. El tipo no sabía que la mujer era cinturón negro de karate.

–Bueno, hasta ahí no pasa de ser una noticia pintoresca ¿no? –comentó la practicante.

–Es que la historia no termina allí –explicó Michiko.

En efecto, la peluquera había decidido no llamar a la policía. Amordazó y escondió al ladrón para, abusando del viagra, someterlo tres días a todo tipo de prácticas sexuales.

–Recién cuando quedó satisfecha lo soltó a la calle. El ladrón tuvo que ir directo al hospital –contó ella.

–¡Qué bestia! ¿Y cómo terminó el asunto? –preguntó el asistente.

–Ambos están pendientes de juicio: él por robo, ella por violación.

Las tres chicas manga reían cerrando los ojos, como suelen hacerlo las *Mahō shōjo* antes de que aparezcan los créditos, al final de su aventura.

Encerrado en su habitación, frente a la pantalla del televisor, el periodista cultural mira un río, un prado de flores y tres mujeres sonrientes corriendo entre los surcos de especies diferentes. Una de ellas se arrodilla para percibir el perfume. El viento lleva a sus manos un extraño capullo y ella acerca hacia él su inocente nariz.

–¿Kaori, qué estás haciendo? ¡Ven ya! –le reclaman.

La muchacha intenta levantarse pero de inmediato cae a tierra, inconsciente sobre las margaritas. Asustadas, sus compañeras corren hacia ella.

–Kaori, ¿Qué sucede?

Ella no responde. Un hilo de sangre brota de la comisura de sus labios.

En el cuartel general, el capitán Kiriya recibe la llamada de auxilio y envía a investigar a los agentes Amagi y Dan Moroboshi. Ellos llevan a la muchacha al hospital y el doctor agradece por su rápida reacción.

–¿Cuál fue el problema? –pregunta Dan.

–Eso es lo más extraño. No logramos detectar más que un ligero aumento en la presión sanguínea –responde el médico.

En la habitación de cuidados intensivos, mientras Kaori sueña, los agentes recogen las declaraciones de sus compañeras.

–Ella estaba oliendo unas flores y de repente enfermó –dicen.

Dan Moroboshi descubre que la mujer lleva algo en la mano cerrada. Abre su puño y encuentra un extraño capullo. *Yo he visto esto en algún lugar,* piensa.

Más tarde, la enfermera del hospital inicia su guardia nocturna. Con una linterna recorre las habitaciones oscuras de su piso, hasta que el haz de luz alcanza la cama descubierta de Kaori, iluminando solo un revoltijo de sábanas. La mujer corre hasta su terminal y toma el teléfono para alertar al Escuadrón Ultra.

Los agentes Amagi y Soga acuden al llamado. Suben aprisa las escaleras y

alcanzan la habitación para encontrar la cama vacía.

–Es verdad, ha desaparecido. Dividámonos para buscarla –propone Soga.

En el servicio de farmacia, la enfermera apunta su linterna a los estantes de medicamentos. Entre jarabes y pastilleros, ilumina el rostro de la muchacha, inocente aún, pero fría y distante.

El agente Amagi escucha los gritos. Baja las escaleras, entra al depósito y encuentra a la enfermera apoyada contra la pared, inconsciente. La sacude para despertarla, sin conseguirlo. De pronto, advierte un reflejo en el espejo, pero es tarde: Kaori lo sorprende con un golpe en la nuca que lo desvanece. Ella sonrío a su víctima.

–Tuvo una leve concusión, déjenlo descansar –pide el médico.

Alrededor de la cama donde descansa Amagi se encuentran el equipo de médicos y los miembros del escuadrón Ultra.

–¿Cree que fue la muchacha? –pregunta el Capitán Kiriyama.

–No tengo dudas –responde el agente Soga.

–¡Ella intentó atacarme! –añade la enfermera.

–¿Qué la hizo comportarse así? –se pregunta el capitán.

–Creo que lo que ella buscaba era el Banco de Sangre – comenta el agente.

–¿Sangre?

Dan Moroboshi llama la atención del equipo al descubrir la marca de una mordida en el cuello del agente inconsciente. La sangre alrededor aún está fresca, como lo está el hilo que corre de la boca de la muchacha. *Con ese rostro tan bonito, va chupando sangre a sus víctimas. Algo anda mal aquí,* reflexiona el héroe.

El capitán Kiriyama decide llevarse a Kaori y al agente Amagi al cuartel general, invitando al cuerpo médico a acompañarlos para que continúen sus investigaciones.

Visto bajo sus poderosos microscopios, el bulbo que la muchacha había aspirado revela su terrible secreto.

–Se trata de una bacteria espacial –afirma categórico el médico en jefe ante las autoridades del escuadrón en el salón de comando.

Una criatura microscópica se había instalado en los pulmones de Kaori. El organismo era capaz de desarrollarse dentro de su cuerpo hasta dominarla.

–¿Y cómo podremos eliminarlo? –pregunta el capitán Kiriyama.

El doctor comparte con los agentes su pesadumbre.

–Me temo que no podemos.

Mientras tanto, Kaori despierta. Se levanta lentamente de su cama y, como una bella sonámbula, recorre la enfermería. Aprovechando un descuido de la seguridad, sale a los pasadizos del cuartel.

Se da la voz de alerta al descubrir su ausencia. El escuadrón se moviliza, mientras la muchacha, vestida de leve camisón blanco, camina por los corredores. Dos guardias le cierran el paso, igualmente el capitán y la agente Anne. Con el poder de su aliento, fantasmal vapor que emana de su boca, envuelve las cabezas de sus víctimas y los hace caer como muñecos. Luego encuentra la cama del agente Amagi y, presa de su encantamiento, se levanta y sigue sus pasos.

–¡Amagi, no vaya con ella! –clama el capitán, sin poder incorporarse del suelo.

Los agentes salen a la carretera en su búsqueda. Poco después, el Pointer se detiene en un parque de diversiones cercano. En el carrusel, montados en un carruaje de cuento de hadas, mujer y agente se miran arrobados.

–¿Un carrusel funcionando a estas horas? –se pregunta Dan Moroboshi.

Encuentran a Amagi solo, desvanecido en su carruaje. La muchacha intenta escapar en la oscuridad, mientras que el viento que juega con las sedas de su camisón la convierte en un fantasma. El agente Soga usa contra Kaori su arma paralizadora. Ella cae.

–Su caso es muy grave –dice el doctor.

Nuevamente en la enfermería del cuartel general, todo el escuadrón rodea

la cama de la mujer. Los médicos la observan desde la cabecera. Le explican al capitán Kiriyama que si no se producen cambios en las próximas horas, la bacteria transformará su cuerpo de forma irreversible.

–¿Y no hay cómo eliminarla?

–Sería muy arriesgado.

El agente Amagi, ya recuperado, irrumpe en la enfermería. Clama a todos por salvar la vida de la muchacha. Al no encontrar una respuesta positiva, gime al lado de Kaori.

Dan Moroboshi observa la escena en silencio. *Existe solo una oportunidad para ayudarla. Debo reducirme de tamaño y entrar en su cuerpo*, delibera. La estrategia es arriesgada, el héroe sabe que se enfrenta a un mundo desconocido. Sin embargo, toma decidido el Ultraojo y adquiere un tamaño microscópico antes de introducirse en sus fosas nasales, volando por el interior de su sistema respiratorio.

La muchacha, aún dormida, expresa desagrado en su sueño. Se agita, como si adivinara la inminente batalla. En ese momento se acercan a su cama sus dos amigas. Una de ellas trae consigo un ramo de rosas.

Ultra Siete alcanza su destino, los vasos sanguíneos donde se fija la bacteria espacial, una criatura arácnida que cae al primer disparo, pero que enseguida responde lanzando un extraño fluido orgánico, una mucosidad que reduce el movimiento del héroe.

Allá afuera, los médicos preparan la dosis de medicamento experimental que inyectarán en el brazo derecho de la muchacha. La solución corre por el torrente sanguíneo y se expande rápidamente. El tratamiento hace milagroso efecto y elimina la sustancia que paralizaba a Ultra Siete, quien retoma la iniciativa. Esta vez no dispara un rayo, sino burbujas que cubren al monstruo y lo disuelven. Nada estalla dentro del cuerpo de Kaori que, por fin, despierta de su largo sueño.

–¿Qué sucedió conmigo? –pregunta a los doctores.

–¿No recuerda nada?

Kaori, confundida, solo reconoce feliz el ramo de rosas que sus compañeras han traído para ella. Se acerca a percibir su inocente perfume. Y al alejarse, sonrío, liberada.

Desde el centro de la flor, un pequeño héroe la observa.

El asistente se había acostumbrado a su trato frío, a la indiferencia como respuesta a sus saludos amables. Por eso prefería mantenerse en silencio cuando ambos coincidían en el departamento. Como esa tarde, cuando el periodista cultural esperaba a que encendiera la computadora y él se acercó para abrir el fichero y recoger los originales de Michiko para la edición especial por Navidad. La falda recta, muy ajustada, al oprimirle el culo formaba un corazón perfecto. No tenía el cuerpo de una bailarina exótica, pero tras la dieta de sopa ramen su silueta empezaba a resultar convincente en su apretado vestido de chica mágica. Mientras buceaba en los cajones inferiores, el periodista cultural no pudo evitar distraerse, como un empleado de oficina que aprecia el cuerpo de una voluptuosa secretaria.

El periodista cultural intentaba enfocarse en el artículo que empezaba a teclear. No quería parecer pedante ni abrumar al lector, pero tampoco resultar superficial. Sin saber por dónde empezar, pensó apuntar sus ideas básicas a propósito del anime que Michiko le había pedido estudiar. Luego borró las breves líneas de espuma redactadas y volvió la vista al trasero del asistente. Decidió entonces olvidar la pantalla y tomar una cinta de video. Tras insertarla en el reproductor, la televisión ofrecía los créditos iniciales de *Akira*, anime basado en el manga de Katsuhiro Otomo.

–Otomo es lo máximo –escucha decir a sus espaldas.

–¿Me estás hablando a mí?

–¿Acaso está prohibido hablar contigo? –responde el asistente.

–No quiero distraerme. Intento entender esta historia.

–¿Y qué te parece?

–El primer episodio es muy llamativo, pero el desarrollo de la historia no tiene sentido.

–Quizás sea porque se trata del primer episodio. Suele pasar. Buscan presentar al espectador su mundo y las reglas que lo rigen.

–¿Y con eso creen que lo hacen más fácil de entender?

–No podrás si no intentas antes entender lo que pasa a tu alrededor –dice el asistente.

–¿Y tú podrías explicármelo acaso?

–Pues que los héroes ya no son los protagonistas de las historias. Ellos han cedido su lugar a las personas raras, únicas. En el manga lo importante no es ya que alguien te salve, sino dejar en claro tu diferencia.

No esperaba una respuesta articulada del asistente. Y por otra parte, el periodista cultural no sabía cómo responderle a una voz tan ajena al cuerpo que la proyecta, a esos labios diseñados para envolver la voz de una niña de anime.

–Un chico que le cae agua y se convierte en mujer, por ejemplo –continuó.

–Gente rara como tú.

–Gente que se transforma cuando hay un motivo para luchar –corrigió el asistente acercándose al sillón–. ¿Puedo verlo contigo?

El periodista dio un respingo cuando el asistente no esperó su respuesta. Se acomodó en el sillón, estirando su falda sobre las rodillas.

–Debes aprender que, al inicio, todo ese mundo de superhéroes japoneses nació después de la derrota en la Segunda Guerra. Los perdedores copiaron el arquetipo del héroe del invasor –le explicó el asistente.

El periodista cultural se sentía incómodo. No solía recibir clases de un muchacho diez años menor, vestido de *Sailor Moon*. Y, sin embargo, podía estar de acuerdo con lo que iba escuchando. Entendía que entre *Ultra Siete* y

Akira la diferencia era enorme. Al paternalismo del primero se oponía la indignación del segundo. El superhéroe necesitaba su Ultraojo para adquirir su poder. *Akira* demostraba, por el contrario, que en el futuro caerían todas las máscaras. Sin embargo, si le daban a escoger, él seguía prefiriendo la época en que resultaba claro quiénes eran los héroes. Ultra Siete, Astroboy, Goldar o El Capitán Futuro no tenían dudas cuando llegaba el momento de inmolarse. Tipos con alma de samurái, con vocación de sacrificio. No entendía esos nuevos protagonistas, más sombríos y complejos, que ya no se sacrificaban tan fácilmente. Se sentía demasiado viejo para cambiar de opinión.

–La idea de que venga a salvarnos alguien fuera de nuestro mundo resulta ya obsoleta –añadió el asistente.

Los hombres se miran entre ellos. No dan crédito a las palabras de Michiko.

–¡No estarás hablando en serio! –dice él.

Pero ella no jugaba. Ese día había llegado con retraso al trabajo por reunirse previamente con un coleccionista que había aceptado comprarle la máscara. Pagaba bien. Y ella esperaba que al menos uno de ellos se decidiera a seguirla.

–He aceptado demasiados cambios en mi vida por ir detrás de ti. Pero ninguno me llevó a la cárcel. Esto es distinto –le advierte el periodista cultural.

–¡Esto no está bien! –dice su asistente, nervioso.

Para Michiko, unos meses en Tokio han bastado para darse cuenta de que toda su vida había vivido equivocada. La cultura occidental está dominada por absolutos: la pura bondad, la pura maldad. Por el contrario, ella está convencida de que el manga propone otra filosofía, donde la pureza no existe y los opuestos pueden darse de forma simultánea.

Los hombres intercambian miradas incrédulas. Michiko está convencida. Habla para ella misma, como repitiendo un plan pensado muchas veces.

–La oferta del comprador está en pie hasta esta noche. Por eso tenemos que aprovechar las próximas horas, cuando cierre la cocina y el señor Moritsugu vuelva a encerrarse en su oficina.

Él quisiera creer que es fácil eliminar el peso moral de una decisión. Que la ausencia de valores es preferible al sentimiento de culpa. Pero aun encerrado en esa cocina, a miles de kilómetros de casa, está seguro de que aún habita el territorio de la realidad.

–El mundo real no puede leerse al revés como en un manga –dice él.

–Puedes si estás decidido a ponerlo de cabeza –responde ella.

Qué iba a saber él, piensa Michiko. Solo es un fan de Ultra Siete. El admirador de un policía espacial pasado de moda.

–Eres obsoleto –afirma ella.

No importa lo que le diga, él no permitiría que Michiko siguiera con su plan. En Lima debió enfrentar a todos los acreedores de la revista por el dinero que ella se había llevado. Aún podría perdonarla por abandonarlo, pero lo que ahora propone le parece intolerable.

–Se trata de Kohji Moritsugu –reclama él–. ¡Ultra Siete es lo único que queda de nuestra inocencia!

–Escúchala, nos está ofreciendo un futuro –le dice el asistente, interponiéndose entre ambos.

–¡Cállate! ¡Tú estás aquí solo porque un día ella me convenció de que necesitábamos una secretaria para la revista!

–¿Secretaria? ¡Entré a la revista para pasar sus dibujos a tinta! ¡Tú dices que nos robó, pero todo ese dinero lo produjo ella!

No tolera aquella complicidad entre Michiko y su asistente. Siente rabia, aunque también pena, porque él había sufrido también una transformación parecida. Aunque no vistiera de muñeca manga, se sorprende de las cosas que ha hecho por ella.

–Shitade urusakushiteiru no dareda? –interrumpe el Señor Moritsugu, ajeno a lo que se trama en la cocina.

Los hombres callan. Esta vez no necesitan traducción. Pero para asegurarse, Michiko reproduce el gesto universal para guardar silencio: el índice derecho cruzando el centro de los labios.

YON KOMA

El *osoji*, o la gran limpieza, es la actividad tradicional de fin de año en Japón. Consiste en barrer concienzudamente la casa, como símbolo de purificación necesaria para comenzar el año siguiente. Por eso Michiko no soltaba la escoba ni siquiera faltando pocos minutos para la medianoche. Ella había decorado el departamento de manera típica: arreglos de bambú y pino, la cuerda sagrada *shimekazari* colgada del dintel para espantar a los malos espíritus y una ofrenda de arroz *mochi* sobre la mesa acompañada por una bandeja de naranjas para atraer a la suerte. Con la practicante y el asistente, Michiko había preparado fideos *toshikoshi*, que por siglos han simbolizado larga vida.

Desde el tercer piso del edificio se apreciaba el bajo perfil de la ciudad. Las ventanas estaban abiertas para que nada entorpeciera la visión de los fuegos artificiales. El viento inflaba la cortina, haciéndola flamear dentro de la sala. Era un movimiento hermoso y elocuente, como si en su última noche el Año Viejo se colocara el más regio de sus vestidos. Y mientras bailaba su despedida, la pirotecnia infligía al cielo heridas rojas, azules, blancas. Allá abajo, los autos detenidos disparaban sus alarmas.

En su número especial por Navidad, la revista había disparado sus ventas, cubriendo largamente sus costos y empezando a acumular ganancias. Y aunque buena parte de la inversión había corrido por cuenta del periodista cultural, Michiko había decidido guardar todo ingreso en una caja de latón con la imagen de *Sailor Moon* impresa en la cubierta.

A las doce en punto, luego de estrecharse en abrazos, Michiko, la practicante y el asistente apreciaban la noche enmarcada por la ventana,

compartiendo una mirada feliz y asombrada, como de niñas que viven un momento especial sin entender por qué la vida debe ser trozada en doce meses para tener sentido. Mientras tanto, el periodista cultural escuchaba desde su habitación los gritos felices. Quizás en algún momento saldría a saludar, pero prefería esperar que un espíritu del Año Nuevo japonés se llevara a los invasores y le devolviera a Michiko. Extrañaba a su chica mágica, pero se sentía repelido por la corte de muñecas manga formada por ella.

De pronto, por la ventana del dormitorio observó un resplandor sobre la azotea vecina. Al principio, creyó que alguien celebraba encendiendo un espectáculo de vívidos fuegos naranjas, ya más atento descubrió que las llamas no eran artificiales: se trataba de un fuego real, producido por un explosivo que, tras elevarse al cielo, había caído encendido sobre material inflamable acumulado en el techo. El periodista cultural tomó el teléfono sobre su mesa de noche para llamar a la central de bomberos, pero solo obtuvo un tono entrecortado. Cuando colgó y salió de la habitación para avisar a los demás del incendio, descubrió a Michiko bailando con el fuego frente a ella, envuelta por la cortina que flameaba, interpretando la danza de una diosa de la destrucción. Con el programa musical de la televisión japonesa como fondo, había convocado a sus chicas mágicas para practicar juntas una extraña danza, en la que Michiko flexionaba los brazos como una mantis religiosa mientras sus compañeras participaban del cortejo en el que dejarán sus cabezas, confundiendo bocas a ojos cerrados, compartiendo lenguas blandas y escurridizas que penetran y disuelven resistencias. Y tras ellas, el fuego ardiendo.

Primero se escuchó una gran explosión, seguida por un silencio denso. Una pausa de un segundo y empezó el tableteo de las ametralladoras y con ello los

gritos al interior de la residencia. Luego sobrevino una segunda explosión, aún más potente, y el fuego de los fusiles se hizo más insistente. Cuando el periodista cultural alcanzó la pantalla del televisor, detonaban las últimas cargas, más pequeñas. Eran imágenes que se repetirán sin pausa a lo largo de la tarde: en medio del tiroteo y el humo, los rehenes empezando a salir. Algunos eran llevados en camillas, otros cojeaban, el resto se deslizaba cuerpo a tierra.

El periodista cultural observaba la televisión experimentando un extraño adormecimiento. En todo este tiempo Michiko no dejaba de ignorarlo, engreída por sus chicas mágicas. Él pagaba el alquiler, él financiaba las ediciones de la revista, a él recurrían cuando había que hacerse cargo de las cuentas, pero en la convivencia en el departamento se sentía un convidado de piedra, a quien había obligación de invitar pero sin ganas de hacerlo. Por ello, al volver del diario, entraba sin saludar con una bolsa de plástico que contenía su cena y se deslizaba hasta su dormitorio. Se había dedicado a vivir escondido de ellas para no participar de sus convenciones en la sala, que funcionaba como centro de trabajo, pista de baile y centro de entretenimiento. Sufría con estoicismo la presencia de los invasores allá afuera. Para él eran seres extraños de un planeta extinto que se habían adaptado al aspecto humano.

Para distraerse, el periodista cultural pasaba horas frente al televisor masticando sándwiches fríos en silencio. Extrañaba a Michiko, pero acercarse a su grupo lo haría sentirse aún más ajeno, como un personaje recortado y luego pegado en otro contexto. Sobre un *Yon koma*, por ejemplo, tira cómica de cuatro viñetas para leer y tirar. En el periódico, mientras escuchaba las explosiones, el periodista cultural miraba su reflejo en la pantalla de su computadora aún sin encender, admitiendo lo poco relevante que se había vuelto tanto en su trabajo como en su propia vida. En la tarde del rescate, él quería reunir el valor suficiente para tocar nuevamente a Michiko y volver a

ser visible.

Esa noche, al llegar al departamento, encontró a las tres muñecas manga saltando sobre los muebles. Siempre se sintió torpe para entender juegos de chicas. Era incapaz para detectar el sentido de gestos y miradas, todas sus respuestas habían sido las incorrectas. Ellas lo miraron como si las hubiera sorprendido en una situación incómoda y él, como acostumbraba, solo atinó a llevar su comida a la habitación, desde donde podía escuchar cómo ellas retomaban la celebración del fin de una nueva edición de *¡Kawaii!*

Horas más tarde se levantó de la cama y salió al pasadizo. Se detuvo frente a la puerta entreabierta de Michiko e introdujo la cabeza. Encontró en el monitor encendido de la computadora la imagen de Akane, la protagonista de *Ranma 1/2*, como protector de pantalla. Al lado, cajas abiertas de pizza y botellas de vino junto a tres copas de cristal sobre una charola. Dormido, el asistente recostaba la cabeza en el regazo de Michiko y recibía el abrazo de la practicante. Podía ver nacer de su nariz un globo de moco que se inflaba y reducía al ritmo de su respiración.

Hay motivos por los cuales la gente decide juntarse que él no puede comprender. Solo piensa en su gradual separación de Michiko, a quien observaba casi paladeando su humillación. Al verla dormida en tal compañía, se sentía inútil, absurdo, inelegible. Ninguna relación le había hecho perder antes su independencia de juicio. Se miraba a sí mismo, por semanas fuera de la viñeta del manga que ella había dibujado para él. Se había acostumbrado a recoger del suelo las ropas del asistente, de la practicante y de Michiko en febril entrevero, imaginando a las chicas mágicas felices en su encierro. Pero entonces, como pidiendo perdón, el periodista cultural se acercó hasta ellos, llegando a colocar su rostro sobre los ojos cerrados de Michiko. Se preguntó si, al despertar, a ella le costaba despegar sus pestañas empastadas, largas y rizadas.

Le susurró al oído si lo quería. Y ella, sin despertar del todo, separó para él

un centímetro de amor entre el índice y el pulgar. Para él fue suficiente. Adhiriéndose a su espalda tibia, no necesitó decirle que haría todo lo que ella le pidiera, que aceptaría formar parte del grupo por ella construido, que lo dejaría todo por encontrar su lugar con ellos. Solo preguntó:

–¿Cómo se dice te amo en japonés?

–*Suki* –respondió Michiko.

Al día siguiente del rescate de los rehenes, la portada del periódico se había convertido en un afiche del presidente, bandera en mano, celebrando su gesta. En la foto, a lo lejos, una columna de humo se levantaba para recordar al lector los ecos de la batalla. Al periodista cultural le parecía excesivo ese triunfalismo que rezumaban las páginas que recogió de mesa de partes antes de dirigirse a su escritorio. Al interior de la edición pudo contemplar el despliegue gráfico: soldados de élite asaltando la casa del embajador japonés, la tropa saliendo de un túnel subterráneo, explosiones que abrían boquetes en el techo desde donde disparar al interior. La contraportada se enlazaba con el carácter heroico de las páginas interiores: concluido el rescate, el presidente llega a la residencia japonesa para abrazarse con los liberados. Los soldados lo aclaman.

El periodista cultural miraba todas esas imágenes como si fueran animaciones *stop motion*, absolutamente irreales, porque la única realidad que ocupaba su mente se compartía sobre el futón de Michiko. En medio de sus colegas se sentía extraño, diferente, incapaz de compartir con ellos sus actuales experiencias. Sentía una mezcla de vergüenza y curiosa alegría por volver a ser aceptado por Michiko. Un sentimiento que no se disolvió cuando el director de Informaciones le adelantó que no habría lugar para temas de cultura en la edición del día siguiente. A pesar de que el periodista cultural ya tenía definido su cuadro de comisiones, resultaba obvio que en aquel

ambiente de euforia sus temas no concitaban atención. Sobre todo cuando había llegado la confirmación esperada: todos los secuestradores habían muerto en el asalto.

Como todas las mañanas, Michiko ponía atención al correo del edificio. Le gustaba barajar la correspondencia como si fueran naipes, para luego revisar cada remitente esperando una sorpresa. Repasaba facturas ajenas y propias, recibos de servicios, el *fan mail* de la revista que aumentaba con cada edición y colaboraciones no solicitadas de lectores.

Hasta que sintió la mano temblar.

El sobre que sostenía entonces llevaba impresas siluetas de personajes clásicos del manga apuntalando el logotipo del festival. Su primer impulso fue esperar a la practicante para abrir el sobre juntas, pero la curiosidad fue más poderosa.

«*You have been accepted to participate*», atinó a leer.

La practicante llegó al departamento antes de la hora del almuerzo, trayendo noticias que Michiko fingía oír. Solo le interesaba tenerla a su lado, estableciendo con ella la misma relación que mantenía con la televisión encendida y cuyos reportes ignoraba: dos días después del rescate, el presidente recorría los ambientes interiores de la residencia del embajador japonés. Subía soberbio los escalones de una escalera de mármol, reconociendo los cadáveres a sus pies. Los cuerpos de los terroristas abatidos en el asalto no habían sido levantados para que el presidente pudiera hacer ese paseo. Después, serían apilados frente a la fachada de la casa, dentro de bolsas de polietileno, para ser entregados a un comité de la Cruz Roja.

Mientras la practicante hablaba, Michiko le maquillaba al estilo de una *Dojikko*, aquellas chicas lindas y tiernas que siempre cometen torpezas. Y así, con los ojos más grandes de lo normal por la línea gruesa del delineador, ella

seguía compartiendo su entusiasmo.

Por primera vez, poseía información que sacudiría a la opinión pública.

Días después de su liberación, dos funcionarios del consulado japonés habían tocado el timbre de la revista al final del pasillo. No se encontraba ningún redactor de planta, y solo estaba ella para recibirlos. Sentados en la sala de redacción, la practicante les sirvió café. Como no podían esperar al director, pues se encontraban de camino al aeropuerto para volar de regreso a su país, la practicante decidió sacar su grabadora.

–Vimos un asesinato –le dijeron.

Ella le relataba a Michiko cómo, según sus fuentes, pese a rendirse, un guerrillero fue abatido por un agente encapuchado. Igualmente, habían visto con vida a varios secuestradores presentados luego como bajas por la refriega.

–¿Te das cuenta? ¡Mi primera primicia! –exclamó.

El director había felicitado a la practicante frente a todos sus compañeros y ella se había sentido una verdadera periodista. Había descubierto, por fin, el sentimiento de superioridad que ventilan los colegas que cuentan con información privilegiada.

–¿Ya terminaste el artículo de *Evangelion* que te pedí? – preguntó Michiko.

La practicante la miró sorprendida. Sentía que, por fin, había escrito algo de valor, pero no había recibido de ella ningún comentario elogioso, ni un aplauso, ni un grito cómplice. Solo el pedido de un nuevo artículo como si nada de lo que le hubiera compartido fuera importante.

–La verdad es que no voy a tener tiempo. Tengo un reportaje que escribir – respondió.

Michiko evitó mostrarse furiosa. Sin embargo, nubes negras empezaban a formarse frente a sus ojos.

–¿No vas a quedarte con nosotros? –preguntó. Las nubes negras

empezaban a cargarse de electricidad.

–Debo dedicar más atención al tema de los rehenes. Siento que estamos haciendo algo importante –intenta explicar la practicante.

Michiko devolvió el maquillaje a su maleta, sin importarle haber dejado inconcluso el trabajo en su rostro. Acarició la carta de aceptación al festival en su bolsillo, sin intención de compartirla.

–¡Pero si allí solo entregas la correspondencia! –rugió.

La practicante sabía del mal genio de Michiko cuando se sentía celosa. Creyó que era cuestión de repeler su ataque, como los rayos que *Sailor Moon* detiene al cruzar sus brazos sobre el pecho. Podría haberle dicho lo cansada que estaba de sus caprichos, de su necesidad de tener a todos girando a su alrededor. Pero ya Michiko bufaba, salía a la ventana a respirar, se encerraba finalmente en su cuarto para tumbarse en su futón con la determinación de no levantarse. Furiosa también, la practicante fue al baño a quitarse el maquillaje del rostro, volvió a vestir ropa ordinaria y regresó a la revista al final del pasillo, adonde creía entonces pertenecer.

Los dibujos de Michiko cubrían el tatami como islas extrañas. Su mirada vagaba sobre ellos saltando de derecha a izquierda, para después regresar. Toda esa tarde los clavos en su brazo le habían hecho recordar el antiguo estallido. El dolor le hacía sentirse inconsistente, mantequilla cortada por una sierra de motor. A esa hora, el practicante ya se había despedido, el periodista cultural aún no volvía del periódico y la practicante no había vuelto a visitarla. Podía escuchar el zumbido del motor del refrigerador, el goteo del grifo en el lavadero, el silbido del papel cortando el aire antes de caer al piso: los nuevos dibujos que no publicará. Carentes de estructura, impredecibles, espontáneos, accidentales. Rostros de personas desconcertadas, deslizándose hacia un mundo de signos de interrogación, trazados con las líneas que

parecían cicatrices, las que aparecen cuando el dolor acompaña el dibujo. Son la revelación del ánimo que no quiere compartir, de su fracaso reunido. Solo después de que cedió el dolor en su brazo, Michiko regresó más serena a su tablero para obligar a su mano a dibujar niñas de ojos grandes, menos densas, más divertidas y sin heridas. Dibujos legibles, limpios, que nieguen el dolor. Muy *kawaii*.

El periodista cultural y Michiko estaban recostados sobre el blando futón oriental, uno al lado del otro, mientras el asistente, sentado sobre sus propias piernas, frente a ellos, los miraba en silencio. Había pasado casi una semana desde que los tres habían, de cierta forma, empezado a entenderse. Al periodista cultural aún le costaba obedecer los caprichos que Michiko proponía, pero el asistente, siempre vestido de *Mahō shōjo*, no se negaba a ninguno de sus requerimientos.

–Ven, mi chica mágica –lo llamó Michiko–. Elige al que más te guste. El asistente, avergonzado, no respondía.

–Déjalo en paz –murmuró el periodista cultural.

Como respuesta, Michiko se echó a reír y tiró de su barbilla, imprimiendo un beso fugaz en sus labios.

–Es solo para divertirnos –respondió ella–. Ven, querido, elígeme a mí. Él es muy aburrido ¿no es verdad?

Con una sonrisa, encontrándole gracia a lo que sucedía, el asistente comenzó a avanzar lentamente hacia ella, gateando. Michiko lo recibió con los brazos abiertos, victoriosa.

–¿Cuándo vas a dejar de ser tan aburrido? –le preguntó al periodista cultural.

Ella aferraba el delgado cuerpo del asistente contra el suyo, intercambiando con él besos rápidos. Entreabrió los ojos y tiró del brazo del

periodista cultural para que se uniese a ellos. Una, dos veces. En el tercer intento, clavó sus uñas en su piel hasta que por fin accedió. Poco después, las tres lenguas comenzaron a rozarse unas contra otras; los labios de uno chocaban contra los de otro en un beso compartido.

Michiko, por pura diversión, extendió las manos hasta los miembros ajenos y los masajeó mientras aún los besos recaían sobre ella.

–Estás dudando de nuevo, amor... –murmuró Michiko, y recibió un gruñido del periodista cultural a modo de respuesta. Luego se dirigió al asistente.

–Si te ordeno que te pongas en cuatro patas, ¿me obedecerás?

El asistente buscó en los ojos de Michiko una pista para entender su intención.

–Tal vez –respondió él, encogiéndose de hombros. Entonces la sintió arrodillarse sobre el futón y tomarlo por la cintura, tirando de él.

–Tal vez nada... Harás lo que te ordene –dijo ella incorporándose como una guerrera mágica.

Sonrió satisfecha al verlo apoyar las manos sobre la cama y levantar las caderas, quedando a cuatro patas entre ella y el periodista cultural. Michiko separó las piernas del asistente y deslizó entre ellas el dedo índice. Como respuesta, él empezó a jadear.

–Solo cuando te entregues así serás un verdadero guerrero –murmuró ella al periodista cultural.

Michiko introdujo delicadamente dos dedos en la boca del hombre, jugando con su lengua y disfrutó de la visión de su héroe humedeciéndolos de saliva. Mientras tanto, el asistente gemía al sentir dentro el anular que jugueteaba con él. Lo sintió contraerse.

–Está muy apretado –comentó ella riendo.

Desde su posición, el asistente podía escuchar los chasquidos de sus lenguas. Michiko montaba sobre su héroe, que no quitaba los ojos del rostro

de la mujer de mejillas coloradas y el flequillo pegado a la cara, mordiendo su labio inferior con fuerza al sentirlo en su interior. Él la penetraba poco a poco, haciéndola gritar. Todos sus músculos se contrajeron cuando el orgasmo intenso la invadió. Sus manos alcanzaron el pelo de Michiko y se aferró de él mientras su cuerpo sufría intensos espasmos, contrayendo los dedos de sus pies. Por un momento, ambos olvidaron la situación del asistente.

–Deseaba esto hace mucho –susurró ella al oído de su héroe.

El periodista cultural volvió a abrir los ojos y entonces fue él quien gimió al sentir el miembro del asistente deslizándose por su entrada, aunque sin llegar a penetrarlo. Una extraña *Mahō Shōjo* lo provocaba con caricias que le causaban escalofríos, y al agotar su paciencia lo empujó conteniéndose de golpearle en la cara.

–No vuelvas a hacerlo –le advirtió.

El asistente rió con sorna.

–Mira quién se asusta tan fácilmente –respondió.

Michiko le propinó una nalgada al periodista cultural y tiró de su brazo nuevamente, con fuerza.

–Espero que eso te enseñe a tratar a mi asistente con respeto –susurró—. Pero no tengas miedo. No se hará aquí nada que no quieras.

–¿Amigos? –preguntó el asistente sonriendo.

–No.

–No querrás que te prohíba tocarme de nuevo, ¿verdad? –preguntó ella, satisfecha al verlo responder negando con la cabeza.

El asistente tomó su rostro y le estampó un beso que para su lado sabía a victoria y del otro a burla. Al soltarlo, notó cómo su compañero resentía el contacto. Pero no respondió. Ni siquiera cuando sintió nuevos tirones del brazo por parte de Michiko, invitándolo a acurrucarse contra ella.

–¿Dormimos un poco, mi héroe? –le propuso.

Él deslizó la mano sobre su cuello mientras la besaba en la frente, ignorando al asistente que se acurrucaba del otro lado de la cama. En ese momento deseó tener el poder de Ultra Siete para reducirse de tamaño. Así podría penetrar por sus fosas nasales, llegar hasta sus pulmones y acabar con la bacteria espacial que la domina.

–Como tú quieras.

Según las encuestas, dos semanas después del rescate, la popularidad del presidente había subido 29 puntos. Debajo del titular a cinco columnas, el periodista cultural podía ver al presidente victorioso, puntero en mano, señalando una maqueta de la residencia del embajador japonés. Era una de sus repetidas performances para la prensa donde detallaba los pormenores del asalto a cargo de sus soldados de elite. Desde entonces, el presidente consolidó un lugar permanente en las portadas del diario, sin importar que su triunfo se hubiera visto empañado por las denuncias de funcionarios de la embajada japonesa sobre la ejecución de los terroristas rendidos, publicadas por una pequeña revista política. Otros medios de oposición habían hecho eco de esa noticia, pero para su periódico nada enturbiaba una operación militar perfecta.

En ese momento sonó el teléfono de su escritorio. Era la secretaria del director.

–Quiere verte, ahora –precisó.

Era la primera vez que pisaba aquella oficina. Sus pies parecían hundirse en la mullida alfombra blanca mientras se acercaba al escritorio, que destacaba como un buque encallado en medio del hielo ártico. Advirtió la vitrina repleta de trofeos oficiales y el bar surtido en el rincón. El director lo invitó con un gesto a sentarse frente a él, al lado de un anciano cuya mano estrechó con curiosidad.

–El señor aquí presente nos ha puesto una demanda por difamación –le explicó el director–. Dice que ha esperado por meses una rectificación de su parte, y no ha encontrado respuesta.

El periodista cultural recordó entonces las cartas guardadas en su biblioteca del absurdo. De pronto, el anciano sacó de un portafolio de cuero una serie de bosquejos. Cuando puso en sus manos los trabajos originales del propio Fernández obtuvo de él toda su atención.

–He venido a contarle la verdadera historia del *Retrato de la señora Luisa de Salcedo* –dijo el visitante.

Para el defensor del honor de Fernández era claro que el pintor había captado el carácter de la sutil mirada femenina. Sin embargo, a veces esa ambigüedad termina decantándose en sentidos que solo pueden comprender quienes poseen la información completa. En los bocetos de Fernández aparecían todos los detalles del cuadro: los lazos del vestido, el ramo de rosas, las manos de la mujer, el estudio de los ojos y la mirada. Y por fin, la nariz y las mejillas. En esos últimos apuntes era evidente la agresiva rosácea que se expandía sobre el rostro de la modelo: la piel inflamada, espinillas y pústulas, el conmovedor engrosamiento. En esos trabajos preparatorios, era evidente cómo el artista había disimulado aquellas zonas de piel para desaparecer el daño.

–Usted solo ha publicado majaderías –añadió el anciano–. Lo que hizo Fernández fue luchar por conservar la belleza de su modelo.

El periodista cultural observaba la dudosa nariz de la señora Luisa de Salcedo preguntándose cuántas veces él había hecho lo mismo, cuántas veces había negado la realidad en sus artículos para presentar como hermoso algo profundamente enfermo. Recién entonces entendió por qué con esa obra Fernández había conseguido la amistad y el patrocinio del cónsul peruano, el esposo de su modelo, fortaleciendo su prestigio como pintor de sociedad con muchas otras narices por retocar.

–¿Y qué espera de mí? –preguntó.

El periodista cultural miró de reojo al director, que entrelazaba los dedos de ambas manos, pasando los pulgares uno sobre otro, repetidamente. Luego de devolver los bocetos al interior de su portafolio, el anciano respondió:

–Usted cree conocer bien la obra de Evaristo Fernández, ¿verdad?

–Sí.

–Pues entonces recordará su célebre cuadro *Capitulación de Ayacucho*.

–Lo pintó a propósito del centenario de la Independencia. Después de la batalla, Bolívar con soberbia ofrece el acta de rendición al vencido virrey.

–Así es –dijo el anciano complacido–. Le propongo que haga lo mismo.

–¿Qué quiere decir?

–Que capitule.

–¿Perdón?

–¡Que renuncie, señor! –estalló el director rompiendo su silencio–. ¡Así nos ahorraremos un juicio vergonzoso!

Michiko estaba feliz. Días antes, el periodista cultural llegó al departamento con la noticia de que había sido despedido. Por fin contaría con todo su tiempo para la revista, por fin tendría toda su atención para fortalecer *¡Kawaii!* Sentía que ya había eliminado todas sus resistencias y podría disponer de él como su redactor principal. Especialmente entonces, que había eliminado a la practicante de la lista de colaboradores.

La practicante, por su parte, se había hartado del egoísmo de Michiko, de su obsesión por exigir a las personas atención exclusiva. Antes de su pelea, empezaba a decirle qué llevar en su tiempo libre, qué comer y los amigos a los que debía ver. Quizás el periodista cultural y el asistente podrían seguirle a todas partes sin murmurar, pero para ella había sido demasiado. Desde entonces, solo se encontraba con Michiko en la entrada del edificio, mientras

revisaba la correspondencia. Como ese día, compartiendo silenciosas el momento incómodo, sin cruzar palabras al discriminar los sobres llegados a sus redacciones.

Ambas emprendieron el ascenso al tercer piso, ignorándose incluso cuando las alcanzó el saludo de la vecina en el rellano de la escalera. En ese momento la mujer recibía al hombre del gas.

Allá arriba tomaron caminos opuestos. Michiko no pudo ver la mirada apenada de la practicante antes de entrar a su redacción. Era temprano y aún no llegaban sus compañeros. Puso atención en la revista de cine que destacaba en medio del correo. Protegida por una cubierta plástica transparente, la portada anunciaba los futuros estrenos de la temporada. Se preguntó si el director se molestaría si ella abría su envoltura. Lo consideraba un tipo arrogante, porque esa era la impresión que transmitía al entrar a la redacción sin saludar a nadie, deteniéndose solo para susurrar algo al jefe de redacción antes de encerrarse en su oficina. No sabía cuántos años tenía entonces y le daba un poco de temor acercársele porque, en apariencia, mostraba mal humor. Aunque podría estar equivocada. Quizás su director era solo un hombre tímido.

Por ello dudaba en abrir la revista.

Michiko volvió al departamento cuando el periodista cultural despertaba. La saludó desde su habitación, aún sin levantarse, con un largo día por delante, libre del periódico y entregado por fin a la revista. Michiko se dirigió al escritorio y encendió la computadora.

Experimentó entonces un frío incómodo, previo a la sacudida que hizo estallar los vidrios de las ventanas.

Cuando el periodista cultural salió de la habitación, encontró a Michiko llorando, arrinconada al lado de su mesa de dibujo.

–Han vuelto por mí –gritaba, frotando su brazo, el más corto.

Le cubrió el rostro con una toalla empapada para evitar respirar la densa

nube de humo que los envolvió al abrir la puerta. Tantearon las escaleras hasta dar con la salida allá abajo, donde el aire era más respirable. Aún asustada, en la vereda, la vecina parecía esperarlos, sostenida por el hombre del gas. Ni siquiera había tenido tiempo de conectar el balón a la cocina, olvidado al lado de la puerta en el segundo piso, inocente de todo.

Desde la calle, veían salir humo por la ventana de la revista del final del pasillo, y Michiko recordó a la practicante. Ella no había salido.

Entonces el periodista cultural desoyó sus gritos al ingresar resuelto en la humareda. Tras alcanzar su piso, a ciegas caminó hacia el fondo del pasadizo, mientras finísimas astillas se clavaban en sus ojos y garganta. No había puerta que le cerrara el paso a la sala de redacción. Cuando entró, un chapapote pegajoso lo fijó al suelo.

Desde allí, pudo verla.

La practicante descansaba boca abajo sobre una jalea negra. Su rostro era una cavidad cubierta por cabellos apelmazados. Los huesos expuestos de su mandíbula desnudaban el mecanismo de su sonrisa. Era imposible reconocerla más allá de su blusa blanca, minifalda y pantimedias. En esa dimensión fracturada de la realidad, brillaban para él los agujeros abiertos en el nailon que envolvía sus piernas. Sintió vértigo al acercarse a esos pozos que exponían su piel pálida, enmarcada por el tejido chamuscado. No era el morbo, sino la aguda conciencia de que un agujero podía contenerlo todo.

–¿Sabes qué? ¡Lo haré! ¡Te conseguiré la máscara y luego haremos una vida juntos! –dice su asistente.

Él lo toma de la blusa estilo marinero y lo sacude.

–¿No entiendes que te está utilizando de nuevo? –le grita con rabia.

Michiko y sus dos personalidades: la mujer de la que ambos se enamoraron y el monstruo que los convirtió en lo que son ahora. Lo sacude como si quisiera despertarlo de un sueño feliz.

–¡Date cuenta! No eres una muñeca con la que ella juega. ¡Eres un hombre!

Su compañero intenta liberarse de su presión.

–Porque soy un hombre es que hago lo que hago –responde–. Yo fui quien la convenció de traerte hasta aquí. Pensé que tú no dudarías si yo flaqueaba –confiesa.

El periodista cultural no sabe cómo responder. ¿Su compañero siempre supo dónde estaba Michiko? ¿También él era parte de esa locura?

–Fui yo el que la animó a llevarse el dinero. ¡Se lo merecía! Ella es nuestra artista, nuestra creadora...

Él lo derrumba de un puñetazo. En el suelo, sigue golpeando su rostro, como golpearía Ultra Siete al invasor, con furia y con técnica, creyendo en la justicia de sus actos. Machaca la carne hasta que escucha algo crujir y observa aparecer una grosera textura de la nariz de su compañero. Michiko intenta sujetarlo, amenazándole con llamar a la policía.

Él se detiene. Se levanta. Va sobre ella. La coge del cuello y aprieta. Descubre el miedo en sus ojos y experimenta una sensación extraña: como si

fuera uno de esos grandes robots, y ella le hubiera manejado desde la cabina instalada en su cráneo. Pero ya no. Nunca más. Le susurra al oído, tan cerca ahora, sabiendo que Michiko podría desvanecerse entre sus dedos.

–Bastaría doblarte el cuello para vencerte –le dice.

Como coletazos de un pez que se asfixia, ella golpea su rostro, pateo con fuerza contra sus piernas, busca dar con la rodilla de lleno en su ingle. Pero él, como Ultra Siete, sabe esquivar los ataques del enemigo.

–Por favor. Es solo una máscara de plástico. ¡Necesito el dinero! –grita Michiko, intentando recuperar el aliento.

–¿Y cuál es tu urgencia? Demoraste tres meses en dar señales de vida... ¿Por qué todo tiene que ser tan rápido ahora? –dice él, sin soltarla.

–Porque espero un hijo de ustedes.

TOKUSATSU

Ya no recordaba cuándo y no importaba entonces. Pero alguna vez Michiko le dijo que lo más importante en una página de manga no era el diseño del personaje, ni el impacto de la gráfica. Ella había aprendido que lo más atrayente de una página de historietas era la línea blanca entre cuadrado y cuadrado. Era allí donde operaba la imaginación, el espacio donde el lector aportaba el sentido que unía cada viñeta con la siguiente. Y ahora que lo pensaba, el periodista cultural se sentía atrapado en ese vacío, sin saber cómo continuar. Un estado de suspensión que comenzó la mañana siguiente al entierro de la practicante, cuando se dio cuenta de que, en el baño, su cepillo de dientes extrañaba al de Michiko dentro del vaso de vidrio.

Afuera, el silencio empezó a parecerle sospechoso. Salió al pasadizo, abrió su puerta y encontró el futón tendido. Se dio cuenta de los cajones de ropa abiertos.

Revisó su propia habitación. No encontró su máquina fotográfica ni su maleta, la que usaba para viajes largos.

En ese momento el asistente llamó a la puerta. Vestía entonces de traje negro, planchado e impecable, que le hizo recordar al protagonista de un manga gótico. Cuando el periodista cultural le contó lo sucedido, su compañero entró en pánico. Lo primero que pensó fue en la posibilidad de un secuestro.

–Ningún secuestrado se lleva su propia maleta –le respondió.

En su angustia, el periodista cultural no había advertido que, sobre la mesa de dibujo, Michiko había dejado una nota manuscrita. Los trazos parecían dibujados con prisa, utilizando la plumilla japonesa ideal para pintar cabello.

Decía: «No me busquen, estoy volando».

Solo entonces el periodista cultural recordó el dinero. Buscó la caja de latón de *Sailor Moon* donde Michiko guardaba los ingresos de la revista, y bastó sostenerla en sus manos para que su ligereza confirmara sus sospechas. Los ingresos de *¡Kawaii!* y el depósito de su liquidación habían sido desintegrados por un rayo disparado por algunas de esas chicas mágicas dispuestas en la vitrina de la habitación de Michiko. Una de ellas, muy ligera de ropas, parecía sacarle la lengua.

–Hay que llamar a la policía –dijo levantando el teléfono, buscando el número en el listado de urgencias adherido a la pared.

–No lo hagas –respondió el asistente, cortando la llamada.

Habían pasado semanas de eso, y el departamento seguía exactamente igual a como ella lo dejara. Las ventanas rotas por la explosión no habían sido reemplazadas, el retrato de la señora Luisa de Salcedo en versión manga seguía inclinado, el polvo acumulado en la mesa de dibujo de Michiko, tras haberse dejado de publicar la revista a causa de su ausencia y la pérdida del capital. El tema del dinero había tomado dimensiones alarmantes: tarjetas de crédito impagas, cartas de cobranza acumulándose, su nombre en listados de morosidad. El periodista cultural había dejado de abrir las puertas para mantenerse a distancia de una multitud de acreedores, pues a la deuda con la imprenta se sumaban las cuotas impagas del préstamo del banco, el alquiler del departamento, los compromisos no cumplidos con el distribuidor y el embargo a sus cuentas dispuesto por la oficina de recaudación tributaria.

Cuando escuchó el timbre, recordó el sonido del rayo de Ultra Siete disparado desde su frente. Dudó si sacar la cabeza por la ventana o responder a través del intercomunicador instalado en la cocina.

A veces tocaba la puerta la policía para investigar la muerte de la practicante, formulando preguntas que parecían enfocadas más bien en conocer la identidad de los otros redactores de la revista. Aunque el número

siguiente titulaba «¡No nos callarán!» en grandes caracteres bajo la fotografía de su cuerpo arrasado por un sobre bomba, la revista dejó de salir poco después. El local al fondo del pasillo tampoco fue reconstruido tras la explosión.

Abajo, un hombre esperaba tras la reja del edificio, a un lado del intercomunicador.

–¿Qué busca? –gritó desde la ventana.

–Tiene correspondencia.

–Déjela en el buzón, por favor –dijo él.

–Es correo certificado. Debe firmar –respondió el mensajero.

Bajó las escaleras con el cuidado que pone la presa para sortear a los depredadores. Fue una sorpresa pisar la calle y encandilarse con ese mediodía limpio que provocaba volver la cara al cielo. Al llegar a la reja, el mensajero le extendió un registro que él firmó automáticamente. Luego lo vio alejarse. Observó el sobre que sostenía en su mano, la delicada caligrafía del remitente y dibujos de manga decorando el papel.

Dudó sobre qué cosa era peor, otra notificación de desahucio o una carta de Michiko. El periodista cultural apreciaba los personajes impresos en el sobre y pensó en lo fácil que resultaba entender sus códigos: las gotas de sudor en la frente muestran la ansiedad del protagonista, sombras rayadas en el rostro revelan sobresalto, venas que sobresalen del cuello en forma de X indican ira. En los globos de diálogos, si el contorno tiene líneas irregulares es porque el personaje está disgustado. Si se aprecian círculos pequeños flotando en el aire, se alcanza a entender sus pensamientos. Y estará hablando a gritos si estalla en líneas de zigzag. Michiko le enseñó que el manga es la posibilidad de contemplar la realidad sin prejuicios. Historias que se leen de atrás para adelante y nada es lo que parece ser, donde los hombres pueden ser mujeres encubiertas y las mujeres un estereotipo contradictoriamente original. La gente real, por el contrario, es ilegible. Es entonces que ocurren

los malentendidos: creer que se conoce a la mujer que ama y, de pronto, descubrir que se trataba de una total desconocida.

El periodista cultural estudiaba el sobre como un objeto extraño, casi extraterrestre. Ver su letra manuscrita en el remitente le robaba las fuerzas al subir las escaleras. En el segundo descanso, la presencia de la vecina lo sorprendió. Por primera vez la veía feliz.

–¿Sabes que por fin encontraron mi auto? –comentó.

Le escuchó contar emocionada sobre la visita de una agente de tránsito, quien le informó que su vehículo había permanecido abandonado casi un año en la playa de estacionamiento de un supermercado, en el mismo lugar donde ella lo había olvidado. Una empleada de la tienda había puesto la denuncia días después, pero los policías dejaron pasar algún tiempo antes de revisar la placa, investigar si se había reportado un robo y, por fin, buscar a la propietaria. Afortunadamente, el auto se mantenía cerrado y bien conservado, a excepción de la mugre acumulada y la necesidad de recargar la batería.

–La felicito señora –respondió intentando ser cortés.

Continuó el ascenso por la escalera hasta volver al departamento y refugiarse en un rincón al lado de la ventana.

Un hombre no podía vivir así, pensaba, pero él había dejado de serlo. Sentía ser parte de un mundo invadido por seres de apariencia humana, pero que constituían armas de destrucción masiva. Quizás él también era uno de ellos, pues el abandono de Michiko lo había convertido en un organismo cibernético, un recipiente de circuitos que había regresado de la batalla desarmado, sin nada más que detonar. Empezaba a pensar que su relación con Michiko era la misma que la de K ji Kabuto frente a los controles de *Mazinger Z*. Era ella quien seguía operando dentro de su cabeza. Llegaría el momento en que tendría que salir de allí, pensaba, pero el mundo exterior había dejado de interesarle.

Por fin, rasgó el sobre.

Encontró dentro una postal que reproducía el célebre *Retrato de Madame de Pompadour*, la obra maestra del pintor francés Francois Boucher. El periodista cultural sostenía la cartulina como si temiera que empezara a arder en sus dedos.

Leyó entonces la letra pequeña y apretujada en el reverso.

«Mi héroe.

Sí, lo sé. Debes odiarme por haber demorado tanto en volver a ti. Imagino que no lo has tenido fácil en este tiempo...».

A veces entraba a la habitación de Michiko para arrojarle sobre su futón, esperando que las sábanas se entibiaran, imaginando que ella estaba aún a su lado. Volvió entonces a ese espacio para leer el resto de la postal, rodeado por una colección de figuras de acción tan abandonadas como él. Salvo el dinero, algo de ropa y sus originales, ella se había desprendido de todo.

Buscando pistas sobre su paradero, el periodista cultural había encontrado en su mesa de dibujo, separadas en un grueso folder, páginas pobladas por niñas extrañas, salidas de un mundo donde la angustia era narrada sin palabras y las líneas del dibujo semejaban cicatrices. En la siguiente hoja, un presidente sube las escaleras observando una masa informe de cadáveres; luego ilustra la historia de un mendigo que mutaba en profeta, y la de dos niñas que devoraban al perro que minutos antes les había ladrado. Michiko había abandonado también apuntes rápidos en los que retrataba a la practicante y al asistente envueltos en sábanas resueltas con líneas suaves y curvas. Los había transformado en aguerridas *Tsundere*, el estereotipo de las chicas agresivas e inconformes, pero que a la vez siguen los dictados de su corazón. También encontró los bocetos en los que el asistente posaba para ella, como si Michiko lo hubiera convertido en una proyección corregida de sí misma, perfecta y simétrica, sin fracturas ni cicatrices. Y al final de los dibujos rechazados por ella, una historieta inconclusa sobre un hombre en

actitud vencida que observa por la televisión viejos episodios de *Ultra Siete*. El periodista cultural leyó todos esos fragmentos como partes de un todo que repetía en diferente escala la estructura de esos meses compartidos en el departamento. Eran mangas de un horror macabro que no le conocía, pero que ilustraban con lucidez lo que había sucedido con su vida: él, caído en el agujero negro, preso en una especie de juego óptico, ampliado y proyectado en esas tintas negras.

Siguió leyendo: «Sentí que tenía frente a mí una oportunidad y la tomé. Estaba harta de lo limitado que es hacer manga en este país, donde no hay futuro, donde todo estalla. ¿Una se convierte en la mala de la historia por querer alcanzar sus sueños?»

Como el asistente, el periodista cultural creía haberse convertido también en un personaje de historieta. Podría incluso definir su género: un *harem manga*, la historia de un hombre sin atributos, haciendo vida en común con mujeres encantadoras, alocadas y distintas entre sí. Eso es lo que queda de él cuando ya nada queda: un estereotipo. Pensaba en ello la noche siguiente a la partida de Michiko, cuando encontró al asistente metido en su cama, llenando las formas de un camisón de *Hello Kitty*, con los ojos demasiado irritados para llevar maquillaje. En la penumbra, lo observó como quien presta atención a un espejo distorsionado.

–Michiko ya no está. No tengo por qué soportarte en mi casa –le dijo.

El asistente no protestó. Se vistió en silencio. Ya entonces la ropa masculina parecía un disfraz sobre él.

«Pero no será esta postal el medio por el que te pediré que me perdones. He decidido reunir el valor de pedírtelo mirándote a los ojos».

En el interior del sobre encontró un boleto de avión. Le tomó unos momentos entender el sorprendente destino.

La madrugada siguiente al entierro de la practicante, Michiko se levantó de su futón y se acercó a la ventana. Vio el taxi estacionarse en la esquina de su calle. La agencia no la llamó por teléfono ni el chofer tocó el claxon, tal como ella había instruido. Volvió a su dormitorio y observó dormido al periodista cultural. Levantó luego la maleta que había preparado en silencio. Tomó su portafolio con los trabajos más *kawaii* que había elegido. Sus cariñosas muñecas *dandere* y muchas *Mahō shōjo* capaces de transformarlo todo. Los otros, sus trabajos *kimokawaii*, fueron abandonados sin más. Como si su brazo más corto no hubiera querido hacer el esfuerzo de alcanzarlos. Como si no quisiera mostrarle a nadie más sus cicatrices y olvidar el eterno retorno del dolor en los huesos. Sabe que la apariencia no engaña, pero esta vez no quería reconocerlo. Luego cerró la puerta del departamento suavemente.

Su cerebro no registró imágenes desde que abordó el *remisse* hasta que llegó al aeropuerto. La bruma era densa, una capa espesa le impedía ver más allá de las fachadas cercanas, como si no existiera nada delante. En su cabeza solo giraba la cinta sin fin de sueños iluminados por luces de semáforos a lo largo del trayecto. Al llegar a la terminal internacional, siguiendo el dictado de una programación automática, facturó su equipaje, pasó el control migratorio y buscó en el panel la confirmación de su vuelo. Encontró su sala de embarque y al sentarse a esperar intentó no sentirse culpable, mientras frotaba su brazo derecho para disolver el dolor que la había sorprendido al tirar de la maleta. La practicante había muerto días antes y allí estaba ella, preparada para hacer el viaje que le había prometido.

El anuncio del embarque la devolvió a la realidad. Cargó su equipaje de mano y se sumó a la cola de pasajeros que esperaba por la última revisión de boletos antes de subir al avión. Michiko había pedido su asiento al lado de la ventanilla y, poco después de colocarse el cinturón, se sentó a su derecha una mujer producida, de aquellas que no existen en estado natural. Lo que ella

podía llamar una *Yamato Nadeshiko*: imagen de carátula, rostro luminoso, ojos delineados por un mangaka especializado en chicas adolescentes. Para Michiko su belleza le resultaba intolerable, por lo que se replegó mirando la sección de la pista enmarcada por su ventanilla.

La mujer activó un celular tan de diseño como ella, y hablaba en tan alta voz que a Michiko no le costó oír su parte en la conversación:

–Quiero saber si estarás allí cuando llegue –dijo, rompiendo el ronquido al otro lado de la línea.

Repitió varias veces la pregunta, cada vez con menos aplomo, hasta que una aeromoza le advirtió que las puertas del avión habían sido cerradas y que debía apagarse todo aparato electrónico. Ella concluyó su llamada con un triste y delicado *click*. El avión empezó a moverse dirigiéndose a la pista. Luego empezó a correr. Tras despegar, remontó el vuelo como Astroboy. Poco después las aeromozas repartieron gaseosas. Más tarde, pidieron elegir entre la pasta con carne o el guisado de pollo del menú. Había pan y galletas de canela como extras. En todo ese tiempo, Michiko no había sentido a su vecina de al lado estirar sus brazos, ni recibir algún líquido, ni probar su comida. Ni siquiera había cogido la manida revista de la aerolínea frente a ella. Imaginó que esa debía ser la actitud de toda diva a la que la clase económica le resulta demasiado estrecha. No la sintió en todo el vuelo, ni siquiera al aterrizar. Al abrirse las puertas del avión, los viajeros se levantaron en orden, formando una discreta procesión. Sin embargo, la mujer a su lado no mostró intención de moverse. Michiko se atrevió a dirigirle la palabra, pero ella continuó estática. Por fin, posó sus dedos en uno de sus hombros y con la delicadeza de una restauradora de arte la sacudió para sacarla del trance. El cuerpo de la mujer se desplomó contra el pasillo, como un maniquí que se rompe al golpear el suelo, dejando visibles sus articulaciones. La perfecta modelo le dejaba ver entonces sus piernas abiertas, exponiendo su interior de fina lencería, mientras le miraba sin ver.

–¿Hay un doctor en el avión? –gritó Michiko entre el centenar de asientos ya vacíos.

Desde el fondo se acercó una azafata con gesto aburrido, que al contemplar a la muñeca rota pidió explicaciones. Michiko no supo qué decir. Ni entonces, ni al abandonar el avión, ni al abordar su conexión, ni en el resto de su travesía volando sobre el océano. Solo observó en silencio la llegada de la ambulancia, los paramédicos ingresando al avión y la modelo animándose bruscamente, con una serie de espasmos, que obligaron a sujetar sus miembros a la camilla. Intentó encontrar ella misma una respuesta, pero solo se le ocurría pensar que aquella chica de belleza insoportable, tras saberse sola después de sus llamadas telefónicas, había vuelto a su condición de maniquí. Totalmente desmontable.

Antes de pasar el control de migraciones buscó entre sus papeles la dirección de su hotel y la transcribió con rapidez en la tarjeta que entregó insertada en su pasaporte. Tras su cabina de cristal, la agente le pidió colocar las puntas de sus dedos sobre un escáner que capturó sus huellas. Michiko miró sus uñas multicolores. Lamentó que al tirar de su equipaje en algunas se hubiera despostillado el esmalte.

–Reason for your visit?

–I come here to participate in the Manga Convention.

–Kawaii! –respondió cómplice la agente devolviéndole el pasaporte.

Antes de recoger la maleta de la cinta transportadora, Michiko miraba asombrada las instalaciones del aeropuerto. Nunca antes había visto pantallas de televisión del tamaño de toda una pared, ni senderos de cristal que recorría con miedo de perder el ritmo del pelotón de viajeros que ella perseguía para alcanzar la salida. Toda la publicidad que iluminaba su camino llevaba enormes caracteres que no comprendía. Había avisos de joyerías con espacio

solo para el enorme rostro de la modelo. También carteles de perfumerías donde otra mujer sonreía acercando el envase al nivel de sus ojos. Y otros de chocolaterías en los que la modelo se llevaba una enorme barra a los labios. Toda publicidad resultaba tan obvia, tan ingenua, que resultaba divertida. Mientras recorría los pasadizos del aeropuerto, la saludaban muchachas de su edad que advertían el dibujo de su camiseta. Todas vestían el mismo código, llevar estampada una muñeca manga era parte de un lenguaje común: todos habían emprendido un largo viaje para coincidir en el *Tokyo Kokusai Tenjijo*, la sede del Festival de Manga y Anime.

Michiko seguía los íconos que la conducían a la estación del tren. Como lo había aprendido revisando la página web del aeropuerto, compró su boleto del *Shinkansen*, que la llevaría en poco tiempo a la Estación Central. Solo debía seguir la procesión de viajeros por el camino marcado con una línea amarilla continua sobre el piso. El tren esperaba por ella, y ella subió, fascinada, como si hubiera sido abducida por extraterrestres amables. Al tomar su lugar al lado de la ventanilla, cabeceó contra el cristal. El cansancio de tantas horas de viaje empezaba a manifestarse. Temió quedarse dormida y perder su estación, por lo que se dedicó a observar a los pasajeros: la mayoría de ellos leía en silencio revistas de manga, gruesas como tabiques.

El tren empezó a moverse.

Un controlador llegó a su asiento para pedirle su boleto. Al revisarlo, intentó hacerse entender en un inglés que Michiko no podía decodificar. Le tomó trabajo, pero finalmente el hombre logró explicarle por señas que se había equivocado de vagón. Por error, Michiko había subido al cómodo coche ejecutivo, mientras su billete le asignaba el de clase turista. El controlador no la reprendió, más bien se ofreció a llevarla él mismo, como si temiera que pudiera perderse. Cada vez que cambiaban de vagón, volteaba a mirarla y le hacía una pequeña reverencia, sonriendo. Fueron en total cinco reverencias y cinco sonrisas hechas por alguien que miraba con confianza a

los ojos de una desconocida.

Entonces Michiko se ubicó en el asiento correcto. No había cambiado mucho el ambiente: gente igualmente silenciosa, igualmente lectora. Escuchó cómo un turista era reprendido por reírse demasiado fuerte. Al llegar a la Estación Central, Michiko seguía tirando de su equipaje con su brazo sano, buscando la conexión con la red del metro. Le resultaba difícil aislar los nombres en inglés en su mapa repleto de caracteres nipones. Subió y bajó por escaleras eléctricas que trasladaban ejércitos de gente silenciosa. Muchas de las mujeres llevaban el rostro cubierto con una mascarilla. Le tomó tiempo encontrar su estación, perdida entre los distintos niveles de aquel tejido de rieles y pasadizos. Al llegar a su andén, esperó. Un cartel en lo alto anunciaba tanto en japonés como en inglés que estaba prohibido saltar a las vías.

Intentó descansar en medio del ruido y de la multitud en hora punta. Sentía el brazo derecho atravesado por espinas y, mientras lo frotaba, iba observando cómo los funcionarios del metro empujaban a la gente hacia dentro del vagón para que las puertas pudieran cerrarse. Había escuchado hablar sobre los *Oshiya*, pero recién podía verlos en acción. Pasada la hora punta, cuando los vio retirarse, Michiko se animó a tirar de la maleta y entrar en un vagón con asientos libres. Contó las paradas para alcanzar sin equivocarse la estación *Shibuku* y esperó mirando la publicidad en las pantallas dispuestas sobre cada puerta del vagón. El rostro serio de un cirujano plástico mostraba el proceso por el que podía hacer más redonda la mirada de sus pacientes. También ofrecía terapias para aclarar la piel.

Michiko escucha la voz grabada por el altavoz y entendió que había llegado a su estación. Se guió por las flechas y los letreros en inglés para salir a la superficie, donde los carteles de neón brillaban bajo una cubierta de nieve. Abrió su maleta en medio de la calle para tomar de ella su abrigo color rosa, creyendo que el forro de felpa le protegería del frío, pero debió ajustar el cuello con sus manos para no congelarse la garganta. De su boca

escapaban columnas de aliento como largas fumarolas.

Lo primero que le llamó la atención fueron los grandes y coloridos carteles de neón. Sintió, por fin, que se desplazaba por la arquitectura de las páginas de un manga. Esperaba escuchar el bullicio electrónico que hacía famosa a la ciudad, pero la nieve parecía absorber los ruidos, mientras pisaba el barro formado por el hielo derretido y arenisca arrojada sobre la vereda para evitar deslizamientos. Agotada por el viaje y el peso de su maleta, incapaz de comprender los nombres de las calles, no sabía si iba o si venía. Le preguntó a una mujer que pasaba con prisa a su lado, y esta tomó el papel con la dirección escrita. La mujer intentó comunicarse, pero al comprender que era inútil, tomó su mano, haciéndole un gesto para que la acompañase. Cruzaron la avenida principal y al toparse con un *homeless* que arrastraba un cargamento de botellas de plástico, la mujer se colocó delante de Michiko para protegerla. Ingresaron a un laberinto de calles estrechas que acogían un mercado de comidas, cuyos edificios deteriorados se escondían tras carteles luminosos que parecían nuevos. Reconoció el olor penetrante de langostinos fritos, patos horneados y bollos de arroz humeantes que los comensales masticaban en silencio. Un puesto ofrecía bolsas de caballitos de mar deshidratados. Otro vendía dulces y pasteles de piña.

Entonces la mujer le mostró la estrecha fachada de su alojamiento, inadvertida entre edificios de mayor tamaño. Michiko le dedicó una reverencia de despedida, pero ella ni siquiera esperó su agradecimiento, alejándose con la misma prisa que llevaba al inicio.

Dejó caer su maleta en el *lobby*. A causa del frío, el dolor había paralizado su brazo más corto. La muchacha de recepción le sonrió saludándole en un correcto inglés, y al entregarle el registro le señaló dónde debía firmar. Por fin, le entregó la tarjeta magnética con la que abriría la puerta de su habitación junto con una bolsa con material impreso del festival.

Michiko ingresó a un elevador que permitía la entrada a solo dos personas

delgadas. Un cartel prohibía hablar en su interior para evitar la propagación de la gripe aviar.

Allá arriba, encontró una habitación sobria, con un futón para dormir y una mesita de té al centro. El armario de puertas corredizas escondía una pequeña caja fuerte y la nevera vacía. La calefacción era ruidosa. No había sillas, solo cojines para recostarse en el suelo. Un televisor de pantalla gigante colgaba de la pared. Nunca había visto uno tan grande y delgado. Michiko se acercó a la ventana y miró el paisaje. Podía ver el metro correr por una línea elevada, altos edificios a lo lejos, un cartel enorme de un modelo de ojos occidentales mostrando un reloj resistente al agua. La densa ventisca de nieve golpeaba su ventana.

Se sentó sobre el futón y esparció el contenido de la bolsa del festival. Encontró una revista con reseñas de los artistas invitados, una guía detallada de los eventos, un disco compacto con avances de nuevas temporadas de series de anime, además de postales, libretas, lapiceros y un resaltador con el que, recostada en la cama, destacó la cita a la que debía asistir al día siguiente. Luego se descalzó recordando que debía haberlo hecho antes de entrar a la habitación. Minutos después, cayó fulminada por el sueño.

El periodista cultural aún no suelta su cuello. La noticia, más que frenarlo, lo pone aún más furioso. Ahora necesita apretar, humillar, sentirla completamente a su merced. Las preguntas en su cabeza se multiplican. Ella era su mahō shōjo, la chica mágica que lucha contra el mal con el poder del amor. Pero entiende su error. En realidad, su único poder es la capacidad de sobrevivir engañando a los demás.

–No podía contarte mi plan sin verte. Tenía que mirarte a la cara –dice Michiko con un hilo de voz.

Por fin, afloja sus dedos. Ella toma aire urgente.

–Los conozco bien, pero no lo suficiente como para saber quién de ustedes tendría el valor de robar por mí –dice recuperando el aliento.

El asistente se ha puesto de pie. Encuentra en la mesa de lavado el wok con el que jugaba a ser una geisha y con él se lanza para golpearlo con todas sus fuerzas en la cabeza. Luego de verlo caer al suelo, busca a Michiko, que se había refugiado tras una de las patas de la mesa.

El periodista cultural no había perdido la conciencia, pero aún no puede levantarse. Se toca la cabeza y mira su mano cubierta de sangre.

En la acción del manga no existe velocidad media. Las cosas pasan o muy rápido, como en el tren bala, o muy lentamente, como las lágrimas que inundan los ojos de la muchacha. Entonces no le sorprende ver al asistente parado frente a él, hablándole sin que él pueda entenderlo. Solo percibe un zumbido de abejas que parecen instaladas dentro de su cabeza. La mirada subrayada por el delineador del hombre que tiene al frente está llena de furia, como en el más violento de los animes.

–¡Hace años que Ultra Siete volvió a su planeta! ¡Olvídalo y deja que todo vuelva a ser como antes! O mejor aún: criando los tres a nuestro hijo –le dice.

Como única respuesta a sus palabras, él recoge el cuchillo del piso y lo clava en la pierna del asistente, justo por debajo del dobladillo de su falda a cuadros.

El enemigo ha caído después de soltar un grito.

El periodista cultural no siente miedo, no tiembla entonces. No experimenta compasión al momento de la siguiente cuchillada. Mientras, replegada tras la pata derecha de la mesa, adoptando una posición fetal, Michiko lo observa temerosa. Debería haber gritado, pero no puede vencer el pánico que la inmoviliza.

–Doushite sonna urusainoka setumei shitehoshii!

La voz del señor Moritsugu interrumpe la escena, pero es tarde: ya no es él quien tiene el poder. Sin embargo, Michiko, sobrecogida, mecánicamente traduce la orden:

–El señor Moritsugu exige que le expliquemos por qué hacemos tanto ruido.

En el último capítulo de la serie, el superior de los observadores espaciales se apareció ante un Ultra Siete a punto de consumir la energía de su fuente de poder. Sus órdenes eran claras: debía regresar a casa, a Nébula M-78. De lo contrario, de seguir peleando, moriría por agotamiento. Sin embargo, antes de partir, la tierra fue invadida por la especie más audaz y destructiva, los Guts-Seijin, que empezaban a arrasar las ciudades más importantes. Luego de revelarles su identidad a Anne, Dan Moroboshi se transformó en Ultra Siete por última vez, pero los alienígenas habían descubierto los puntos débiles del héroe. El periodista cultural aún recuerda la imagen de Ultra Siete crucificado sobre un par de vigas de energía sobre el cielo de Tokio, de las que se liberará gracias a la ayuda del escuadrón

Ultra, con quienes vencerá finalmente a los invasores.

Él piensa que todos deberían tener un planeta donde volver, un lugar que reciba al guerrero agotado después de tantas batallas. Pero antes debe enfrentar el último sacrificio. Muchas veces el heroísmo viene acompañado, lo descubre ahora, de desesperación.

Con el asistente fuera de combate, se dirige hacia Michiko.

–Tú solo dile que hacemos lo mismo que Ultra Siete. Destruir a los monstruos.

MANGAKA

Despertó con la urgente necesidad de volcarlo todo. Abrazada de la taza del wáter, el vómito la sacudía como si convulsionara. Pensó que necesitaría ir al médico para saber a qué se debía el dolor que sentía en el lado derecho del abdomen. Se preguntaba qué órgano se ubicaría en ese espacio, e imaginaba cómo compartirlo con un médico que no comprendiera su idioma. Cómo explicarle que su cuerpo empezaba a transformarse desde dentro, que sentía mutar en una criatura diferente.

Programado como un despertador, el televisor se encendió con la señal de un canal de video clips. Ella no podía verlo, pero escuchaba las voces de los jóvenes cantantes pop cantándole en coro al amor. Chicos sin imperfecciones en la piel, llevando peinados que ella podría replicar sobre el papel con su plumilla *umamaru*. Cuando pudo levantarse, Michiko entró en la ducha. Dentro de ella intentó forzar unos pasos de baile para mejorar el ánimo, pero temió resbalarse y se dejó disolver en agua caliente.

Al salir del baño, el bloque musical había terminado. Secándose el pelo con la única toalla ofrecida por el hotel, observaba a la narradora de noticias. Luego se sucedían imágenes de un adolescente de catorce años detenido tras decapitar a un amigo de barrio. Había puesto la cabeza en una caja con una nota amenazante dentro de su boca. Luego entró la tanda comercial.

Michiko encontraba divertido lo cursi de esos avisos, con las mismas modelos sobreactuando su satisfacción post compra. Las veía llevarse las manos a la cara y sonreír. Ella se miró al espejo e intentó repetir el gesto. Pero era más difícil de lo que parecía. Volvió el noticiero para informar que, en Okinawa, una niña japonesa sin motivo aparente había asesinado a su

compañera de clase en uno de los baños de la escuela, rebanándole el cuello con una cuchilla. Luego regresó al salón con su uniforme *sailor fuku* con salpicaduras de sangre.

Mientras Michiko escogía su ropa, la conductora del noticiero enlazó con la reportera que transmitía desde el *Tokyo Kokusai Tenjijo*. Las imágenes eran elocuentes: el centro de convenciones más grande de la ciudad estaba listo para recibir a miles de visitantes. Ella observaba en la pantalla largas colas de jóvenes formadas desde temprano, y pensó si aún con el gafete prendido de su pecho estaría obligada a sumarse a esa formación. Miró cómo vestían las chicas y decidió llevar zapatos de bajo tacón, falda y una blusa de algodón para pasar desapercibida.

Timbró entonces el teléfono. La llamada de recepción le anunció la llegada de su guía.

El festival ponía a disposición de cada uno de sus visitantes internacionales un acompañante con quien recorrer por un día la ciudad. Eran en su mayoría estudiantes de idiomas, se presentaban como voluntarios para hacer conocer al participante los lugares más populares. A Michiko le hubiera gustado desayunar pan de melón, *onigiri* y *dorayaki*, pero se le había acabado el tiempo. Escogió una blusa de mangas largas para ocultar sus cicatrices. Abrió el grifo para llenarse la boca de agua, enjuagó y escupió. Antes de meter la cámara en la mochila, se miró el rostro en el espejo, limpio de maquillaje. Se sentía desnuda.

En el *lobby* la vio agitar las pulseras de su brazo para llamar su atención. Al acercarse, advirtió sus orejas perforadas por varios pendientes. La saludó con una suave reverencia y se sorprendió al mirarla a los ojos. Llevaba unas lentillas que fusionaban el iris con la pupila, además de regalarle el brillo típico del protagonista de un anime. Su piel blanca contrastaba con los mechones naranjas de su pelo. Antes de presentarse, la muchacha le entregó un obsequio. Michiko abrió la caja y encontró un conejito tejido.

–*Kawaii!* –dijo.

–Espero que le guste. Me llamo Naoko.

–Mis amigos me llaman Michiko.

Para invitarla a salir, su guía extendió una mano que remataba en unas largas uñas con motivos en relieve.

Haber olvidado la protección de un té caliente hizo que Michiko sintiera el golpe helado del viento de la mañana. Su casaca con forro de felpa no le protegía tanto como el abrigo sintético amarillo que envolvía a su compañera. Antes de llegar a la estación de taxis, con un español de reducido vocabulario y caprichosa sintaxis, Naoko le exponía el plan del paseo: visitar los principales lugares de interés de la ciudad y, por la tarde, asistir a su entrevista en el festival. Al atravesar el parque público, caminando por un sendero de losas de piedra, Michiko admiraba cuchillos de hielo colgando de las ramas de los árboles. Sacó su cámara de fotos y disparó encuadrando una vista del sendero. A lo lejos, escuchó por primera vez el graznido de un cuervo.

–Es graciosa su cámara. Muy antigua –dice Naoko–. ¿Quiere que le tome?

De pronto su guía sacó una cámara extremadamente delgada que al encenderla desplegó un lente telescópico. Por una pantalla, ella pudo ver a Michiko, avergonzada con su anacrónica caja oscura entre las manos, intentando sonreír a su primer retrato digital. Después del *click*, continuaron el camino.

Debía caminar más lento para no dejar atrás a Naoko, cuyos pasos eran más cortos, como de niña. Apreció entonces la extraña posición de sus piernas al caminar, dirigiendo hacia dentro las puntas de sus pies.

Al salir del parque tomaron un taxi. Para Michiko era un lujo que no podía permitirse, pero pensó que al día siguiente lo compensaría saltándose el almuerzo para equilibrar el gasto. Luego de recorrer la *ikebukurosen*, un lazo de cemento que serpenteaba sobre los tejados planos de la ciudad, se

dirigieron a *Harajuku*, un distrito situado en la parte oeste, famoso por sus tiendas de ropa de inspiración gótica o victoriana. Allí su guía la llevó a ver tiendas de botas, bolsos de diseño y mochilas. Le sorprendió ver que las principales modelos en los carteles de las tiendas no eran mujeres reales, sino chicas manga anunciando los productos. Antes de cruzar la calle, pudo ver la publicidad sobre la carrocería de un autobús: un largo cartel contratado por una clínica de cirugía plástica, en el que mostraba el antes y el después de una joven japonesa típica sometida al bisturí para lograr ojos más abiertos. «No lo pienses. Hazlo», tradujo el slogan del inglés.

A media mañana, después del paseo, se detuvieron en un *Hello Kitty Kitchen Dining*, local que imitaba el estilo de una mansión inglesa, incluyendo una terraza con jardín, con una paleta de color que incluía solo variantes del rosa. Para entrar en calor, pidieron un té a una mesera vestida como mucama francesa, una adolescente con microfalda rosada de encaje, medias blancas de blondas, generoso escote y coquetas orejitas de gata prendidas en la cabeza. Michiko pidió además un pedazo de torta, pero la muchacha rió cubriéndose la boca, sin entender una palabra. Su traductora tuvo que ayudarla. La mesera tomó el pedido, dio media vuelta y se alejó pegando pequeños brincos.

Mientras esperaban el té, Michiko se puso a observar a las personas a su alrededor. Bajo el techo rosa, sentados en amplios sillones también rosa con forma de gata, jóvenes japoneses vestidos de saco y corbata leían el diario frente a sus mesitas de marmolina, acostumbrados al taconeo de las camareras que pasaban a su lado. Más allá, un grupo de universitarios cantaba el *Happy Birthday* a una compañera de estudios que llevaba un gorro rosa de *Hello Kitty*. Al frente, una mujer con sombrero dejaba enfriar su pequeña taza rosa de café, mirando pensativa por la ventana. Al lado, un hombre apoyaba la cabeza en el regazo de una muchacha, mientras ella limpiaba uno de sus oídos con un hisopo. Pronto la mesera regresó trayendo

el té y sirvió el resto del pedido en pequeños platitos de juguete.

Por el ventanal, Michiko vio caminar a una joven madre, cargando sus bolsas de compras. Paquetes de brillo plástico que llevan imágenes de sonrientes muñecas manga. Unos pasos detrás, su hija pequeña la seguía de cerca, sin nada que llevar. La mujer se dirigía al estacionamiento sin percatarse que la niña había detenido sus pasos, atraída por la gran vitrina de una tienda. Quieta frente al escaparate, la niña apreciaba absorta los maniqués vestidos como Lolitas. Cruzada de piernas, una muñeca casi humana ofrecía una mirada distraída y distante. Otra, igualmente petrificada, se contemplaba lánguida en un espejo, mientras la tercera sostenía un pequeño dispositivo en sus dedos contraídos. Fijas a su pedestal, ninguna sonreía. La niña no quitaba su mirada de ellas. Arqueando sus muñecas, quebrando la cintura, fijando las piernas en la pose recién aprendida, la niña iba imitando la pose de cada una de ellas. De pronto, abandonó su imitación y su cuerpo volvió a pertenecerle. La forma tan melancólica en la que observaba a las maniqués le hizo creer a Michiko que algo se había roto en su ilusión. Poco después apareció su madre para tomarla con fuerza del brazo, furiosa por haberse perdido de su vista. La niña decidió adoptar la naturaleza plástica de las modelos que tenía delante y protestaba manteniéndose tan rígida como ellas. Vencida, la mujer dejó de arrastrarla como un mueble para llevarla en brazos al auto. Michiko había terminado su té. Sin saber por qué, se puso a lagrimear.

–¿Pasa algo? –preguntó su guía.

–Nada importante –respondió Michiko–. ¿Nos vamos?

La torre de conferencias del *Tokyo Kokusai Tenjijo*, en forma de cuatro pirámides invertidas, destacaba por sobre el resto de edificios que se levantaban en la bahía. Para Michiko era el fin de un largo viaje, una especie

de oráculo donde encontrar la respuesta que buscaba.

–Es un año triste para el festival –le advirtió Naoko.

Una semana antes, el cuerpo de la mangaka Arumi Aoyama fue encontrado sin vida por la policía, en el cuarto de baño de su apartamento. Los agentes habían acudido a su domicilio alertados por una llamada de emergencia realizada por su editor, preocupado al no encontrar respuesta a sus llamadas. Al lado del cuerpo se encontró una nota en la que confesaba su frustración por no considerarse lo suficientemente buena en su trabajo.

Michiko caminaba distraída por la explanada de ingreso, atenta a los *cosplayers* a su alrededor, vestidos con trajes que costaban fortunas. Otros practicaban el *Kigurumi*, disfrazados con grandes máscaras. Frente a la puerta, un agente de seguridad revisó con un lector láser el código de barras de sus gafetes y tras escuchar un bip y esperar la luz verde, los dejó pasar. En la planta baja pudieron recorrer los stands. El público hormigueaba en los pasadizos. Un muñeco robot con cara de niño reparte volantes de publicidad. Muchas chicas llevaban mascarillas en el rostro y muchachos el pelo pintado de rubio y grandes audífonos en la cabeza. Además de historietas, se multiplicaban los juguetes, video juegos, ropa, libros, materiales de dibujo, *merchandising*. Michiko debía controlarse para no perder la cabeza en stands donde los mangas cubrían las paredes. Tiendas en donde no solo podía encontrar cientos de figuras de colección, sino también cortinas de baño, almohadas y sábanas con chicas manga estampadas. Una chica de preciosa cabellera azul y largas extensiones elásticas, como barbas de petróleo sobre piel de látex, la saludó sacudiendo para ella una varita mágica. En los auditorios, autores celebrados presentaban nuevos capítulos de sus series de manga. En otros stands, cientos de coleccionistas, ubicados de a pares en largas mesas, intercambiaban tarjetas y figuras, mientras cerca de ellos una chica vestida de hada blanca tocaba el arpa.

En largos pasillos se exponían páginas originales de artistas de culto:

Osamu Tezuka, Hayao Miyazaki, Masami Kurumada y Rumiko Takahashi. Podía pasar horas viendo esas páginas acomodadas en carpetas, estudiando los trazos, analizando las correcciones. Pero Naoko le recordó que no había tiempo para eso. Apurándola para atravesar los patios de comida y el área de autógrafos, ambas llegaron al espacio destinado a la revisión de portafolios. Una fila se había formado delante de un cartel que decía en letras de imprenta *Talent Search Orientation*. Poco después, una chica sonriente se acercó a Michiko, revisó su gafete y apuntó su nombre. Le entregó un ticket con un número. Recordó las recomendaciones publicadas en la página web del festival para los postulantes: aprovechar al máximo los cinco minutos que disponían con el mangaka asignado para la revisión del portafolio, mostrar directamente los mejores trabajos, evitar el diálogo no profesional, y evitar pedir autógrafos o tomarse fotos con el artista. Se sintió aliviada de contar con Naoko para la entrevista, más cómoda por compartir entre dos el peso de ser observada.

Esperó atenta a las muchachas japonesas que la antecedían en la cola. No sabía si estaban vestidas de forma regular o iban caracterizadas de personajes manga. Tenía mucho que aprender para ponerse al día.

–*Juu yon!* –anunció la chica sonriente.

–Es tu número –le dijo Naoko.

Ambas entraron a una oficina pequeña, con lugar solo para una mesa redonda. Ante ellas estaba sentado un mangaka reconocido por sus divertidas historias de romances escolares plagados de malentendidos.

Michiko se sentó frente a él. El hombre no la saludó.

–*Kadai o mishitekudasai* –le dijo.

Michiko entendió el sentido de la frase, pero su guía igualmente la tradujo.

–Dice que le enseñe su trabajo.

Ella colocó su portafolio sobre la mesa. El mangaka sacó de él sus páginas, levantó las cejas, asentía con la cabeza, se detuvo en algunas. Observaba un

personaje tres segundos, luego pasaba a otro. Revisaba con atención sus líneas, hasta que, por fin, lo devolvió con una expresión de aburrimiento. Michiko esperaba que el hombre le pidiera conservar su carpeta, que le prometiera con entusiasmo enviarle un *e-mail* para mantenerse en contacto. Quería escuchar de sus labios una oración del tipo: «tengo un trabajo para ti».

–*Kore tukaenai purono yaru shigotojyanai.*

Su guía le traduce nuevamente.

–Dice que no sirve, que no es profesional.

Es el momento en que llega la vergüenza, el desaliento, la sensación de que había cometido un gran error. Michiko vivía orgullosa de sus personajes, y necesitaba solo dos minutos para explicarle las claves de su estilo. Ella solo tenía una pregunta y con un gesto de manos rogaba una respuesta.

–*Why?*

El mangaka abrió los ojos, sorprendido. No estaba acostumbrado a ofrecer explicaciones a un postulante. Lo común era asentir ante sus reverencias y verlo retirarse en silencio. Pero Michiko había sido atrevida. Por ello, el hombre empezó a agitarse, respondiendo en frases apuradas lo que Naoko iba traduciendo.

–*Anata no shigoto wa tokubetuna monodewanai. Ookuno manga o yonda shoujyo no taisou mitai.*

–Dice que su trabajo no es tan especial. Que parece el ejercicio de muchacha muy lectora de mucho manga.

–*Motto ookuno dorama o yomukoto o osusumeshimasu. Soshite motto eigamite bijyutukan ni ikukotomo. Sokode anata wa suto-ri- no hajimarikata o gakushu dekirudeshou.*

–Le recomienda leer más novelas, ver más películas, ir al teatro. Dice que allí aprenderá cómo funcionan las historias.

–*Manga bakari yondemo aratani kakunowa muzukashii.*

–Si solo lee manga, será muy difícil dibujar uno que haga diferencia –

tradujo Naoko.

Iba a añadir algo, pero Michiko la detuvo. Era suficiente.

–*Domo arigato* –respondió ella, mirando a los ojos del mangaka.

El hombre encendió un cigarrillo. Al verla irse, meneó su cabeza, harto de los extranjeros entusiastas. Michiko mantuvo la espalda recta a lo largo de todo el recorrido hacia la salida, la cabeza erguida, un pie por delante del otro, las manos adheridas a las caderas. Sin embargo, cerca de las boleterías, debió apoyarse en un anuncio de la nueva película de *Dragon Ball Z* para no caer. Naoko no sabía cómo actuar al ver su rostro congestionado.

–Ha sido mala tarde. Lo siento –intentó consolarla.

Su guía sentía empatía por Michiko. Pensó que podría tranquilizarla como hacían con ella sus padres, con un buen tirón de cabello. Pero prefirió esperar. Con una extranjera, creyó que lo mejor sería acompañarla en silencio, hasta que el llanto le devolviera el equilibrio.

Compartieron el metro con otros asistentes al festival. Muchos chicos disfrazados que cargaban bolsas de compras. Mangas, afiches, juguetes. Michiko los observaba con envidia, pensando que en Japón parecía estar prohibido ser distinto al resto. A pesar de que todos llevaban disfraz, curiosamente ninguno sobresalía. Podrían llevar todos ternos ejecutivos o trajes sastre y crearían el mismo efecto. Pensaba en su entrevista con el mangaka intentando entender qué había hecho mal. Quizás no debió haber dejado en casa sus otros dibujos, los que lucían sus cicatrices, dudaba entonces.

Naoko le hizo bajar en una estación cercana y, al salir a la calle, tomaron el camino sobre la margen izquierda del río hasta llegar al parque de Ueno. Se tomaron fotos en su pequeña plaza, frente a la fachada del Museo de Bellas Artes. Altas rejas de hierro forjado cercaban su jardín. A través de los barrotes, podían ver levantada una de las versiones de *El pensador* de Rodin. Y desplegado sobre el frontis, un enorme cartel de la exposición temporal

dedicada al pintor François Boucher: el gigantesco detalle de un rostro femenino, que recorta la mirada y un coqueto bucle de cabello. Buscó junto con Naoko la puerta principal, pero frente a ella solo encontraron un grupo de turistas frustrados. Un discreto cartel al lado del timbre anunciaba: *Kurozudo kayobi*.

–No sabía que el martes estaba cerrado –dijo su guía.

–Será en otra ocasión –respondió cortésmente Michiko.

Antes de despedirse, Naoko la llevó a caminar por el barrio de los centros comerciales. Le comentó de un famoso cruce de avenidas que podía verse desde la alta pasarela de la estación del metro. Cuatro cruceros peatonales con semáforos que acuerdan avanzar o detenerse en los cuatro cortes de la calle y las dos diagonales de la intersección marcan el ritmo de la avenida más famosa del mundo. Michiko pudo verlo: el tráfico de autos suspendido, las luces tornando al verde y, entonces, el telar humano recomenzando su urdimbre: el cruce de Shibuya.

–Un millón de personas pasando por aquí al día –le explicó.

En su tercer día en la ciudad, Michiko había salido temprano. Paseaba sola, primero por los lugares cercanos que había recorrido con apuro acompañada por Naoko, luego eligiendo las calles desconocidas. Sacaba la cámara para tomar detalles concretos, cuidando su limitado recurso de negativos: una tienda que vendía canastillas de paja y bambú, las fachadas barrocas de los comercios, la carretilla de un vendedor de jugos de naranja, un colorido puesto de venta de frutas secas. Más allá, en una papelería, un hombre arrodillado en el piso parecía concentrado en dibujar caligrafía con pincel sobre un pliego de papel de arroz, deteniéndose solo para remojar la punta en el tintero. Cuando le pidió con un gesto tomarle una foto, el hombre no puso objeción. Solo entonces Michiko se dio cuenta de que el artista sujetaba el

pincel con dos muñones. No tenía manos.

Continuó la marcha hasta llegar a una tienda que mostraba en su vitrina diversos juegos de té. Abrió la puerta y escuchó el tañido leve de una campanilla que le anunciaba. Un anciano sonriente la saludó con una reverencia. Michiko preguntó el precio de una pequeña tetera de cerámica, pero el hombre no comprendía su idioma. Ella señaló la pieza con el índice, y el vendedor escribió el precio en un pedazo de papel. Era tan alto que decidió simplemente agradecer antes de irse. Pero el hombre la detuvo con un gesto amable, invitándola a sentarse a su mesa. Llevó su mano al pecho y dijo su nombre.

–Kaoru.

Ella repitió el gesto.

–Michiko.

Como oficiante de una ceremonia extraña, el anciano empezó a intercambiar con ella palabras incomprensibles pero en las que podía adivinar el afecto. Dispuso entre ambos una jarra de barro cocido con agua caliente, para luego colocar las hojas de té y dejar reposar unos instantes. A continuación, comenzó a servirlo en dos tazas, una de las cuales ofreció a Michiko con una inclinación de cabeza. Ella probó el líquido y en su paladar estalló un delicioso amargor, nunca antes percibido. Al terminar, el tendero le ofreció una segunda ronda.

Michiko pensó que lo que había ahorrado negándose a comprar la tetera iba a gastarlo en aquella degustación. Pensó que el hombre había sido astuto: casi sin darse cuenta, había sido secuestrada por sus encantos de viejo sabio. Por fin, el hombre cubrió su taza con el plato antes de retirarlas de la mesa.

Ella se levantó preguntándole cuánto le debía, replicando el gesto de quien agita un billete. Pero el hombre negó moviendo los brazos teatralmente. Llevó sus manos al corazón para luego mostrarle las palmas abiertas. No solo le había invitado el té. Compartía con ella una ceremonia íntima. El hombre

sacó una fotografía de su familia, señalaba a cada miembro y contando con los dedos, iba revelándole la edad de cada uno. Luego le mostró una fotografía de su nieto. Y por fin, le obsequió su tarjeta. Y ella le tomó una foto antes de salir de la tienda con el estómago caliente y con una extraña sensación de paz.

En la calle, decidió tomar el camino de regreso. Una muchacha en bicicleta pasó a su lado y a Michiko le pareció una imagen tan leve que no quiso perderla. Sin embargo, cuando la joven advirtió que había sido fotografiada, retrocedió hasta donde ella se encontraba. En un primer momento, pensó que le llamaría la atención por retratarla sin permiso. Sin embargo, al acercarse la muchacha le ofreció una sonrisa.

–I can show you a place where you could take better pictures –le comentó.

Michiko aún no salía de su sorpresa cuando la muchacha descendió de su bicicleta y la invitó a caminar con ella tres cuadras de una calle estrecha que desembocó en la fachada de un templo, una puerta central de dos cuerpos y columnas de madera, de colorido e intrincado ornamento. Tras cruzar el pórtico las recibió un patio con dos fuentes a los lados, una de ellas adornada con una cascada natural. Pilares de bronce en forma de dragón sostenían un techo tallado de color amarillo.

–Do you want me to take a picture? –le preguntó.

Luego de retratarla, se despidió sonriendo y volvió a montar su bicicleta. Aún incrédula por tanta amabilidad, Michiko miraba a la muchacha regresar al tráfico de la avenida. Luego volvió su atención a las personas que oraban frente a una serie de figuras sagradas, sosteniendo inciensos en sus manos. En pequeños papeles adheridos a las paredes, las personas escribían agradecimientos relacionados a trabajos obtenidos. En otra pared, encontró una profusa oferta de empleos, muchos de ellos redactados en inglés. Algunos anuncios llevaban fotografías. Por curiosidad, se puso a buscar entre los más llamativos. Uno de ellos la atrajo especialmente: «*Anfitriona en*

restaurante», decía el titular. «*Inglés necesario, francés opcional*», añadía el aviso. Abajo, reconoció la imagen de un hombre posando con una máscara dentro de una vitrina. Era la máscara de Ultra Siete.

–*Of course, he’s still alive* –le dijo sonriendo.

En su hotel, la muchacha de recepción recordó que pocos años antes, Kohji Moritsugu, el protagonista de *Ultra Siete*, había participado en la última película ligada a la serie. Aún participaba en pequeños roles, siempre ligados a la familia Ultra. Muchos aún recordaban sus viejas aventuras, incluso había en la ciudad un parque temático dedicado al superhéroe. Para ayudar a Michiko, fue ella la que llamó al restaurante para pedir una cita con el dueño.

Luego de comunicarle que la esperaban a primera hora del día siguiente, le ayudó a ubicar la dirección del restaurante en el mapa, dándole indicaciones sobre cómo llegar a la pequeña localidad de Kanagawa, en el extrarradio de la ciudad. Anotó en su cuaderno el nombre de la estación del metro y la calle del restaurante *Joli Chapeau*. Michiko le agradeció con un abrazo que incomodó a la recepcionista, poco afecta al contacto físico.

Temprano, en su lugar en el vagón, Michiko sabía que estaba alejándose del centro de Tokio porque los letreros en inglés empezaban a escasear. Conforme se alejaba del centro los edificios dejaban de ser intimidantes y surgían las casas de color blanco tiza, con tejados rojos coronados por depósitos de agua. El tren corría tan deprisa que ella sentía por momentos el retorno de las náuseas. Pero si quería convertirse en una mangaka profesional, si quería dedicar su vida al trabajo que amaba, debía soportar el malestar y empezar a acostumbrarse al paisaje. Sabía que el dinero traído desde Lima no le alcanzaría mucho tiempo, y por eso se repetía a sí misma que un trabajo temporal sería lo mejor para empezar a sintonizar con la ciudad. Y por ello había dejado guiarse por el panel de anuncios en el templo. No había cruzado el océano para trabajar en un restaurante, pero para ella

trabajar con Kohji Moritsugu era una especie de señal, la primera estación de su camino elegido.

Desde su asiento en el tren, Michiko apreciaba el paisaje de fábricas y grandes contenedores, ríos que separaban campos de arroz y granjas de patos de grandes centrales eléctricas. Recordó las batallas de Ultra Siete y los monstruos del espacio, arrasando al caer aquellas construcciones.

Por fin, el tren alcanzó la estación.

Michiko preguntó por la dirección a un repartidor de diarios. Lo vio sacar de su bolsillo un aparato extraño, en cuya pantalla ubicó las calles del barrio antes de explicarle con señas la ruta a seguir. Caminó otras cuatro calles arriba, dobló a la derecha en la siguiente y se encontró frente a un callejón de bicicletas aparcadas entre cubos de basura.

Michiko entró a una frutería para repetir sus preguntas, y tras el mostrador, un hombre no sabía qué decir cuando Michiko pronunciaba el nombre de *Ultra Seven*. Sin embargo, sus ojos se iluminaron cuando ella puso las manos en forma de cuchilla sobre su cabeza. Parecía agitado al invitarla a seguirlo, saliendo con ella de la tienda para remontar media calle. Como el controlador del tren que conoció antes de llegar a la ciudad, la señora apurada que la dejó en su hotel o la muchacha en bicicleta que le descubrió el templo budista, el empleado de la frutería se ofreció a llevarla con sonrisas hasta el lugar donde lucía estacionado un *Mini Cooper* rojo, sobre el número siete de la calle. Era una estrecha fachada, coronada por un techo a dos aguas. En la puerta, un cartel anunciaba el nombre del local: *Joli Chapeau*. Cruzó la puerta y la recibió tras una vitrina un maniquí que llevaba puesto el traje de Ultra Siete. Sobre su cabeza, suspendido por hilos invisibles, había una réplica del Halcón, la nave del escuadrón Ultra. Tapizando las paredes, una amplia galería de fotografías ilustraba la filmación de la primera temporada de la serie. Ella sacó su cámara.

–*Sumimasenga shashin no satueiwa kinshi sareteimasu.*

Un hombre había aparecido desde la profunda oscuridad del comedor. Vestía tradicionales sandalias de madera, una sudadera roja, del mismo color que el traje de Ultra Siete y un pantalón de buzo gris, de algodón, de un tono muy similar al uniforme usado por Dan Moroboshi en el Escuadrón Ultra. Ella lo observó un momento, tiempo suficiente para reconocer al actor de la serie cuya temporada completa había visto obligada por el periodista cultural. Creyendo que ella no lo había comprendido, Kohji Moritsugu repitió:

–*No photos, please.*

–*I'm here for the job* –dijo ella.

Había vuelto al Museo de Bellas Artes para visitar la exposición de Boucher. Su guía le había prometido que un paseo bastaría para levantarle el ánimo, y eso era lo que necesitaba después de su primera semana como anfitriona del *Joli Chapeau*. Moritsugu le permitió trabajar con él, quedando pendiente la entrega de sus papeles de residencia que ella le había jurado poseer. Había confiado en ella, en esa muchacha desconocida que hablaba los idiomas que él buscaba para su negocio. Pero entonces se había dado cuenta que trabajar en un restaurante podía resultar incómodo. El calor, la humedad, el mantenerse de pie todo el día, la necesidad de recordar los pedidos de cada mesa. No soportaba a los tipos que la trataban como un ser inferior por llevar y recoger platos.

Ella era una mangaka, y ese era un trabajo temporal, se decía a sí misma.

Al ingresar a la exposición, Michiko llevaba entre sus brazos un nuevo cuaderno de dibujo, limpio de los viejos apuntes del *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo*. A diferencia de la solitaria galería limeña, las salas del museo eran un panal de turistas. Ella escuchaba un murmullo, casi parecido a un zumbido provocado por el asombro liberado por cientos de personas recorriendo los espacios. Era común que las guías lideraran los grupos de

visitantes portando una larga varilla en cuya punta colgara un muñeco de anime, una estrategia para evitar la dispersión. Pese a la multitud del fondo, Michiko paseaba su ensimismamiento ajena al ajetreo del entorno.

Esperó a que se retirara un grupo de turistas chinos para acercarse al primer cuadro disponible: *Diana después del Baño*, fechado en 1742. Al apreciarlo entendió por qué las guías repetían que el eje central de la pintura de Boucher era el amor. Sus temas giraban alrededor de divinidades siempre desnudas, retozando en bosques y cascadas. Estaba claro que su interés no era retratar la naturaleza, sino convertir el artificio en perfección estética. En sus manos, el desnudo femenino se convertía en refinamiento, diversión y docilidad. Ceremonia barroca y lirismo romántico. Su virtuosismo respondía a la actitud de una sociedad frívola, cansada de los problemas cotidianos, que buscaba frente al arte dejar de pensar. Michiko pensó que Boucher podría haber sido un gran dibujante de manga, desarrollando de forma extrema el culto a la belleza, sin preocuparse por nada más.

Michiko recordó al periodista cultural, cuando se sentaba a su lado para ver juntos el *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo*, y le contaba sobre la temprana influencia de Boucher en el pintor Evaristo Fernández. Y extrañó sus visitas diarias a la galería para apreciar a sus muchachas captadas en un momento de calmada introspección, antes de sentarse a tomar apuntes frente al cuadro. Eran los días en que el anciano pariente de Fernández sacudía furioso el artículo del diario, reclamando una rectificación bajo amenaza de clausurar la muestra. Con él también había apreciado la belleza de aquella obra maestra, y a él Michiko le confió su plan para recuperar la honra de la modelo y obtener la dedicación exclusiva del periodista cultural.

Aún entonces no se sentía culpable por indicarle cómo escribir al diario para exigir la renuncia de su héroe.

Pero eso ya era parte del pasado.

Michiko entró a la sala dedicada a las escenas de Boucher más íntimas: mujeres en sus habitaciones leyendo libros, escribiendo cartas, dedicadas a su aseo. Pudo observar *La toilette*, cuadro donde el pintor de la corte francesa reproduce un interior lujosamente decorado con motivos orientales. Dos mujeres parecen hablar mientras se arreglan el cabello, ante la presencia cínica de un gato que duerme en el suelo. Imaginó cómo debió sentirse Fernández recorriendo galerías similares en Europa, donde viajó para beber de aquellas influencias, en su intención de abrazar la pintura más aristocrática, voluptuosa y elegante, producida para el placer y la despreocupación. Al llegar al centro de la muestra, Michiko descubrió su obra mayor: el *Retrato de Madame de Pompadour*. Bella, culta, ambiciosa, esa mujer había sido el origen de todo, del *Retrato de la Señora Luisa de Salcedo* y de su propia historia. Observa atenta el corpiño y los grandes pliegues del vestido que fluían desde los hombros hasta el suelo. Si cerraba los ojos, podría oír el provocador frufurú de las enaguas.

Sentadas en línea, como palomas posadas en un cable de alta tensión, Michiko encontró a un grupo de chicas vestidas como princesas, que dibujaban bocetos en sus carpetas. Observó cómo captaban los caprichosos volantes del vestido, el encaje, las cintas y las flores artificiales para traducir el rococó francés al lenguaje del manga. Pidió permiso y se sentó en medio de la banca. En ese lugar justo, frente al *Retrato de Madame de Pompadour*, se sintió distinta, transformada. Abrió su cuaderno y empezó sus primeros bosquejos, convertida en una de ellas.



El periodista cultural, agotado y en crisis, conoce a Michiko, una joven que evoca el mundo del manga y el anime. Y este encuentro lo transforma. Ella lo impulsa a incursionar en una vida alternativa: exploración sexual y fetiches, personajes curiosos y proyecto delirante, ¡Kawaii!, revista de manga elaborada en una nebulosa Lima e inspirada en un Japón de

fantasía.

Quienes dejaron la infancia durante la década de los ochenta sienten que solo en el paraíso perdido de aquellos años los héroes salvaban el mundo. Los millenials, en cambio, entienden que lo importante no es que alguien te salve sino diseñar tu propio destino. El periodista cultural y Michiko personifican estos paradigmas disímiles, aunque coinciden en algo: ambos luchan por aniquilar a sus propios monstruos.

Kimokawaii es un relato sobre la búsqueda personal y el rol transformador del arte. Es, además, una novela sobre las obsesiones y los riesgos de atender sus cantos de sirena; sobre aquello que, siendo tierno y encantador, puede resultar también extraño o perturbador.

Kimokawaii es la quinta novela de Enrique Planas, uno de los narradores peruanos contemporáneos más inquietantes.

ENRIQUE PLANAS

(Lima, 1970) es periodista y escritor. Estudió Periodismo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y es redactor cultural en el diario *El Comercio*. Ha publicado las novelas *Orquídeas del paraíso* (1996), *Alrededor de Alicia* (1999), *Puesta en escena* (2002) y *Otros lugares de interés* (2010). En 2011, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara lo eligió como uno de «Los 25 secretos mejor guardados de la literatura latinoamericana».

Título: KIMOKAWAII

© 2015, Enrique Planas

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 601, Miraflores, Lima, Perú

Literatura Random House es un sello editorial de Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN ebook: 978-612-4271-08-3

Primera edición digital: octubre de 2016

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Michael H. Lazo

Imagen de cubierta: © Getty Images

Edición digital disponible en www.megustaleer.com.pe

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[KimoKawaii](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Shita-gaki](#)

[Shōjo](#)

[Mahō shōjo](#)

[Mecha](#)

[Bishonen](#)

[Yon koma](#)

[Tokusatsu](#)

[Mangaka](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)